

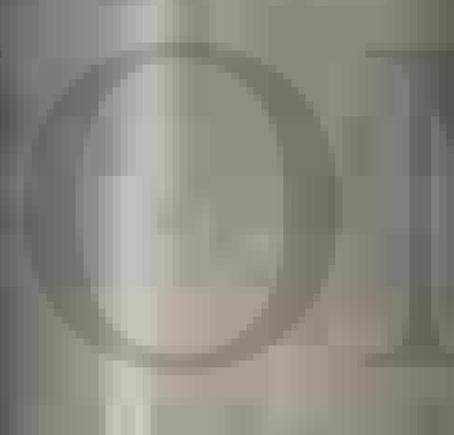
IDAD AU
CCIÓN GE



UNIVERSITY
OF TORONTO
LIBRARY



B689
J44
B7
C.1



UNIVERSITY OF TORONTO

00965



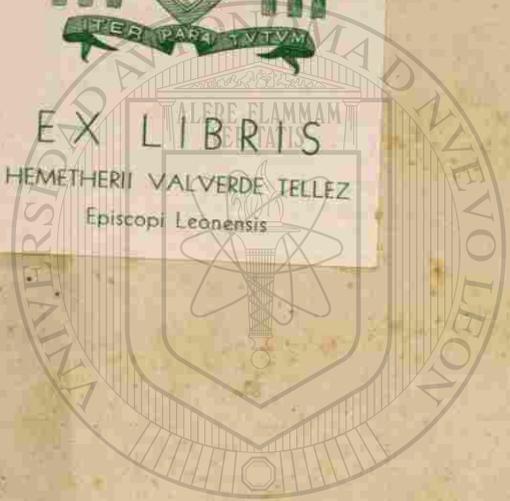
1080021614



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

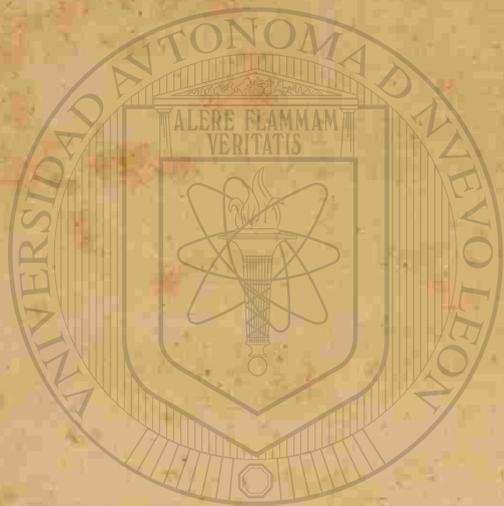


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS CINCO LIBROS

DEL CONSUELO

DE LA FILOSOFIA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

LOS CINCO LIBROS
DEL CONSUELO DE LA FILOSOFIA

DE

ANICIO MANLIO SEVERINO BOECIO,

TRADUCIDOS EN PROSA Y VERSO

POR

DON AGUSTIN LOPEZ DE RETA,
CABALLERO NAVARRO, NATURAL
DE LA VILLA DE ARTAJONA:

PUBLICADOS

DON VICENTE RODRIGUEZ
DE ARELLANO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capit. insina
Biblioteca Universitaria

MADRID:
POR GOMEZ FUENTENEBO Y COMPANIA.

1805.

Se hallará en su librería, calle de Carretas.



B659

A4

E7



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PROLOGO DEL EDITOR.

Don Agustín López de Reta nació en la Villa de Artajona, perteneciente al Reyno de Navarra, de nobilísimos padres, según lo dá á entender bastante un apellido tan conocido en aquella Provincia. No puedo señalar puntualmente el año de su nacimiento, pues aunque he solicitado noticias exáctas en esta parte de quien podia, y en mi concepto debiera darmelas, ha podido mas la negligencia ajena que mi propia solicitud: ni aun me ha valido el recurrir para este efecto á la pública autoridad, porque he tenido el desconsuelo de experimentar que, al parecer, se ha mirado este asunto como de ninguna importancia. Todos los Reynos y Provincias que componen el vasto cuerpo de la Española Monarquía hacen, y con justa razón, alarde de publicar los hechos y doctos escritos de aquellos hijos suyos que en qualquiera materia han sido sobresalientes, individualizando hasta sus mas leves acciones para que su fama sea generalmente celebrada: no sé por qué fatalidad mi patria se niega á un empeño tan generoso; pues

000652

aunque la sobran timbres para su celebridad, nunca está de mas un nuevo lauro en una corona: puede ser tambien que la ignorancia de pocos sea estorbo para la gloria de muchos. A pesar de esto he podido averiguar, ó por mejor decir computar, que Don Agustin naciera, sobre poco mas ó menos, á principios del siglo diez y siete; y vé aquí las razones en que fundo mi ilacion. No hay literato que ignore que el célebre Don Antonio de Mendoza compuso la vida de la Virgen Santísima en un largo romance, tan docto y tan sublime, que, habiéndole dexado sin concluir, nadie se atrevió á continuarlo. Empeño tan difícil solo estaba reservado para nuestro D. Agustin, quien lo hizo á instancias de D. Luis Lopez Ce-
rain, Caballero Navarro, de singulares prendas. Concluyó pues aquel la vida de la Virgen con tanta felicidad, que parece haberle animado y dirigido su pluma el mismo espíritu de Mendoza. Publicó esta obra juntamente con algunas otras en un tomito, que se imprimió en Pamplona por Martin de Zavala el año de 1688; y en el modestísimo quanto apreciable prólogo que puso en la obra se explica de esta manera: «Que para dexarme yo
»vencer de la vanidad de estos afectos

»mas facilmente me hubiera rendido á
»ellos allá en los verdores de mi juven-
»tud, que era quando componia estos
»versos, y los miraba con el cariño y con
»el engaño de mios y recientes, que no
»ahora que habiéndolos detenido tripli-
»cado tiempo que aquel que señala el pre-
»cepto poético, *Nonum condantur in annum*,
»los exámino como olvidados, y los
»censuro como ajenos, y me hallo ya
»en edad que me enseña á desear menos
»la celebridad que el retiro.» De estas razones se infiere que Don Agustin continuó la obra de Mendoza en su juventud, y que el año de 1688, que fué quando la publicó, era ya anciano. Para arrojar-
se á un empeño tan arduo era preciso haber estudiado mucho las letras sagradas y profanas; haberse hecho muy familiares los mejores poetas; y haber cultivado mucho su disposicion natural, perfeccionándola con el estudio del arte y la meditacion; de lo que infiero que Don Agustin tenia lo menos veinte y dos ó veinte y cinco años quando compuso la obra que dió á luz en el año de 1688; con que suponiéndole una vida regular, no me parece desarreglado el pensar que naciera á los principios, ó algo mas, del siglo diez y siete, y moriria á fines del

mismo. Repito que no he podido alcanzar noticias particulares de su vida, ni de si dexó mas obras que las que llevo insinuadas, y la traducción del Boecio que publico. Adquirí este precioso manuscrito de mi íntimo amigo y compañero Don Alexandro Dolarea y Nieva, actualmente dignísimo Síndico del Reyno de Navarra: lo leí y lo admiré; pero siendo mis conocimientos en orden á la bella literatura tan limitados, no me atreví á hacer uso de tan acertada traducción, como justamente desconfiado de mi propio concepto, y la he tenido muchos años sin publicar, hasta que consultándola con personas de la mayor instrucción, y del gusto mas delicado, me aconsejaron que no defraudase á la República de las letras de tan sabio trabajo, ni á Don Agustin de esta confirmacion de su mérito, ni á mi patria de la gloria que justamente debe resultarle. Muchas traducciones se han hecho de los cinco libros de *Consolatione Philosophiæ* que escribió el esclarecido Severino Boecio, pero entre todas la que hasta aquí ha corrido y corre con el mayor crédito es la que hizo el famoso Don Esteban Manuel de Villegas, que en el Parnaso Español obtiene uno de los lugares mas distinguidos; pero salva la

buena memoria de tan insigne varon, me parece (y son muchos de mi dictamen) que la traducción de Don Agustin es mucho mejor que la de aquel, particularmente en la parte poética, en la que parecia que Villegas debiera ser mas sobresaliente, atendidos los muchos testimonios de su acierto que nos han quedado en sus obras. Seria un trabajo demasadamente pesado el cotejar una y otra traducción; y creo que será bastante para formar un juicio recto el exponer algunos rasgos de uno y otro traductor, poniendo al mismo tiempo los versos originales para el cotejo de los traducidos. No tengo el Boecio, pero tengo una obra en que hay bastantes versos suyos, de los quales me valdré para el intento. Dice pues Boecio en el metro séptimo del libro primero de esta manera:

<i>Nubibus atris</i>	<i>mox resoluta</i>
<i>condita, nullum</i>	<i>sordida ceno</i>
<i>fundere possunt</i>	<i>visibus obstat.</i>
<i>sidera lumen.</i>	<i>Quique vagatur</i>
<i>Si mare volvens</i>	<i>montibus altis</i>
<i>turbidus auster</i>	<i>defluus amnis,</i>
<i>misceat æstum</i>	<i>sæpe resistit,</i>
<i>vitrea dudum,</i>	<i>rupe soluti</i>
<i>parque serenis</i>	<i>objice saxi.</i>
<i>unda diebus,</i>	<i>Tu quoque si vis</i>

lumine claro spemque fugato,
cernere verum, nec dolor adsit:
tramite recto nubila mens est,
carpere callem; vinctaque frenis
gaudia pelle, hæc ubi regnant.
pelle timorem,

TRADUCCION DE VILLEGAS.

Quando las nubes
negras se esparcen,
en vano pestañean
las estrellas brillantes;

Y quando el Ponto
turbado yace,
con el noto que sopla
por una y otra parte,

Luego las ondas
muy semejantes
al cristalino vidrio,
y á las serenas tardes,

Con el revuelto
cieno que traen,
impiden á la vista
á que de allí no pase:

Y al presuroso
rio que nace
de las montañas altas,
y despeñado nace,

Tal vez la peña
puesta delante,

impide la corriente,
ya que no se la páre.

Tú pues, si quieres,
con rutilante
luz, ver el buen camino
que guía á las verdades,

Huye el contento,
y haz que se aparten
el miedo y la esperanza
con el dolor cobarde;

Que donde reynan
afectos tales,
la mente se oscurece,
y al freno atada yace.

TRADUCCION DE RETA.

Con nublados negros
ocultos los astros,
derramar no pueden
luz alguna al campo.

Si el Austro soberbio
mueve el mar ayrado,
y mezcla sus aguas
desde arriba abaxo,

Las que eran poco antes
como vidrio claro,
y un sereno dia
por lo sosegado,

Revuelto ya el cieno
su candor manchando,

niegan á la vista
cristalino paso:

El rio que corre
con rápido paso,
y se precipita
de los montes altos,

Tal vez se detiene
si encuentra un peñasco
que se ha desprendido
de un risco empinado.

Tú tambien, si quieres,
ver con ojos claros
de la verdad santa
los lucidos rayos;

Y si solicitas
ir encaminado
por derecha senda
sin andar vagando,

Huye el gozo leve,
el temor amargo,
la dulce esperanza,
y el dolor tirano;

Porque entre tinieblas
el discurso humano
sujeto está al freno
de rígidos lazos,

Sin que tener pueda
libertad, en tanto
que reynaren estos
mortales cuidados.

BOECIO

EN EL METRO II. DEL LIBRO II.

*Si quantas rapidis flatibus incitis
pontus versat arenas,
aut quot stelliferis edita noctibus,
caelo sidera fulgent,
tantas fundat opes, nec retrahat manum
pleno copia cornu,
humanum miseris haud ideo genus
cesset flere querellas;*

*Quamvis vota libens excipiat Deus,
multi prodigus auri
et claris avidos ornet honoribus,
nihil, jam parta, videntur;
sed quæsitæ vorans sæva rapacitas,
altos pandit hiatus.*

*Quæ jam præcipitem frena cupidinem
certo fine retentent,
largis cum potius muneribus fluens
sitis ardescit habendi?*

*Numquam dives agit qui trepidus gemens,
sese credit egentem.*

VILLEGAS. ®

Si tantas como arenas
el mar levanta quando está alterado,
ó quantas da serenas
luces el cielo quando está estrellado,

vertiere la fortuna,
de sus riquezas sin dexar ninguna;
no por eso el humano
cesará en su querella; y si copioso
diere con larga mano
oro al avaro Dios, y al ambicioso
dignidad sublimada,
para quien ya lo tiene, todo es nada.

Y así la codiciosa
ansia quanto mas traga, mas hambrienta
se muestra y mas golosa;
¿pues qué frenos podrán á tan violenta
pasion y desbocada
detener, sin que venga á despeñada?
y mas quando la ardiente
sed con la misma copia y redundancia
se hace mas insolente;
por eso no el que tiene la abundancia
es rico, si medroso
él se tiene por muy menesteroso.

R E T A.

Si quantas el mar ayrado
con los vientos mueve arenas,
y quantas el estrellado
cielo en las noches serenas
luces bellas ha ostentado,
De riquezas tanta copia,
sin que retire la mano,

derrame la cornucopia,
siempre una miseria propia
llorará el género humano:

Aunque quanto uno desea
con súplica codiciosa
Dios le dé que lo posea,
y su mano poderosa
pródiga del oro sea;

Y aunque á quien viere entregado
á su ambicion desatada,
le coloque en alto estado,
despues de haberlo alcanzado
todo le parece nada:

Que antes bien quando provoca
la codicia formidable,
devorando quanto toca
con hambre mas insaciable,
vuelve á abrir la horrenda boca:
¿Qué freno podrá parar
la ambicion del poseer,
quando se vá á despeñar,
si con el mismo alcanzar
crece la sed del tener?

Mira quán errado vas
buscando tesoros, loco,
porque si en la cuenta das,
no es pobre quien tiene poco,
sino el que desea mas;

Que el que acostumbra á quejarse,
por mas que todo le sobre;

si no sabe contentarse,
rico no puede llamarse,
pues él se tiene por pobre.

BOECIO

EN EL METRO VII. DEL LIBRO III.

*Habet omnis hoc voluptas;
stimulis agit fruenteis
apiumque par volantum,
ubi grata mella fudit,
fugit, et nimis tenaci
ferit ita corda morsu.*

VILLEGAS.

Todo deleyte
tiene este achaque,
que á los que le poseen,
aflice con pesares,
Y es á la abeja
muy semejante,
que en haciendo las mieles,
se ausenta y vá á otra parte,

Y juntamente
al auentarse,
dexa en los corazones
dolor que sana tarde.

DIREC T A.

De qualquier deleyte suelen
nacer espinas que duelen,

y es como inquieta abejuela,
que á quien vá probar su miel
clava el aguijon cruel
hasta el corazon, y vuela.

BOECIO

EN EL METRO VII. DEL LIBRO IV.

*Bella bis quinis operatus annis,
ultor Atrides, Phrigiæ ruinis,
fratris amicos thalamos piavit:
ille dum Grajæ dare vella classi
optat, et ventos redimit cruore,
exiit patrem, miserumque tristis
fæderat gnatæ jugulum sacerdos.
Flevit amicos Ithacus sodaleis,
quos ferus vasto recubans in antro,
mersit imani Polyphemus alvo;
sed tamen cæco furibundus ore,
gaudium mæstis lacrymis rependit.
Herculem dari celebrant labores;
ille Centauros domuit superbos;
abstulit sævo spoliū leoni;
fixit et certis volucres sagittis;
poma cernenti rapuit draconi,
aureo levam gravior metallo;
cerverum traxit triplici catena;
victor immitem possuisse fertur
pabulum sævis dominum quadrigis;
hidra combusto periit veneno;*

*fronte turpatus Achelous annis,
 ora demersit pudibunda ripis;
 stravit Antæum Libicis arenis;
 Cacus Evandri satiavit iras;
 quosque presurus foret altus orbis,
 setiger spumis humeros notavit;
 ultimus cælum labor irreflexo
 sustulit collo, pretiumque rursus
 ultimi cælum meruit laboris:
 ite nunc fortes ubi celsa magni
 ducit exempli via? cur inertes
 terga mandatis? Superata tellus
 sidera donat,*

VILLEGAS.

Diez años fatigó á la Frigia el fiero
 Atridas en venganza del hermano,
 y con luciente y triunfador acero
 dió lustre al lecho que infamó el Troyano;
 y viendo que Neptuno estaba entero,
 porque su armada rompa el humor cano,
 muy poco padre, la cerviz sencilla
 de su hija permite á la cuchilla:

Misero llora el Itacense, viendo
 sus tristes compañeros destrozados
 y desde su presencia al vientre horrendo
 del bestial Polifemo trasladados;
 pero no pienso que se fué riendo
 del sabor de los Itacos bocados,

porque el gozo que fuyo pagó luego,
 bramando esquivo, y lamentando ciego.

Alcides por sus obras fué excelente:
 él domó los Centauros arrogantes,
 y al Nemeo leon despojó ardiente
 de la bermeja piel, y á las volantes
 aves flechó, y á la vigil serpiente,
 que guardaba con ojos vigilantes
 la bella fruta ponderosa en oro,
 burló no obstante, y le robó el tesoro.

Del javalí cerdoso fué espumado,
 el hombro que con fuerte valentía
 ha de oprimir el cóncavo estrellado,
 y esta fué en él la hazaña mas tardía;
 tolerólo con cuello no inclinado,
 y inclito galardón fué de su via:
 pues fuertes proseguid; y los no tales
 sufrid, sufrid, que hay premios celestiales.

R E T A.

Por vengarse de una afrenta,
 dexando á Troya abrasada,
 el constante hijo de Atreo
 dos lustros vibró las armas.

Agamenon, deponiendo
 el paterno amor, derrama
 la roxa caliente sangre
 de la cándida garganta

De su hija, y la sacrifica

por aplacar á Diana,
que á tanta costa dió viento
propicio á la Griega armada.

Lloró tiernamente Ulises
la grande sensible falta
de los soldados, que el fiero
Polifemo sepultaba

En su inmenso voraz vientre;
pero con industria sabia
trocó despues los lamentos
en gusto con la venganza

De haberle eclipsado astuto
la espantosa luminaria.
Hércules á sus trabajos
les debe toda su fama:

El fué quien á los Centauros
les castigó la arrogancia;
despojó al leon Nemeo
de la piel que le adornaba.

De sus flechas las Harpías
fueron blanco, y luego aljava;
robó las manzanas de oro
al dragón que las guardaba:

Amedrentó al Cancerbero,
y le sacó aprisionadas
con tres robustas cadenas
las tres voraces gargantas:

A los crueles caballos
criados con sangre humana,
les echó su mismo dueño

para que lo devoráran:

Pereció la Hidra abrasado
su veneno: entre sus aguas
se ocultó Aqueloo, viendo
vencidas todas sus trazas:

Sobre la arena de Libia
á Anteo postró: aplacada
dexó con su muerte Caco
del Rey Evandro la saña:

Con su espuma el javali
manchó los hombros que estaban
aguardando á ser columnas
de esa máquina estrellada:

Fué la postrera experiencia
de su valor, la constancia
con que su cnello inflexible
á Atlante alivió la carga:

Segunda vez mereció
el cielo por esta hazaña,
que antes se le dió por peso,
y despues por justa paga.

Seguid pues, ó valerosos
hombres, las nobles pisadas
de los varones ilustres
que con su exemplar os llaman;

¿ Por qué en el ocio, cobardes,
temeis tanto las batallas,
si vencida la vil tierra
el alto cielo se alcanza ?

Creo que bastan estas muestras, que son las primeras que me han ocurrido, para conocer la mucha diferencia de ambas traducciones. Yo por lo menos hallo en Don Agustin mas bien entendido el original, mas bien expresados los conceptos, mas estilo poético, mas claridad, mas pureza de diction, mas igualdad, mas dulzura, y al mismo tiempo mucha mas elevacion. No es mi animo (ni mi voto sirve para ello) quitar á Villegas su justo mérito: venero rendidamente el distinguido lugar que ocupa entre nuestros líricos; mas me atrevo á asegurar que si solo se hubiese de juzgar por el mérito de ambas traducciones, no habria hombre instruido que al momento no decidiera por Don Agustin la superioridad en la poesia. Vuelvo á decir que mi dictamen ninguna fuerza puede tener, pero espero que los lectores hallarán en la traduccion de Don Agustin motivos muy suficientes para colocar á este grande hombre en uno de los mas distinguidos puestos de nuestro Parnaso, y que me agradecerán el haber publicado una obra tan digna del universal aplauso.

ANICIO MANLIO TORQUATO

SEVERINO BOECIO.

DEL CONSUELO DE LA FILOSOFIA.

LIBRO PRIMERO.

METRO I.

*T*o, que canté apacibles
versos antiguamente
ya en metro diferente,
(¡ó desdichas terribles!)
me veo en este estado
á llorar tristes versos obligado.
Dictándome penosa
lo que he de escribir, triste
cada musa me asiste,
afligida, llorosa;
y en tan amarga calma
riegan mi rostro lágrimas del alma.
A las musas siquiera
no pudo miedo alguno
vencerlas importuno,
por mas que mi severa
desdicha así me ultrage,
á que no acompañaran mi viage.

A

Creo que bastan estas muestras, que son las primeras que me han ocurrido, para conocer la mucha diferencia de ambas traducciones. Yo por lo menos hallo en Don Agustin mas bien entendido el original, mas bien expresados los conceptos, mas estilo poético, mas claridad, mas pureza de diction, mas igualdad, mas dulzura, y al mismo tiempo mucha mas elevacion. No es mi animo (ni mi voto sirve para ello) quitar á Villegas su justo mérito: venero rendidamente el distinguido lugar que ocupa entre nuestros líricos; mas me atrevo á asegurar que si solo se hubiese de juzgar por el mérito de ambas traducciones, no habria hombre instruido que al momento no decidiera por Don Agustin la superioridad en la poesia. Vuelvo á decir que mi dictamen ninguna fuerza puede tener, pero espero que los lectores hallarán en la traduccion de Don Agustin motivos muy suficientes para colocar á este grande hombre en uno de los mas distinguidos puestos de nuestro Parnaso, y que me agradecerán el haber publicado una obra tan digna del universal aplauso.

ANICIO MANLIO TORQUATO

SEVERINO BOECIO.

DEL CONSUELO DE LA FILOSOFIA.

LIBRO PRIMERO.

METRO I.

*T*o, que canté apacibles
versos antiguamente
ya en metro diferente,
(¡ó desdichas terribles!)
me veo en este estado
á llorar tristes versos obligado.
Dictándome penosa
lo que he de escribir, triste
cada musa me asiste,
afligida, llorosa;
y en tan amarga calma
riegan mi rostro lágrimas del alma.
A las musas siquiera
no pudo miedo alguno
vencerlas importuno,
por mas que mi severa
desdicha así me ultrage,
á que no acompañaran mi viage.

A

Estas, que eran la gloria
 allá en mi edad florida,
 hoy que logra en mi vida
 al tiempo su victoria,
 (la juventud pasada)
 son mi consuelo en mi vejez cansada.

Que ya á fuerza de males
 la vejez ha llegado
 con paso acelerado,
 y son mis penas tales,
 que traen sus rigores
 la senectud á fuerza de dolores.

Ta el pelo mi congoja
 á convertir se atreve
 antes de tiempo en nieve;
 la piel me viene floxa,
 y de arrugas cercado,
 tiembla el cuerpo sin sangre y descarnado.

¡ O feliz muerte aquella,
 cuya inmaturo herida
 no corta alegre vida
 ni edad dulce atropella,
 sino aquella que enviste
 llamada muchas veces de algun triste!

¡ O cuán sorda á gemidos
 y á lástimas quejosas,
 á penas lastimosas
 se cierran sus oidos,
 y niegan sus enojos
 cerrar los tristes y llorosos ojos!

Quando me agasajaba
 la fortuna mudable
 con dicha poco estable,
 pues tan presto se acaba,
 casi me ví postrado
 al término fatal del atroz hado.

Hoy porque su engañoso
 semblante se ha trocado,
 de sereno en nublado,
 de claro en proceloso,
 cruel mi vida amarga
 prolixos plazos á mi pena alarga.

¿ Por qué me celebrasteis,
 ó amigos, por dichoso,
 y en mi tiempo glorioso
 mi ventura alabasteis,
 si ahora experimento
 que quien cayó no estaba en firme asiento?

PROSA I.

Con este mental triste soliloquio me
 estaba atormentando mi consideracion,
 siendo mis llorosos suspiros solamente el
 estilo que publicaba mi sentimiento,
 quando ví á mi cabecera una muger, cuyo
 semblante infundia respeto: sus ojos
 se ostentaban mas perspicaces y claros,
 que en lo débil y flaco de la humana
 naturaleza cabe: en el color vivísimos,

y en las especies nada gastados ; aunque tan cargada de años , que daba bien claras muestras de no ser cosa de nuestro siglo : su estatura era indiferente ; porque ya se humillaba á la comun proporcion de los hombres , y ya se engreia hasta tocar con la frente en el cielo , y si tal vez mas altiva levantaba la cabeza , aun el mismo cielo penetraba , perdiéndose de vista á los ojos que la atendian : eran tejidas de hilos delgadísimos sus vestiduras , tramadas con sutil artificio , y hechas de materia indisoluble ; las quales , segun despues de ella misma supe , eran obra de sus manos , cuyo candor , por la obscura niebla de la ignorancia de los antiguos , padecia algun menoscabo en el lustre ; bien así como suele tal vez lienzo vistoso de pincel valiente tener menos claros los matizes si las injurias del humo los ofuscaron : en la inferior parte de esta rozagante gala estaba dibujada una P. , y en la superior una T. , y entre estas dos letras habia ciertos grados ó gradas por donde pudiese haber ascenso del inferior al superior elemento ; pero esta rica vestidura estaba en partes rásgada por las violentas manos de algunos que la maltrataron , llevándose cada uno la parte que de ella pudo asir : en la mano

diestra traia algunos libros , y en la siniestra un cetro ; la qual , así como vió á las poéticas musas que asistiendo á mi lecho inspiraban versos á mi llanto , algo alterada y mirando con ceño ¿ quién , dixo , ha dado lugar á que estas farsantes embusteras llegasen á este pobre enfermo , para que no solamente no aliviassen sus dolores con remedio alguno , sino que antes bien les diesen mas fuerza con dulces venenos ? porque estas son las que sembrando la cizaña de las pasiones , destruyen la fertil semilla de la razon : y las que en vez de librar los ánimos humanos de la carcoma del dolor , los acostumbran á padecer la polilla del sentimiento : aun siquiera si vuestras lisonjas , si vuestros engaños , como suelen comunmente , nos quitáran algun hombre divertido , supiéramoslo llevar con mas sufrimiento , porque en él no vendrian á defraudarse nuestros estudios ; pero á éste , criado con la leche de la doctrina de Aristóteles y Platon ? Andad , ea , idos de aquí encantadoras sirenas , hasta en los daños dulces , y dexad á mis musas el cuidado de curarle. Con estas razones confuso aquel cónclave de las nueve , triste , y decaido en tierra el semblante , mostrando en lo encendido de las mexillas lo

avergonzado de sus pechos, desembarazó la sala: yo que en el diluvio de mis lágrimas tenía tan anegada la vista, que no pude distinguir quién fuese muger de tan absoluto imperio, quedé absorto, y clavando la vista en el suelo me dispuse á esperar con silencio lo que intentase: ella entonces, llegándose mas cerca, tomó asiento en mi cama, y mirando mi rostro anegado en llanto, é inclinado ácia la tierra con la tristeza, lamentó la turbacion de nuestros ánimos en estos versos:

METRO II.

*¡O cuánto el juicio humano se entorpece
en mil tristes ahogos sumergido,
y como de su propia luz carece,
y en tinieblas extrañas va perdido,
si de solicitudes acosado
crece con destemplanza su cuidado!*

*Este, que libremente acostumbraba
discurrir por las sendas de esos cielos,
que al sol sus fixos rumbos le observaba,
á la luna los varios paralelos,
y de qualquiera estrellita comprendia
con certidumbre el rumbo que seguia;*

*Este, que supo cómo el movimiento
de los vientos altera el mar ruidoso,
quál espíritu nueva al firmamento,*

*y entendió por qué causa el astro hermoso,
que sombra ha de caer en el poniente,
luz se levante en el alegre oriente;*

*Quien templó la apacible primavera,
porque borde la tierra de colores,
quien hizo que el otoño convirtiera
en sazonado fruto aquellas flores,
y de naturaleza publicaba
muchos secretos que ella recataba;*

*Este pues yace ahora con las penas
deslumbrado el discurso, y ya rendido
el cuello al peso torpe de cadenas,
de cuyos lazos se congoja asido,
la carga que los hombros le fatiga
á que mire la tierra vil le obliga.*

PROSA II. DEL LIBRO I.

Pero no es ahora, dice, tiempo de quejas, sino de remedios; y fixando en mí con toda atencion los ojos, ¿no eres tú, dice, aquel que criado á nuestros pechos, é instruido de nuestra educacion, llegaste á adquirir ya varonil esfuerzo? Pues en verdad que te pertrechamos de tan suficientes y seguras armas, que si tú mismo no las hubieras dexado cobarde, te defendieran ellas invencible; ¿cómo me conoces? ¿por qué callas? ¿enmudeciste de vergüenza ó de asombro? ¿ó si fuera

de vergüenza ! Mas segun los indicios que en ti miro , el pasmo es quien te roba los acentos ; y viéndome no solamente sin voz , pero sin lengua , llegó blandamente su mano á mi pecho , y dixo : no , no es enfermedad de peligro ; un letargo es el que padece , enfermedad comun de ánimos engañados ; enagenóse de sí por algun rato ; pero volverá en su acuerdo con facilidad , solo con que nos llegue á conocer ; y para que lo pueda conseguir , limpiémosle poco á poco la vista , que con las nieblas de los afectos humanos tiene obscurecida : esto dixo , y recogiendo con la mano su vestidura en pliegues , me enxugó los ojos de las lágrimas en que estaban bañados.

METRO III. DEL LIBRO I.

*Huyó entonces de mí la noche ciega ;
y libre ya de su pavor obscuro,
cobró mi vista su vigor primero ;
bien así como vemos que les niega
á las luces del sol paso seguro
con negras sombras el nublado fiero ;
y que antes que el lucero
de Venus , á quien siguen las estrellas,
tienda sus luces bellas,
esconde el sol su coche,*

*y sobreviene intempestiva noche.
Pero en tristeza tanta,
si el Boreas de su cueva se levanta,
y las nubes ausenta,
y nos dexa segunda vez exenta
la luz de claro dia,
que el nublado en prisiones detenia,
sale resplandeciente
Febo, y hiere los ojos de repente.*

PROSA III. DEL LIBRO I.

No de otra suerte ahuyentadas las nieblas de la tristeza , ví el cielo y cobré sentido para conocer á mi enfermera ; y así al instante que volví ácia ella los ojos , y clavé en su semblante la vista , ví á la ama que me habia criado ; aquella en cuya escuela cursé desde niño , y para decirlo de una vez , ví á la Filosofía , y dixé ¿ cómo tú , ó maestra de todas las virtudes , desprendida de tu supremo sólio , viuiste á las soledades de este nuestro destierro ? ¿ bajaste acaso para ser juntamente conmigo comprehensa en acusaciones falsas ? ¿ pues habia yo , dice , ó hijo , de desampararte , y no participar del peso que te cargó á los hombros la desgracia de seguir mi bandera , tomando á medias contigo el trabajo ? ¿ no era

accion digna de la Filosofia dexar desamparado , y solo el viage de un inocente ¿ habia de acobardarme el rezelo de verme acusada ? ¿ ó es tan nuevo este lance que pueda infundirme horror ? ¿ por ventura juzgas que es esta la primera vez que las malas intenciones han presentado batalla á la sabiduría ? ¿ no tuvimos sangrienta guerra allá en tiempos de los antiguos , y lidiamos varias veces con la temeridad de la ignorancia antes de la edad de nuestro amado Platon ? y despues en vida suya ¿ no triunfó de la injusta muerte , asistiéndole yo , su maestro Sócrates ? cuya heredada doctrina como despues los Epicúreos , los Stoycos , y las demas sectas de Filósofos intentasen usurparla y apropiarsela cada uno , y á mí que lo resistia , me procurasen tambien robar como despojo suyo , me rasgaron la vestidura que con mis propias manos habia yo tejido , y llevándome algunos girones de ella , se partieron satisfechos , creyendo que me habian comprehendido del todo ; en quienes , porque al parecer se veian algunos visos de nuestras costumbres , juzgando la imprudencia del vulgo profano que eran sequaces nuestros , hizo algunos destrozos quitando la vida á muchos. Pero si ni la huida de Anaxágoras , ni el

veneno de Sócrates , ni los tormentos de Zenon llegaron á tu noticia por extraños , podrás tenerla al menos de los Canios , de los Sénecas , de los Soráneos , cuya memoria ni tiene mucho de antigua ; ni poco de célebre , á quienes ninguna otra cosa les acarreó los estragos que padecieron , sino el ver que instruidos de nuestras costumbres , se diferenciaban tanto de los hombres de mal genio ; y así no tienes que admirarte de que en el golfo de esta vida pasemos tempestuosa tormenta los que llevamos por máxima el desagradar á los malos , de cuyo exército (si bien es innumerable) no hay que hacer caso , porque se gobierna sin caudillo , y se dexa llevar temerariamente de qualquiera error , que como caudaloso rio lo arrebatá ; y si alguna vez mas atrevido ordena contra nosotros sus esquadrones , nuestra gobernadora encastilla sus esquadras , y ellos se ocupan en saquear los inútiles desperdicios , mientras nosotros desde la eminencia , mirando los que se ocupan en hacer presa en tan viles despojos , nos estamos riendo de ellos , viéndonos libres de todo su furioso tumulto , y fortificados de murallas , adonde , por mas que se conspire la ignorancia , ni le es posible el subir , ni permitido el aspirar.

METRO IV. DEL LIBRO I.

A quien gozando de vida
sosegada, la soberbia
del hado bollada á sus pies,
en lo que pisa la precia;

T'vienda que la fortuna
le ultraja, ó le lisongea,
no le mudan el semblante
la próspera, ni la adversa;

No le alterará la furia
del mar aunque se revuelva
tanto que encima fluctuen
sus mas profundas arenas:

Ni le inquietará el Vesubio
quando rotas sus cavernas,
arroja envueltas en humo
tempestades de centellas:

Ni le inmutará la furia
del rayo ardiente que truena,
y acostumbra herir las torres
que están del cielo mas cerca.

¿ Por qué pues los infelices
hombres se admiran y tiemblan
de los crueles tiranos
que se embravecen sin fuerzas?

Ni esperes, ni temas cosa;
desarmarás la braveza
de estos, pues dañar no pueden

á quien ni teme ni espera.

Mas qualquiera que afanado
se atemoriza de penas
instables, y solicita
gustos que no perseveran;

Dexó el escudo, y perdido
el puesto de su defensa,
forxa cadenas su yerro
con que aprisionarle puedan.

PROSA IV. DEL LIBRO I.

¿ Conoces, dice, esta verdad? ¿ hacen impresion en ti estas razones, ó estoy martillando en hierro frio? ¿ por qué lloras? no disimules conmigo; descúbreme la verdad, que si esperas el remedio de mi mano, es menester que me manifestes la herida. Entonces yo esforzando el aliento, dixé: pues qué ¿ todavía necesita de explicacion, y no se dexa ya conocer bastantemente por sí sola la aspereza de la fortuna contra mí tan cruel? ¿ no te causa novedad alguna la disposicion de la estancia que habito? ¿ es esta la librería que allá en mi patria elegiste tú misma para firme asiento tuyo, donde muchas veces discurrias conmigo tan sutilmente acerca de la ciencia de las cosas humanas y divinas? ¿ es el mismo traje este?

¿ es este el mismo semblante **que** tenía yo quando contigo desentrañaba los secretos de la gran naturaleza , quando con la regla geométrica me hacías **demostracion** de los rumbos de los astros ? ¿ quando instruías nuestras costumbres , **y** gobernabas la disposicion de toda la **humana** vida conforme el exemplar del **celestial** órden ? ¿ con estos premios **somos** remunerados los que te servimos ? Tú por boca de Platon afirmaste que serían dichosas las repúblicas , si las gobernaban los aplicados á la sabiduría , ó si se **aplicasen** á la sabiduría los que las gobernaban. Tú dictaste á la pluma de este **varon** mismo , que era empeño forzoso **de** los sabios ocupar los puestos de la república , para evitar el estrago que les podría sobrevenir á los buenos , si el mando **y** gobierno se les dexaba á los malos. Siguiendo pues esta autoridad solicité **exercitar** en actos públicos , con administracion **de** la práctica , lo que en mis ocios secretos me enseñaste tú de la teórica. Tú misma , tú y Dios , que te infundió en las mentes de los sabios , me sois testigos de **que** no me hizo aspirar al magistrado **otro** interes que el deseo del bien común. De esto se originaron graves y peligrosos encuentros , que con los mal intencionados tu-

ve ; y , como es propio de una conciencia segura , atropellé siempre por las ofensas de los poderosos á trueque de volver por la razon : ¿ cuántas veces salí al encuentro á Conigasto , y resistí la injusticia con que intentaba usurpar los bienes de los desvalidos ? ¿ cuántas veces á Traquila , mayordomo de la casa real , le desvié de la injuria empezada , ó por mejor decir , cometida ? ¿ cuántas veces , exponiendo mi autoridad á los riesgos , fuí protector de muchos infelices , á quienes la desenfrenada avaricia de los bárbaros ultrajaba con insolentes calumnias ? Jamás pudo persona alguna pervertirme de lo justo á lo injusto : de la misma manera me lastimaba á mí el ver que se menoscabasen los caudales de los vecinos de las Provincias , ya por hurtos particulares , ya por tributos comunes , como á los mismos que lo padecian : quando en tiempo de una hambre apretada se introduxo una sisa tan grande que pareció que iba encaminada á destruir totalmente la provincia de Campania , yo tomé á mi cargo **el** defender la conveniencia pública **contra** el Pretor que impuso aquella derrama ; ventilé el punto siendo el Rey Juez de la causa , y conseguí que no pasase adelante aquel feudo : á Paulino , varon

consular, cuyas riquezas habian ya devorado con el anhelo y la intencion los voraces aulicos, le saqué del hambriento embocadero de sus famélicas gargantas: porque Albino, varon consular, no padeciese la pena de una acusacion injusta, me opuse al odio de Cipriano su acusador. ¿ No te parece que son bastantes discordias las que contra mí he irritado? pero por el mismo caso que por amor de la justicia no atendí á mi seguridad entre los de la casa real, ¿ habia de vivir mas seguro entre los otros? ¿ por cuya acusacion habemos sido condenados? por tales sugetos, que Basilio, uno de ellos, despues de privado del oficio y ministerio real, y acosado de deudas, se aplicó al oficio infame de acusarnos: los otros dos fueron Opilion y Baudencio, á quienes por sus repetidas é innumerables maldades mandó un decreto real salir desterrados; y habiendo tenido noticia el Rey de que por no obedecerle, se acogian á la defensa sagrada de las Iglesias, mandó segunda vez, que si dentro del término señalado no se ausentaban de la Ciudad de Rabena, los sacasen por fuerza sellándoles primero las frentes; ¿ qual rigor parece que puede compararse con esta severidad? pues este mismo dia siendo ellos

propios los acusantes, se entabló la controversia de nuestro crédito; pues que ¿ merecian esto acaso nuestras artes? ¿ ó por ventura hizo á estos hombres legítimos acusadores la condenacion precedente? ¿ es posible que ya que no se avergonzase la fortuna de ver la inocencia acusada, no se corriese al menos de mirar la vileza de los que la acusaron? Preguntarás que delito se nos imputa: achacásenos que atendimos á la indemnidad del Senado. ¿ Deseas saber el modo? Hacésenos cargo de haber impedido á un embaxador que llevase instrucciones con que hacer reo al Senado del crimen de lesa magestad: qué te parece pues, ¡ ó maestra! ¿ negaremos este delito para que no te sirvamos de descrédito? Antes confieso yo, y confesaré siempre, que si bien para embarazar al embaxador me faltará de aquí adelante la posibilidad, nunca me faltará el deseo: ¿ acaso fué culpa el haber deseado la quietud del orden Senatorio? no lo sé: si solo sé que el Senado en sus decretos se ha portado contra mí como si hubiera sido culpa; pero por mas que la imprudencia se engañe mintiéndose á sí misma, no puede trocar los méritos de las acciones, ni juzgo que es lícito; según la sentencia de Sócrates, ocul-

tar la verdad, ni conceder la mentira; pero á tu juicio y al de los sabios remito el juzgar cómo se ha de entender esto; y para que la verdad de este caso no pueda esconderse á los venideros, lo encomienda á la pluma mi memoria; porque de las cartas que falsamente se me prohijan, con que me arguyen que solicité la libertad de Roma ¿qué hay que decir? pues se viera el engaño bien patente á las claras, si se nos permitiera valernos de las deposiciones de los mismos que nos acusan, que tanta fuerza tienen en qualquiera negocio ¿pues qué otra libertad puede ya esperarse? Oxalá pudiera alguna! respondiera yo lo mismo que Canio, que haciéndole cargo Bayo, hijo del Emperador Germánico, de que era cómplice en una conjuración contra él, dixo: si yo la supiera, tú la ignoraras; y en esto no me ha entorpecido tanto mi sentimiento, que me lamente de que los mal intencionados maquinasen traiciones contra la virtud; pero admirome mucho de que consiguiesen lo que intentaron; que en fin querer lo peor será defecto nuestro; pero que pueda lograr qualquiera facinoroso quanto emprende contra la inocencia, mirándolo Dios, parece monstruosidad, á cuyo propósito no sin

mucha razon exclamó uno de tus discipulos, diciendo: si hay Dios ¿de dónde se originan los males? y si no le hay ¿de dónde proceden los bienes? Pero ya que á los plebeyos y malos que tienen por oficio desear beber la sangre de todos los buenos y del Senado, todo se les permita hasta desearnos destruir tambien á nosotros, porque nos vieron defender á los buenos y al Senado ¿por qué han de hacer lo mismo los Patricios? Ya te acordarás (á lo que pienso) porque siempre que yo habia de hacer ó decir algo, me asistias y me guiabas; ya te acordarás, digo, con cuánta evidencia de mi riesgo defendí en Verona la inocencia de todo el Senado, quando el Rey deseoso de una ruina universal maquinaba comprehender á todo el orden Senatorio en el delito que se le achacó á Albino: bien sabes tú que digo verdad en esto, y que nunca he blasonado jaetancioso alabanzas mias, porque parece que disminuye, en algun modo, el mérito de lo que hace, quien de la publicidad de la fama cobra la remuneración de sus hechos divulgándolos con lo que dice; pero ya ves qué suceso ha tenido nuestra inocencia; en vez de gozar del premio de una virtud verdadera, padecemos el castigo de un delito falso, ¿y

quál delito jamas , aun confesándole el reo manifiestamente , tuvo tan conformes á los Jueces en el rigor que no hubiese algunos que se inclinasen á la piedad ; ó por el error del humano juicio , ó por los acasos tan fortuitos como varios entre todos los mortales ? Si yo hubiera querido abrasar los templos sagrados , ó pasar á sangriento cuchillo los Sacerdotes , si me culpáran de que trazaba dar la muerte á los hombres de mas suposicion ; ¿ pudieranme dar sentencia mas rigurosa aun despues de confeso ó convicto ? Mas ay ! que ahora indefenso y desterrado á distancia de cien millas estoy comprehendido en la proscripcion , sin otra culpa que ser afecto al Senado . ¡ O dignos de que á ninguno se le pueda probar semejante delito ! cuya inocencia conocieron aun los mismos que de él nos acusaron , y por confundirla con la mezcla de alguna maldad , fingieron que manché mi conciencia con sacrilegios por el anhelo de las dignidades ; siendo así que tú , entrañada en mi pecho , expelias del asiento de mi ánimo el deseo de todas las cosas mortales ; y no fuera razon que delante de tus ojos tuviese lugar el culto sacrilego ; porque tú inspirabas cada dia á mis oidos y á mis consideraciones aquello de Pitágoras ,

que se ha de servir no á los dioses , sino á Dios ; ni era posible que solicitase yo el amparo de los espíritus inmundos y viles , quando tú me subias á tan alta excelencia que me asimilabas á Dios ; fuera de que mi honesta consorte , la asistencia de tantos y tan virtuosos amigos , y el venerable y santo Simaco , mi suegro , nos libran de toda la sospecha de este delito ; pero ¡ ó maldad ! nuestros émulos contigo misma hacen probable tan nefando delito , y por el mismo caso que estamos instruidos de tus preceptos y enseñados de tus costumbres , somos tenidos por culpados en el maleficio del obsequio diabólico : de modo , que no solamente no me disculpan á mí por tu respeto , sino que antes bien te quieren culpar á ti por mi acusacion ; y para que lleguen á estar colmados nuestros males , se les añade que la opinion de los mas no atiende á los méritos de los cosas , sino á los sucesos de la fortuna , y solamente juzga por bien hecho lo que acredita la prosperidad ; de donde nace que quien primero huye de los infelices es el buen crédito , y me corrió de imaginar la voz que ahora correrá de mí en el pueblo ¿ en cuántas y cuán diversas opiniones estará dividido ? á esto se añade

sola una cosa que es el último peso de la adversa fortuna, que siempre que á los infelices se les achaca algun delito, se tiene por cierto que merecieron lo que padecen; y así yo desposeido de todos mis bienes, privado de las dignidades, manchada la opinion, cojo en castigos lo que sembré en beneficios; y me parece que estoy viendo que rebosan alborozos y alegrías las casas de los facinorosos, y que los peores de ellos instan contra nosotros con engañosas acusaciones: que los buenos se amilanan con el terror que nuestra tragedia les infunde; y el ver tan libres de castigos las maldades, alienta á qualquiera sedicioso á intentarlas, y la esperanza de los premios les incita á cometerlas; y que á los inculpables no solo se les niega la seguridad, sino tambien la defensa, y así me obliga mi sentimiento á exclamar:

METRO V. DEL LIBRO I.

¡O Hacedor soberano
de ese estrellado asiento,
que residiendo inmoble
en tu solio supremo,
Con rápida violencia
gobiernas esos cielos,

y á los astros obligas
á observar tus preceptos!

T que la blanca luna
en orizonte opuesto
al del sol, ostentando
de sus luces el lleno,

Las estrellas menores
prive de lucimiento,
y ahora macilenta
su rostro obscureciendo,

Pierda sus esplendores,
acercándose á Febo,
y estando del sol cerca
esté de lucir léjos;

T que la estrella hermosa,
que quando tiende el velo
la perezosa noche
se descubre primero,

Para la aurora alegre
trueque sus movimientos,
y pálida preceda
al sol que iba siguiendo;

Tú con el hielo torpe
del deshojado invierno
das á la luz del dia
término mas pequeño:

Tú quando caloroso
viene el estival tiempo,
las horas de la noche
vas reduciendo á menos;

sola una cosa que es el último peso de la adversa fortuna, que siempre que á los infelices se les achaca algun delito, se tiene por cierto que merecieron lo que padecen; y así yo desposeido de todos mis bienes, privado de las dignidades, manchada la opinion, cojo en castigos lo que sembré en beneficios; y me parece que estoy viendo que rebosan alborozos y alegrías las casas de los facinorosos, y que los peores de ellos instan contra nosotros con engañosas acusaciones: que los buenos se amilanan con el terror que nuestra tragedia les infunde; y el ver tan libres de castigos las maldades, alienta á qualquiera sedicioso á intentarlas, y la esperanza de los premios les incita á cometerlas; y que á los inculpables no solo se les niega la seguridad, sino tambien la defensa, y así me obliga mi sentimiento á exclamar:

METRO V. DEL LIBRO I.

¡O Hacedor soberano
de ese estrellado asiento,
que residiendo inmoble
en tu solio supremo,
Con rápida violencia
gobiernas esos cielos,

y á los astros obligas
á observar tus preceptos!

T que la blanca luna
en orizonte opuesto
al del sol, ostentando
de sus luces el lleno,

Las estrellas menores
prive de lucimiento,
y ahora macilenta
su rostro obscureciendo,

Pierda sus esplendores,
acercándose á Febo,
y estando del sol cerca
esté de lucir léjos;

T que la estrella hermosa,
que quando tiende el velo
la perezosa noche
se descubre primero,

Para la aurora alegre
trueque sus movimientos,
y pálida preceda
al sol que iba siguiendo;

Tú con el hielo torpe
del deshojado invierno
das á la luz del dia
término mas pequeño:

Tú quando caloroso
viene el estival tiempo,
las horas de la noche
vas reduciendo á menos;

Tú el año vario templas,
 porque el céfiro lento
 restituya las bojas
 que robó el Boreas fiero;
 y porque las que Arturo
 vió simientes primero,
 espigas ya lozanas

del Can las tueste el fuego:
 De aquesta ley eterna
 nada ha quedado exento,
 y se obra todo quanto
 disponen sus decretos:

En fin, todas las cosas
 gobiernas con fin cierto;
 solo las de los hombres
 desprecia tu gobierno:

Y así con justa causa,
 Legislador supremo,
 se te puede hacer cargo
 de las cosas que vemos:

Porque ¿ en qué razon cabe,
 que en tan varios sucesos
 errada la fortuna
 trueque así los efectos?

Oprime á los que se ballan
 de toda culpa exentos
 con el duro castigo
 á la maldad impuestos;

Y los hombres iniquos
 suben al trono excelso,

é injustamente pisan
 los inocentes cuellos:

La virtud clara habita
 lóbregos aposentos,
 y paga el virtuoso
 la culpa del protervo:

El perjurar osados
 nada les daña á estos,
 ni el engaño adornado
 del matiz sobrepuestos;

Antes quando valerse
 intentan de su esfuerzo,
 estos que son temidos
 de innumerables pueblos,

Aprisionan altivos,
 avasallan soberbios,
 los Reyes que gozaban
 de reynos opulentos.

¡ O tú, qualquiera que eres,
 causa de estos afectos,
 mira ya de la tierra
 el mísero lamento!

Los hombres, que no somos
 de tanta obra lo menos,
 del mal de la fortuna
 sentimos el exceso:

Reprima pues tu mano,
 Gobernador inmenso,
 las espantosas olas
 de este golfo soberbio;

*T siempre estable y firme
con aquel orden mesmo
que riges lo celeste,
gobierna lo terreno.*

PROSA V. DEL LIBRO I.

Despues de haber yo pronunciado á bramidos estas quejas, ella con semblante apacible; nada conmovida de mis lamentaciones, al instante, dixo, que te miré triste y lloroso, conocí que estabas affigido y desterrado; pero no supiera quán remoto fuese este destierro, si tu relacion no lo hubiera explicado; mas á ti, á la verdad, no te echaron de la patria, sino que te desviaste de ella, ó si quieres mas juzgarte expulso tú mismo, tú te expeliste; porque jamás persona alguna hubiera tenido sobre tí jurisdiccion para tanto; pues si te acuerdas bien de la patria, á quien debes tu origen, verás que no se gobierna como antiguamente la de los Atenieses por el imperio de una multitud, sino que tiene solo un Señor, y un Rey solo, á quien le alegra el curso, no la expulsion de los ciudadanos; cuyo freno y justicia son tales, que el regirse por él, y el obedecerla á ella es la libertad mayor. ¿Ignoras acaso aquel

antiguo estatuto de tu Ciudad, por el qual está establecido, que no pueda ser desterrado quien quisiere hacer asiento en ella? porque quien habita dentro del distrito que cercan sus murallas, no tiene que recelar que le castiguen jamás con la pena del destierro; pero qualquiera que se cansa de habitarla, pierde tambien juntamente la dicha de merecerla; y así no mueve tanto mi compasion la descomodidad del puesto en que asistes, como la afficcion del semblante que muestras; ni solicito con mas afan los estantes de las librerías compuestos de marfil y tachonados de piedras, que el asiento de la mente donde no coloqué libros, pero puse lo que da á los libros estimacion, que son las sentencias de ellos; y tú en efecto en quanto refieres que solicitaste el bien comun, y que segun lo que mereciste con tus acciones lograste pocos agradecimientos, dixiste una verdad indubitable: de las objeciones que se te hacian de haber defendido el Senado, de haber falseado las letras, referiste cosas manifiestas á todos: de las maldades y engaños de los que te acusaron, con justa atencion quisiste no mas de apuntarlos brevemente; porque es cierto que mejor, y mas por extenso vola-

rán por las bocas del vulgo , á quien nada se le esconde : ponderaste tambien vivísimamente la accion injusta del Senado , y de nuestros oprobios : tambien te doliste y lamentaste tu opinion desacreditada : finalmente se enconó el sentimiento contra la fortuna , y formaste quejas de que no se remuneraban los méritos con premios equivalentes , y á lo último con furor poético pretendiste conseguir que la misma paz que rige el cielo gobernase la tierra ; pero porque estás combatido de muchos géneros de afectos , y te impelen ácia diversas partes el dolor , la ira y la tristeza , segun está ahora débil la complexión de tu mente , no se pueden aplicar aun los mas eficaces remedios ; y así usaremos poco á poco de los mas leves , para que todo lo que estuviere inflamado y endurecido por las tribulaciones que te sobrevinieron , con los medicamentos suaves se corrija y ahlande de modo que sufras despues remedios mas fuertes.

METRO VI. DEL LIBRO I.

*El labrador que entrega largamente
á los avaros surcos la simiente,
quando el signo de Cancer caloroso*

*arde á los rayos del planeta hermoso,
de Ceres engañado,
habiéndole faltado
su esperado tributo,
de las encinas coma el toscó fruto.*

*Nunca en las roxas selvas
á buscar las violetas te resuelvas,
quando á la horrenda saña
del Aquilon resuena la campaña;
ni con mano ambiciosa
exâmines el bástago lozano
de la cepa pomposa
quando empieza el verano
si ballar quieres racimos;
que sus dones opimos
Baco que darlos puede,
solamente al otoño los concede.*

*Rige los tiempos Dios , y les reparte
su oficio á cada uno,
y no permite que jamás se aparte
de su distribucion destino alguno;
así quien despeñado
el órden cierto aleja,
de conseguir se dexa
lo mismo que pretende su cuidado,
y no logra el suceso deseado.*

PROSA VI. DEL LIBRO I.

Fil. No me permitirás pues que con algunas preguntas exâmine el estado de tu

enfermedad , para que pueda entender qué remedios han de aplicársete ?

Boec. Como tú gustares ; bien puedes preguntar lo que quisieres , satisfecha de que iré respondiendo á todo.

Fil. ¿ Juzgas tú que se rige la máquina de este mundo por acasos fortuitos é inconsiderados ? ¿ por ventura crees que no tienen cavida en él la providencia ni la razon ?

Boec. De ningun modo he imaginado yo jamás que tan concertadas cosas y tan precisos movimientos se gobiernen casualmente , sino antes bien sé con evidencia , que preside á sus obras Dios , que las hizo , y nunca vendrá dia que me ponga duda en la verdad de esta sentencia.

Fil. Así lo creo yo porque esto mismo dixiste tambien poco ha , y lamentaste que solamente los hombres no participaban del cuidado de la divina providencia ; pero de todas las demas cosas no dudabas que se regian por la ley de la razon : mas cierto que me admiro mucho de que estando firme en tan sana opinion andes tan quebrado de salud ; pero ahondemos mas la pregunta , porque imagino que aun falta no sé qué ; dime , ya que no dudas que es Dios quien gobierna el mundo , ¿ llegas tambien á advertir con qué gobierno lo rige ?

Boec. Apenas comprehendo la substancia de esa pregunta para poderte dar adecuada respuesta.

Fil. No ignoraba yo que les faltaba á tus pertrechos algo , por donde como por muralla que al embate de los cañones se ha aportillado , entró por asalto en la quietud de tu ánimo la enfermedad de las tribulaciones ; pero dime , ¿ acuerdaste por ventura cuál sea el fin á que se dirigen todas las cosas , ó á donde se encamine la intencion de toda la naturaleza ?

Boec. Ya lo he oido decir ; pero la tristeza me ha entorpecido la memoria.

Fil. ¿ Y sabes siquiera de donde procede todo ?

Boec. Sí lo sé , y tengo ya respondido que es Dios el principio de donde todo se origina.

Fil. ¿ Pues cuál puede ser la causa de que entendiendo el principio de las cosas ignores el fin de ellas ? pero esta propiedad tienen las tribulaciones , y es tan limitada su fuerza , que bien podrán mover sus bayvenes de su sitio á un hombre ; pero no pueden arrojarle de él totalmente , ni arrancarle de raiz : mas tambien quisiera que me respondieses á esto : ¿ sabes por dicha que eres hombre ?

Boec. ¿Cómo puedo dexarlo de saber?

Fil. ¿Y podrás declarar qué cosa sea hombre?

Boec. ¿Qué me preguntas si sé que soy animal racional, y mortal juntamente?

Sí; lo sé; y confieso que lo soy.

Fil. ¿Y no sabes de tu ser otra cosa?

Boec. No por cierto.

Fil. Pues ahora conozco la mayor causa de tu mal, y es que has perdido el conocimiento de lo que eres, por donde ya evidéntisimamente he descubierto el origen de tu enfermedad, y el camino para que vuelvas á restaurar la salud; porque con el olvido, que de ti mismo padeces, tienes confundido el discurso, y por eso te lamentas así de verte desterrado de tu patria, y desposeido de tus bienes; y como ignoras cuál sea el fin de todas las cosas, tienes por poderosos y felices á los hombres iníquos y facinorosos; y como ya no te acuerdas con qué gobierno se rige el mundo, imaginas que estas desigualdades de la fortuna andan vagando sin gobernador alguno: que todas son causas bastantes no solo para motivarte esta dolencia; sino tambien para conducirte á la muerte; pero da gracias al autor de la vida de que aun no te ha desamparado del todo el vigor de la natu-

raleza: que todavia descubro en ti un gran cimiento, sobre que fundar la fábrica de tu salud, que es la verdadera opinion que sigues acerca del gobierno del mundo; pues crees que no está sujeto á la incertidumbre de los acasos, sino á la seguridad de la providencia divina, y así ten buen ánimo, que de esta centella tan escasa que te ha quedado ha de volver á alumbrarte el ardor natural; mas porque no es aun tiempo de usar de los remedios fuertes, y porque es cierto que es de calidad el juicio humano, que siempre que arroja de sí las sentencias verdaderas, inmediatamente entran á ocuparle las opiniones falsas, y nace de ellas la niebla obscura de tribulaciones, que ofusca la vista de modo que no la dexa gozar de la verdadera luz, procuraré adelgazar poco á poco estas tinieblas con leves y fáciles medicamentos, para que auyentadas las nubes de los engañosos afectos y pasiones, puedas percibir el resplandor de la verdadera claridad.

METRO VII. DEL LIBRO I.

*Con nublados negros
ocultos los astros,
derramar no pueden*

luz alguna al campo; *Si el astro soberbio*
mueve el mar ayrado,
y meztla sus aguas
desde arriba abaxo;

Las que eran poco antes
como vidrio claro,
y un sereno dia
por lo sosegado;

Revuuelto ya el cieno
su candor manchado,
á la vista niegan
cristalino paso;

El rio que corre
con rápido paso,
y se precipita
de los montes altos,

Tal vez se detiene
si encuentra un peñasco,
que se ha desprendido
de un risco empinado.

Tú tambien si quieres
ver con ojos claros
de la verdad santa
los lucidos rayos;

Y si solicitas
dir encaminado
por derecha senda
sin andar vagando,
Huye el gozo leve;

el temor amargo,
la dulce esperanza,
y el dolor tirano;

Porque entre tinieblas
el discurso humano,
sujeto está al freno
de rigidos lazos;

Sin que tener pueda
libertad en tanto
que reynaren estos
mortales cuidados.

LIBRO SEGUNDO.

PROSA I.

Suspendió tras esto la voz por un breve espacio, y luego que de mi silencio coligió mi atencion, empezó así: si yo he llegado á averiguar de raiz las causas de tu enfermedad, á ti te afligen las memorias de tu antigua próspera fortuna, ella sola es la que mudada de semblante, á tu parecer, altera tu sosiego; ya yo entiendo las varias transformaciones de este monstruo, y que con los que intenta dexar burlados profesa estrechísima amistad primero, para ocasionarles mas intolerable sentimiento desamparándolos de improviso despues; y si te acuerdas

luz alguna al campo; *Si el astro soberbio*
mueve el mar ayrado,
y meztla sus aguas
desde arriba abaxo;

Las que eran poco antes
como vidrio claro,
y un sereno dia
por lo sosegado;

Revuuelto ya el cieno
su candor manchado,
á la vista niegan
cristalino paso;

El rio que corre
con rápido paso,
y se precipita
de los montes altos,

Tal vez se detiene
si encuentra un peñasco,
que se ha desprendido
de un risco empinado.

Tú tambien si quieres
ver con ojos claros
de la verdad santa
los lucidos rayos;

Y si solicitas
dir encaminado
por derecha senda
sin andar vagando,
Huye el gozo leve;

el temor amargo,
la dulce esperanza,
y el dolor tirano;

Porque entre tinieblas
el discurso humano,
sujeto está al freno
de rigidos lazos;

Sin que tener pueda
libertad en tanto
que reynaren estos
mortales cuidados.

LIBRO SEGUNDO.

PROSA I.

Suspendió tras esto la voz por un breve espacio, y luego que de mi silencio coligió mi atencion, empezó así: si yo he llegado á averiguar de raiz las causas de tu enfermedad, á ti te afligen las memorias de tu antigua próspera fortuna, ella sola es la que mudada de semblante, á tu parecer, altera tu sosiego; ya yo entiendo las varias transformaciones de este monstruo, y que con los que intenta dexar burlados profesa estrechísima amistad primero, para ocasionarles mas intolerable sentimiento desamparándolos de improviso despues; y si te acuerdas

bien de su natural y costumbres , cono-
 cerás que no gozaste ni perdiste en ella
 cosa digna de estimacion ; pero á lo que
 pienso no ha de costarme mucho el traer-
 te á la memoria sus propiedades ; porque
 tú solias , aun quando se te mostraba mas
 afable , provocarla con varoniles palabras,
 y perseguirla con las sentencias valien-
 tes , que enseñado de mí pronunciabas:
 mas ninguna repentina mudanza de las
 cosas dexa de ocasionar algun género de
 turbacion al pecho mas animoso ; y así
 ha sucedido que tambien á ti te ha fal-
 tado el sosiego algun espacio ; mas ya abo-
 ra es tiempo de que recibas y pruebes
 alguna bebida suave y gustosa , que pe-
 netrando hasta lo íntimo de tu pecho abra
 camino á otras mas eficaces. Valgámo-
 nos pues de la dulce persuasion de la
 retórica , que solamente discurre por ca-
 mino derecho quando no excede de nues-
 tros preceptos , y forme acompañada de
 ella nuestra familiar la música , ya fáci-
 les , ya primorosos contrapuntos ; ¿ qué
 suceso pues , ó mortal , es el que te ha
 reducido á tan profunda tristeza ? ¿ hate
 sucedido alguna cosa nueva y desusada ?
 Si juzgas que mudó para ti la fortuna de
 estilo , te engañas , que estas son siempre
 sus costumbres , y este su natural , y en

su misma inconstancia se mostró contigo
 constante : de la misma calidad era quan-
 do te lisongeaba con engañosos albagos
 de mentidas felicidades , sino que ahora
 es quando llegaste á conocer los varios
 semblantes de la deidad ciega ; y esta
 que á los demas se encubre , aun á ti se
 te manifestó ya ; y así si te agrada su
 condicion , sigue sus costumbres y no te
 quexes ; si te pone horror su infidelidad,
 despréciala y arrójala de ti , pues hace
 tan pesadas burlas : esto mismo que ahora
 es causa de tu tristeza , lo habia de ser
 de tu sosiego ; ¿ por qué te ha dexado
 aquella de quien ninguno podrá tener se-
 guridad de que no ha de dexarle ? ¿ juz-
 gas por digna de aprecio la prosperidad
 que ha de acabarse ? ¿ y es para ti de
 estimacion la fortuna presente con la in-
 certidumbre de permanecer , y con la evi-
 dencia de que ha de acarrear sentimien-
 to en faltando ? Fuera de que , si no es po-
 deroso el arbitrio humano á detenerla , y
 á los que mas favoreció asistiéndolos , ha-
 ce mas desdichados dexándolos : ¿ qué otra
 cosa viene á ser la felicidad fugitiva , que
 un evidente indicio de que ha de llegar
 la desdicha ? Ni tampoco basta enganar
 la vista con aquello que está presente á
 los ojos ; porque la prudencia adelanta la

consideracion al fin de las cosas, y la inestabilidad misma que hay en entrambas fortunas, hace que ni la adversa sea formidable, ni la próspera apetecible; finalmente, despues que ya una vez hayas sujetado la cerviz á su yugo, es menester que toleres con equanimidad qualquiera cosa que sucediere en los lances de la fortuna; porque será contra toda razon que quieras tú poner preceptos de quedarse y partirse á aquella que tú mismo voluntariamente elegiste por señora tuya; pues con no saber sufrirla ni poder emendarla, vendrás á hacer mas intolerable tu mala suerte. Si encomendáras las velas á los vientos, caminarias, no adonde tu voluntad te guiase, sino adonde sus soplos te impeliesen. Si fiaras la simiente á los campos, interpolariáanse entre sí los años abundantes con los estériles. Tú te entregaste á la fortuna que te rigiese, conviene pues que obedezcas las costumbres de quien es dueño. ¿Intentas detener el ímpetu furioso de su volitaria rueda? Adviérte ya, ó el mas necio de todos los mortales, que si la fortuna diera en ser constante, dexaria de ser fortuna.

METRÔ I. DEL LIBRO II.

Esta quando soberbia desafia
 á ser varia al mas vario de los vientos,
 cruel reduce á viles rendimientos
 á los Reyes que el orbe mas temia;
 Levanta al trono al que en prision yacia,
 ni oye quejas, ni escucha sentimientos,
 y de los llantos, penas y lamentos,
 que ella misma causó, se rie impávida.
 Así burla con todos su inconstancia:
 así en daño del mísero que llora
 prueba las fuerzas, que su ser le ha dado;
 es el mayor blason de su arrogancia,
 que en el sucinto término de una hora,
 se vea uno abátido y sublimado.

PROSA II. DEL LIBRO II.

Pero quisiera ventilar contigo algunas razones de la misma fortuna. Juzga pues tú si le asiste la razon; ¿por qué estás, dice, ó hombre, acusándome cada dia con tus quejas? ¿qué injuria te he hecho? ¿qué bienes tuyos te he quitado? Pleytea conmigo delante de qualquiera Juez sobre la posesion de las riquezas y dignidades, y si probares que algo de todo esto es propio de alguno de los mortales, yo te confesaré ingemientemente que todo quanto

pretendés era tuyo: quando la naturaleza te desprendió del vientre materno te recibí en mis brazos desnudo y pobre, acudí á tu abrigo con mis riquezas, y (lo que ahora te pone mas impaciente contra mí) con oficioso agasajo te crié regaladamente, y te enriquecí con esplendida abundancia de todo aquello que está debaxo de mi jurisdiccion: antójaseme ahora retirar la mano; tienes pues obligacion de darme las gracias, como quien se ha valido de lo que era ageno, y no tienes licencia de pedirme quejas como si hubieras perdido lo que era tuyo: pues ¿por qué te lamentas? ¿he usado yo contigo de violencia alguna? Las riquezas, los honores, y todas las demas cosas de este género, todas están sujetas á mi arbitrio, siervas son mias que me reconocen por señora suya; conmigo vienen, y se van conmigo, y me atrevo á afirmar que si fueran tuyas las grandezas que lamentas perdidas, de ningun modo las hubieras perdido; ¿pues qué es esto? ¿á mí sola me han de prohibir el uso de mi derecho? Tiene licencia el cielo para ostentar resplandecientes dias, y ocultarlos despues con tenebrosas noches; permítescele á la variedad del año ya coronar la tierra con olorosas y matizadas flores, con sa-

zonados y opimos frutos, ya marchitar su verde pompa con tempestuosas y continuas lluvias, con perezosos y erizados frios; puede el mar licitamente ya lisongear apacible con sus serenas aguas, y atemorizar formidable con sus soberbias olas; y á mí me ha de obligar la insaciable avaricia de los hombres á que guarde constancia siendo tan agena de mis costumbres? Este es mi estilo ordinario, este es mi continuo juego: volteo la rueda á círculos, y gusto de levantar lo inferior á lo encumbrado, y abatir lo encumbrado á lo inferior; sube si te agrada mas con esta máxima, que no has de tener por agravio el baxar quando lo pida la ley de mi juego. ¿Por ventura ignorabas tú mis mañas? ¿no sabias lo de aquel Rey de Lydia Creso, que habiendo sido primero el mayor asombro de Ciro, cautivo poco despues, y entregado miserablemente á las llamas, hubo menester una lluvia del cielo para librarse de ellas? ¿escóndesete acaso que habiendo vencido Paulo, aquel célebre Cónsul al poderoso Rey Perseo, le lastimó tanto de su desgracia, que lloró por su prision el mismo que le hizo prisionero? ¿qué otra cosa lamenta el clamor de las tragedias, sino los inconsiderados golpes con que la fortuna derriba los reynos mas prósperos?

¿ no aprendiste quando mancebo que habia en el umbral del palacio de Júpiter dos vasijas, una de amargo breuage, y otra de dulce licor, y que qualquiera que entrase habia de probarlas entrambas? ¿ qué lloras pues si te cupo mas parte de lo sabroso que de lo azedo? ¿ qué te quejas si aun no me desvié de ti totalmente? ¿ qué gimes si esta misma inconstancia mia te alienta con razon á esperar suerte mas feliz? Ea pues, no pierdas el ánimo, ni habitando en este Reyno á todos común, pretendas vivir con la ley á ti solo particular.

METRO II. DEL LIBRO II.

*Si quantas el mar ayrado
con los vientos movió arenas,
y quantas el estrellado
cielo las noches serenas
lucos bellas ha ostentado;
De riquezas tanta copia,
sin que retire la mano,
derrame la cornucopia,
siempre una miseria propia
llorará el género humano;
Aunque quanto uno desea
con súplica codiciosa,
Dios le dé que lo posea,*

*y su mano poderosa
pródiga del oro sea;*

*T aunque á quien viese entregado
á su ambicion desalada
le coloque en alto estado,
despues de haberlo alcanzado
todo le parece nada;
Que antes bien quando provoca
la codicia formidable,
devorando quanto toca
con hambre mas insaciable,
vuelve á abrir la borrenda boca;
¿ Qué freno podrá parar
la ambicion del poseer,
quando se va á despeñar,
si con el mismo alcanzar
crece la sed del tener?
Mira quán errado vas
huyendo tesoros, loco;
porque si en la cuenta das,
no es pobre quien tiene poco,
sino quien desea mas;
Que el que acostumbra quejarse,
por mas que todo le sobre,
si no sabe contentarse,
rico no puede llamarse,
pues él se tiene por pobre.*

PROSA III. DEL LIBRO II.

Si hablára pues contigo estas razones, la fortuna volviendo por sí, es infalible que no tuvieras que replicarla, ó si discurre algo con que puedas defender justamente tu queixa, no hay sino que lo digas, que yo te escucharé; entonces yo, elegantes son, dixé, esos discursos, y hermo-seados con la dulzura de la retórica y la música delectan mientras se escuchan; pero tiene mas hondas las raices el sentimiento de los males en el pecho de un infeliz; y así al instante que el eco de estas palabras dexa de resonar en los oidos, aquel mismo dolor intrínseco vuelve á remorder en el alma; así es, dixo ella, porque estos no son aun remedios de tu mal, sino solamente unos lenitivos de tu dolor, que está á los medicamentos tan rebelde; que yo aplicaré, quando fuere tiempo, aquellos que penetran hasta lo íntimo; pero con todo eso no te quieras contar entre los infelices. ¿Has olvidado acaso el número y el modo de tus felicidades? Dexo aparte que habiéndote faltado tu padre, el cuidado de los varones de mas suposicion te adoptó por hijo, y eligiéndote los príncipes de la Ciudad para en-

parentar por afinidad contigo, que es el mas precioso género de parentesco, empezaste á ser antes su amigo que su deudo. ¿Quién no te juzgará por muy dichoso con tanto lustre de suegros, con tanta modestia de consorte, y con sucesion tan oportuna de hijos varones? No hago reparo (porque no se ha de reparar en lo que es comun) en las dignidades, que habiéndose negado á muchos ancianos, se te concedieron á ti siendo mozo, porque deseo llegar á la singular cumbre de tu dicha; si algun fruto pues de las cosas mortales puede llamarse felicidad; ¿podrá borrarse con el peso de los males que sobrevengan despues? La memoria de aquel venturoso tiempo quando viste salir de tu casa Cónsules á tus dos hijos, cortejados de la asistencia de los patricios, y del alborozo de los plebeyos; quando sentados ellos en su tribunal recitando tú el célebre panegírico de su eleccion mereciste con tu ingenio tanta gloria, y alcanzaste con tu facundia tanto aplauso; quando paseándote públicamente en medio de dos Cónsules, colmaste la expectacion con triunfo tan grandioso; quando gozabas de estas prosperidades, á lo que yo imagino, debiste de engañar á la fortuna con alguna vana

promesa, pues ella te agasajaba tanto, y con tal cariño te concedía que supieses á lo que saben sus deleytes; alcanzaste de ella dádivas, que jamás habia franqueado á particular ninguno; ¿quieres pues venir á cuentas con la fortuna? Ahora es la primera vez que te ha mirado con ceño, y si consideras el número y el modo de todos tus lances alegres y tristes, no podrás negar que todavía eres feliz; y si piensas que no eres dichoso, porque lo que entonces parecia alegre se pasó ya; tampoco hay razon para imaginarte desdichado, porque lo que ahora parece triste tambien se pasa; ¿eres tú por ventura huesped ó peregrino que llegas ahora nuevamente á la comedia de esta vida? ¿acaso piensas que hay en las cosas humanas constancia alguna, quando vemos que al mismo hombre, que es lo mas precioso de ellas, le aniquila la velocidad de las horas? y si por mas que se dilate la prosperidad, es rara la vez que goza uno mucho tiempo de suerte dichosa, y es forzoso que el último aliento de la vida del mas feliz sea muerte de la fortuna mas constante, ¿qué piensas que importa mas que tú la dexes á ella muriéndote, ó que ella te dexé á ti mudándose?

METRO III. DEL LIBRO II.

Quando en su coche luciente
Febo ostenta su belleza,
y á esparcir rayos empieza
desde el balcon del oriente:

A vista de su arrebol
se oculta qualquiera estrella,
que á todas atropella
la ardiente llama del sol:

Mece por Abril las hojas
del bosque el zéfiro lento,
produciendo con su aliento
las rosas blancas y roxas;

Mas quando ya proceloso
el austro gime sañudo,
queda el espino desnudo
de aquel adorno pomposo:

A veces en calma igual
tranquilo el mar resplandece,
y en lo inmóvil parece
un condensado cristal;

T á veces soberbio el viento
tan altas las olas echa,
que con tempestad desbecha
las saca de su elemento:

Pues si es tan rara la forma
que en el mundo está constante,
y á cada bora, á cada instante

tantos semblantes transforma:

*Da crédito á la ventura
de los hombres inconstante,
y al fugitivo semblante
del bien que tan poco dura:*

*Que la eterna providencia
divina tiene asentado,
que nada de lo criado
tenga asiento ó subsistencia.*

PROSA IV. DEL LIBRO II.

Verdad es, dixé yo entonces, lo que refieres, ó maestra de todas las virtudes, y no puedo negarte la carrera velocísima de mi prosperidad; pero esto mismo es lo que quanto mas me viene á la memoria, con tanta mayor vehemencia me quita el entendimiento; porque entre todas las adversidades de la fortuna, el mas infeliz género de desdicha es el haber sido afortunado; si en la falsa opinion en que tú vives engañado, dixo ella, es quien motiva el sentimiento que padeces, injustamente quieres atribuir á los sucesos de las cosas la culpa de tu pena; porque si perturba tu sosiego este nombre vano, esta voz sin substancia, esta palabra sin significacion de la felicidad fortuita, es menester que vayas discurren-

do conmigo cuántos y quán grandes bienes tienes aun; dime pues, si ha reservado la divina clemencia intacto, é inviolable lo mas precioso de quanto poseias en la mayor prosperidad de la fortuna que gozabas; podrás con razon quejarte de tu desdicha si estás poseyendo lo mejor de tu felicidad? florece ileso aquel lustre preciosísimo del género humano, Simaco tu suegro, cosa que tú compraras intrépido á costa de tu vida, varon tan heroyco, que fabricado y compuesto totalmente de sabiduria y virtudes, libre de injurias propias, llora las tuyas; vive tu consorte modesta por su ingenio, singular por su recato, única por su honestidad, y para comprender brevemente todas sus prendas, semejante á su padre: vive digo, y aborreciendo esta vida por sus miserias, la reserva por ti solamente por tu cariño, por cuya costosa fineza y no por otra causa confesaré tambien yo que se disminuye tu felicidad; pues por tu ausencia y desgracia se está deshaciendo en lágrimas y sentimiento; qué diré de tus hijos varones ya consulares, cuyos floridos ingenios en quanto su edad lo permite, parece que quieren competir con el de su padre y abuelo? y si el conser-

D

var su vida es en los hombres el mayor cuidado, ¡ó venturoso de ti si conoces bien tu ventura, pues te han quedado aún cosas tan preciosas, que ninguno duda que son mas amables que la misma vida! Enxuga pues ya las lágrimas, que aun no te ha desamparado totalmente la fortuna, ni la tempestad en que fluctuas es tan deshecha que pueda anegarte, porque tienes echadas anclas tan tenaces que sirven de consuelo en el tiempo presente, y aseguran la esperanza para el futuro. Estén, ruego al cielo, dixe, tales anclas arraigadas siempre, que mientras ellas prevalezcan de qualquier modo que corra el temporal de las cosas humanas, arribaremos al puerto; pero bien conoces quán decaida está la ostentacion de nuestro porte: ya habemos hecho algo, dixo ella, en tu consuelo, pues no te lamentas ya de toda tu suerte, pero no puedo llevar en paciencia tu melindre, de que tan lloroso y tan congojado estés lamentándote de que le falta algo á tu felicidad, para ser cumplida, porque ¿quién hay en el mundo que goce de tan colmada dicha, que no reconozca algun defecto de su fortuna? porque los bienes humanos son tan miserables, que siempre traen consigo el

afan y la solicitud, pues ó nunca vienen cabales, ó nunca permanecen perpetuos; á éste le sobran las rentas, pero le avergüenza su poco illustre sangre; á éste le hace conocido su nobleza, pero se halla tan apretado por la cortedad de su hacienda, que quisiera mas no ser conocido; aquel gozando de entrambas cosas, viéndose tan noble como rico, llora no poder casarse; aquel habiendo celebrado felizmente sus bodas no teniendo sucesion, le sirve de tormento ver que todo su caudal ha de heredarle un extraño; otro que se alborozó con el parto de su consorte, derrama tristes lágrimas por las travesuras del hijo, ó la desenvoltura de la hija, de manera que nadie frisa en todo con la condicion de su fortuna, porque á cada uno le sucede algo que mientras no lo experimentó lo ignoraba, y despues que lo experimenta le pone horror. Añade á esto que son los muy felices de complexion delicadísima, y si no les sucede todo á medida, de su deseo, como no saben tolerar adversidad alguna, qualquiera desgracia por pequeña que sea, la sienten como insufrible; cosas de tan poca monta son bastantes á derribar de la cumbre de la felicidad á los muy afortunados. ¿Quántos

te parece que habrá en el mundo, que si les cupiera la mas mínima parte de los despojos de la fortuna, juzgaran que los encaramaba su prosperidad hasta el cielo? Este lugar mismo, que tú llamas desabrido destierro, es para los que le habitan patria gustosa; de modo que no hay cosa desdichada sino que tú la tengas por desdicha; y al contrario, viene á ser qualquiera suerte feliz tolerándose con sufrimiento. ¿Quién será tan dichoso que si da lugar en su pecho á la impaciencia no desee mudar de estado? ¿O cuántas desazones amargas se mezclan á las sazoadas dulzuras de la humana felicidad! que si al que goza de ella le parece gustosa, no es poderoso á detenerla para gozarla todo el tiempo que quisiera; luego bien se dexa conocer quán miserable sea la felicidad de las cosas mortales, pues ni dura perpetua en los que con igual animo solo aspiran á no perderla, ni llena el gusto á los que con afan solícito anhelan por acrecentarla. ¿Qué andáis pues, ¡ó mortales! buscando fuera de vosotros la felicidad que está colocada dentro de vosotros mismos? Mirad que os engañan la ignorancia y el error: yó te he de mostrar brevemente el fundamento en que estri-

ba la suma felicidad: pregunto, ¿hay para ti alguna cosa de mas estimacion que tú propio? dirás que ninguna; luego si fueres dueño de ti, tendrás la posesion de una cosa que ni tú jamas la quieras perder, ni la fortuna te la pueda nunca quitar; y para que conozcas que no puede hallarse la bienaventuranza en estas cosas fortuitas, arguyo así; si la bienaventuranza es el sumo bien de la naturaleza racional, y no es sumo bien aquel que de alguna manera puede faltar, porque le hace ventaja el otro que no se puede perder, evidente cosa es que no puede aspirar lo instable de la fortuna á adquirir la bienaventuranza; demas de esto, quien se dexa llevar de esta felicidad caduca, ó sabe ó no sabe que es mudable; si no lo sabe, ¿qué suerte feliz puede ser la que estriva en la ceguedad de la ignorancia? si lo sabe, preciso es que tema perder lo que no duda que es de perder tan facil; con que aquel continuo rezelo no le dexa ser feliz, ó acaso juzga que quando lo pierda no ha de sentir su pérdida; pues segun esto de muy poca importancia es el bien cuya falta se tolera con equanimidad; y pues por lo que te persuadieron tus estudios, no dudas de la

inmortalidad de las almas, y por lo que te enseña la experiencia conoces que la felicidad de la fortuna fenece con la muerte del cuerpo; bien echarás de ver que si la bienaventuranza estribára en la felicidad de la vida, todos los hombres cayeran en las manos de la miseria con la infelicidad de la muerte; mas si sabemos que muchos han buscado el fruto de la bienaventuranza no solo á costa de la muerte, sino tambien de dolores grandes y tormentos crueles, ¿cómo puede hacer dichosos esta vida á los que la gozan, si no hace dichosos á los que la pierden?

METRO IV. DEL LIBRO II.

El que tuviere intento
de fundar prevenido
incontrastable nido
á la saña del viento,
y quando el mar se altere
despreciar sus inchadas olas quiere;
Haya de la cumbre alta
y de la arena leve,
que á aquella la conmueve
el austro que la asalta;
y éste huyendo la carga
del peso que lo oprime se descarga.

Dexa la peligrosa,
quanto agradable estancia,
y buyendo la arrogancia
de casa suntuosa,
á tu humildad enseña
á fundar la vivienda en firme peña.
Y aunque el euro espantoso
revuelva el gólfo ayvado,
tú, seguro y guardado
en tu alvergue dichoso,
con tu quietud contento,
burlarás de la cólera del viento.

PROSA V. DEL LIBRO II.

Pero porque parece que van haciendo alguna impresion en ti estas razones, juzgo que será bien usar de otras algo mas fuertes. Ea pues, dime, dado caso que los tesoros de la fortuna no fueran tan caducos y frágiles, ¿qué hay en ellos que se pueda hacer propio vuestro jamás, ó que visto y considerado en si mismo no sea una cosa vil? ¿por qué, pregunto, las riquezas son tan preciosas? ¿por su naturaleza propia ó por la vuestra? y en ellas ¿qual es lo de mas estimacion el valor del oro, ó la maña de adquirir el dinero? Lo que se decir es, que como quiera que sea, es

inmortalidad de las almas, y por lo que te enseña la experiencia conoces que la felicidad de la fortuna fenece con la muerte del cuerpo; bien echarás de ver que si la bienaventuranza estribára en la felicidad de la vida, todos los hombres cayeran en las manos de la miseria con la infelicidad de la muerte; mas si sabemos que muchos han buscado el fruto de la bienaventuranza no solo á costa de la muerte, sino tambien de dolores grandes y tormentos crueles, ¿cómo puede hacer dichosos esta vida á los que la gozan, si no hace dichosos á los que la pierden?

METRO IV. DEL LIBRO II.

*El que tuviere intento
de fundar prevenido
incontrastable nido
á la saña del viento,
y quando el mar se altere
despreciar sus inchadas olas quiere;
Haya de la cumbre alta
y de la arena leve,
que á aquella la conmueve
el austro que la asalta;
y éste huyendo la carga
del peso que lo oprime se descarga.*

*Dexa la peligrosa,
quanto agradable estancia,
y buyendo la arrogancia
de casa suntuosa,
á tu humildad enseña
á fundar la vivienda en firme peña.
Y aunque el euro espantoso
revuelva el gólfo ayvado,
tú, seguro y guardado
en tu alvergue dichoso,
con tu quietud contento,
burlarás de la cólera del viento.*

PROSA V. DEL LIBRO II.

Pero porque parece que van haciendo alguna impresion en ti estas razones, juzgo que será bien usar de otras algo mas fuertes. Ea pues, dime, dado caso que los tesoros de la fortuna no fueran tan caducos y frágiles, ¿qué hay en ellos que se pueda hacer propio vuestro jamás, ó que visto y considerado en si mismo no sea una cosa vil? ¿por qué, pregunto, las riquezas son tan preciosas? ¿por su naturaleza propia ó por la vuestra? y en ellas ¿qual es lo de mas estimacion el valor del oro, ó la maña de adquirir el dinero? Lo que se decir es, que como quiera que sea, es

tas cosas mas resplandecen derramándolas que recogíendolas; porque la avaricia hace aborrecibles, la liberalidad amables; y si no puede quedar en el poder de uno lo que pasa al caudal de otro, entonces solamente viene á ser precioso el dinero, quando pasándose á poder ageno con la accion de darlo, se pierde la posesion de detenerlo; demas que si se amontonara quanto dinero hay entre todos los hombres en el poder de uno solo, todos los demas habian de quedar despojados de él: ¡quán al contrario es la voz, que pronunciada en un concurso grande enteramente y á un mismo tiempo, llena el oido de cada uno! Pero esas vuestras riquezas no se pueden repartir entre muchos sino hechas migajas, y si se dividen así, preciso es que dexen pobres á los que dexan; ¡ó pues, segun esto, miserables y pobres riquezas, que ni las pueden tener enteramente muchos sugetos, ni pueden acrecentar el caudal de uno sin disminuir el de los demas! ¡cébase por dicha la codicia de los ojos en aquel esplendor vistoso de los diamantes? pues no hay para que estimarlos tanto, porque si en su brillante lucimiento hay algo que merezca estimacion, aquellas

trémulas luces son propias de las mismas piedras, no de los dueños que las tienen por propias; y cierto que me admiró que los hombres las aplaudan tanto; porque ¿qué cosa hay en el mundo que careciendo de la viveza del alma, y de la compostura de los miembros, pueda parecer perfecta ni hermosa á una tan superior naturaleza como es la viviente y racional? Porque si bien estas por ser obra del universal Criador, y por la forma especial que tienen parece que les cupo alguna parte de belleza, con todo eso siendo tan inferiores á la excelencia de vuestra hermosura, de ningún modo eran merecedoras de vuestra admiracion. ¿Os deleyta por ventura la variedad alegre de los campos?

Boec. Pues ¿por qué no, si es hermosa porcion de una obra hermosísima? Así tambien nos alegramos con la apacible vista de la mar en leche, y así nos admiran el cielo, las estrellas, el sol y la luna.

Fil. ¿Tienes tú por ventura parte en algo de eso? ¿atreveráste acaso á gloriarte del esplendor de alguna cosa de esas? ¿sirvente de adorno alguno las matizadas flores de la primavera? ¿crece por ventura tu gallardía por mas que las espigas fértiles crezcan? ¿pues cómo te de-

vas llevar de tan mal fundados contentos? ¿por qué abrazas como propios, bienes que son tan extraños? Nunca podrá hacer la fortuna que sea tuyo, lo que la naturaleza hizo que fuese ajeno; verdad es que los frutos de la tierra están obligados al sustento de los vivientes; pero si no deseas mas que acudir á tu necesidad con lo preciso (que no pide mas la naturaleza), no hay para que estés anhelando á la exorbitancia de la fortuna, porque la naturaleza con muy poco se satisface; y antes bien si intentares apremiarla despues de satisfecha su templanza, amontonando superfluidades para su hartura, vendrá á parecerle desabrido, ó á serle dañoso quanto le hicieses devorar demas de lo moderado; empero juzgas que es gran cosa vizarrear con preciosas y diferentes galas, siendo así que quando acierten á ser costosas y bien guisadas, lo que ha de celebrarse en ellas será la materia rica de que se compusieron, ó el primoroso genio del artífice que las perfeccionó: ¿haráte pues dichoso la autoridad de llevar tras ti un largo esquadron de sirvientes? Si estos quando tienen viciosas costumbres no son otra cosa que una dañósima carga para la casa que habi-

tan; y unos enemigos domésticos para el dueño á quien sirven; y si por dicha aciertan á tener loables costumbres, ¿cómo se podrá contar por riqueza tuya la bondad ajena? De todo esto en fin se infiere claramente que no viene á ser bien tuyo ninguna de las cosas que tu cuentas entre tus bienes; los quales si no tienen belleza alguna que debia ser deseada, porque ninguna puede ser poseída; ¿qué razon hay para entristecerte de perderlos, ni alegrarte de gozarlos? que si ellos son hermosos de su naturaleza, ¿á ti qué te toca de eso? Porque estás del mismo modo agradarian por sí solos estando de tus riquezas apartados; que no porque se juntaron á tus riquezas vienen á ser preciosos, sino que porque parecian preciosos los quisiste juntar á tus riquezas: mas ¿qué es lo que intentais con tanta opulencia de fortuna? Presumo que pretendéis desterrar la necesidad con la abundancia; pero lo que veo es que os sucede al contrario; porque de muchas mas cosas necesitais para defender la variedad de las preciosas alhajas que tenéis; y viene á ser cierto aquello que los que poseen mucho necesitan de mas; y que al contrario de nada tienen necesidad los que miden el

deseo con lo poco que la naturaleza ha menester, no con todo lo que la ambicion suele desear; ¿pero qué es esto? ¿tan apurados os hallais dentro de vosotros mismos de todos los bienes propios vuestros, que andais mendigando vuestros bienes en cosas tan distintas y remotas de vosotros? ¿tan trocado va el estilo de las cosas, que á un viviente racional que tiene amagos de divino, le parece que está deslucido si no le adorna la posesion de alhajas inanimadas? Ninguna cosa anhela á lo que es inferior ó impropio á su naturaleza; solo vosotros desdiciendo de la semejanza que teneis con Dios en el entender, fundais en cosas vilisimas la superioridad de naturaleza tan excelente, y no advertis quan grande ofensa haceis á vuestro Criador; porque él dispuso que el género humano dominase sobre todo lo terreno, y vosotros humillais vuestra grandeza hasta ponerla debaxo de las cosas mas viles de la tierra; porque si es cierto que qualquiera bien de una persona es de mayor estimacion que la persona misma, quando vosotros juzgais que son vuestros bienes las cosas mas viles del universo, os venis á ultrajar tanto, que á vuestro modo de entender ya os ha-

ceis inferiores á ellas; y esto á la verdad no sucede sin mucha causa, porque es de tal calidad la condicion de la humana naturaleza, que al mismo paso que prefiere á todas las demas cosas quando sabe conocerse á sí misma, es preferida hasta de los brutos quando llega á ignorarse; porque en los demas animales el dexarse de conocer es naturaleza, pero en los hombres delito; y á quán dilatados límites se extiende este vuestro error, pues juzgais que hay cosas que puedan hermosearse con adornos agenos, siendo esto imposible; porque si algo de lo sobrepuesto luce y campea, solamente se aplaude y celebra aquello que está sobrepuesto, que lo que está encubierto y disfrazado debaxo de aquella máscara vistosa, con su misma fealdad se queda siempre; y en mi sentir no puede llamarse bien aquel que daña á quien lo posee, ¿no tengo razon en esto? Dirás que es sin duda, pues las riquezas muchas veces han hecho daño á los que las poseian; y en qualquiera de los iniquos hombres crece á medida de su caudal la codicia de lo ageno, y él solo se juzga digno de tener quantos tesoros producen el mar y la tierra. Tú finalmente, que ahora tiembas desasosegado los

brillantes filos de la espada desnuda, si
hubieras emprendido la peregrinacion de
esta vida desembarazado de todo vagage,
pasarias seguro por entre los salteadores
mas tiranos; ¡ó grandiosa bienaventu-
ranza la que estriva en riquezas morta-
les! pues quando llegas á alcanzar su po-
sesion, vienes á perder tu seguridad.

METRO V. DEL LIBRO II.

O felices sumamente
aquellos siglos pasados,
que en unos fieles sembrados
hallaban lo suficiente;
y atendiendo solamente
á lo que pide el sustento,
quando el apetito hambriento
remediarse procuraba,
lo primero que encontraba
le servia de alimento.
Su sencillez no sabia
á Baco añadir sabor,
ni con el Tiro colonar
la blanca lana teñia:
la fresca yerba ofrecia
no saludable dulce sueño,
bebida el cristal risueño,
sombra el pino levantado,
y de todo sin cuidado

era el hombre facil dueño.
Aun no cortaban los senos
del mar codicias impías,
ni eligiendo mercancías
tocaban puertos agenos;
ni los pavorosos truenos
de las armas resonaban,
ni el acero ensangrentaban
duras atroces heridas,
y sin contrarios, las vidas
segura quietud gozaban;

Porque ¿quál furia severa,
ó qual enemigo fiero,
quisiera ser el primero
que á las armas acudiera;
si aunque su valor venciera
quanto delante encontrara,
su contraxio dexára
en la campaña la vida,
de aquella sangre vertida
premio ninguno sacára?
Oxalá que nuestra edad,
nuestro siglo mentiroso,
volviera al tiempo dichoso
de la santa antigüedad!
pero es tal la cegüedad
de nuestro siglo engañado,
que, á su codicia entregado,
del adquirir el afan,
le enciende mas que el volcan el ob

enciende al Etna abrasado.

¡ Ay desdicha! ¿ quién fué aquel
que primero descubrió
los diamantes que ocultó
la naturaleza fiel?
¿ quién fué, digo, tan cruel
que los tesoros preciados
de oro y perlas, que guardados
criaron la tierra y mar,
sacó á luz para sacar
peligros tan estimados?

PROSA VI. DEL LIBRO II.

¿ Qué diré pues de las dignidades, y del poder que vosotros, ignorantes del verdadero poder y dignidades, los levantais hasta el cielo; siendo así que si aciertan á caer en algun sugeto de costumbres iniquas, ni los incendios que vomita el Etna en sus llamas, ni las inundaciones que desatan los rios en sus crecientes ocasionan tantos estragos? demas que segun me parece que te acordarás tú bien, el Consular Imperio, que fué principio de la libertad Romana por la soberbia de los Cónsules, le extinguieron vuestros mayores, quienes antes de esto por la soberbia misma desterraron de la Ciudad el nombre de Rey; fuera

de que si alguna vez (que suele ser bien rara) se acierta á dar algun honroso puesto á quien lo merece por justificado y por recto, ¿ qué otra cosa se admira y alaba en él que su rectitud y justificacion? en que se vé que no ilustran las dignidades á las virtudes, sino que las virtudes honran á las dignidades: mas ¿ qué dominio es este vuestro tan apetecible y grandioso? ¿ no considerais ¡ ó animales terrestres! á qué sugetos presidis? si vierais que entre los ratones se queria levantar á mayores uno de ellos, y preferir á todos los demas, ¿ no prorumpierais la risa á carcajadas? ¿ pues qué cosa podrás hallar mas debil que el hombre si reparas bien en la fragilidad de su cuerpo, á quien muchas veces quitan la vida las mordeduras de las moscas, ó el metérseles en los secretos arcauces de la respiracion? ¿ pues en qué otra cosa podrá tener alguién jurisdiccion alguna contra otro, sino en el cuerpo solamente, ó en la fortuna, que es mucho menos que el cuerpo? ¿ por ventura tendrás imperio jamás en un animo libre? ¿ arrancarás acaso de la firmeza de su quietud la mente que está arraygada á la seguridad de la razon? Creyendo un tirano que con la atrocidad de

los tormentos crueles que inventaba su rigor, obligaria á un hombre libre (á un filósofo) á manifestar los cómplices de cierta conjuracion que rezeló se fraguaba contra él, se mordió el atormentado con tanto denuedo la lengua, que se la escupió á la cara al tirano embravecido, de manera que los tormentos que juzgaba el tirano que habian de ser materia de su crueldad, los hizo este varon asunto de su virtud; ¿y qué cosa hay de quantas puede hacer uno contra otro, que no pueda hacerla otro contra él? De Busirides, que solia dar muerte á sus huespedes, sabemos, que perdió la vida á manos de su huesped Hércules. Régulo echó cadenas á muchos de los Cartagineses que hizo prisioneros en la guerra, y poco despues rindió las manos á las cadenas de los vencidos. ¿Párecete pues que tiene poder alguno quien no puede conseguir que no pueda otro hacer contra él lo que él puede hacer contra otros? Demas de esto, si á estas dignidades y mandos les asistiera algun bien natural y propio suyo, nunca las poseyeran los iniquos, porque no se pueden coligar entre sí dos opuestos; que la naturaleza repugna que se puedan unir las cosas contrarias; de manera que pues

no tiene duda que por la mayor parte gozan los malos de las dignidades, tambien queda manifiesto que no son de su naturaleza bienes, pues sufren la union con los malos; y esta misma consideracion se puede hacer juntamente de todas las franquezas de la fortuna, pues acuden mas abundantes al mas perverso; tambien á este propósito me parece digno de consideracion este reparo: nadie duda que es forzado aquel que tiene mucha fuerza: á quien es dotado de la velocidad todos le confesarán que es veloz: así tambien la música hace músicos, la medicina médicos, la retórica retóricos; porque cada cosa hace lo que es propio de su naturaleza, y no se mezcla con los efectos de las cosas contrarias, sino que naturalmente arroja de sí las que le son opuestas; mas ni las riquezas son poderosas á satisfacer la insaciable avaricia, ni el poder hace dueño de sí mismo á quien sus lascivas torpezas le tienen estrechamente aprisionado con indisolubles cadenas; y el puesto dado á los malos, no solo no los hace dignos de ocuparlo, sino que descubiertamente los publica indignos de pretenderlo: ¿y de qué nace esto? de que poneis á las cosas tan improprios nombres que

los estan desmintiendo sus efectos mismos ; porque ni aquellas se pueden con razon llamar riquezas , ni este poder , ni aquella dignidad ; y finalmente , se puede sacar la misma conclusion de todo quanto ofrece la fortuna , en la qual es manifiesto que no hay cosa apetecible, ni cosa que tenga bondad intrinseca, pues ni se adhiere siempre á los buenos, ni hace buenos á aquellos á quien se adhiere.

METRO VI. DEL LIBRO II.

Bien sabemos cuántos
estragos causó,
quien la muerte dió
á patricios tantos :

Quien miró inhumano
á Roma encendida,
y quitó la vida

á su propio hermano ;
Quien con rigor fuerte,
porque gusto tuvo,
de ver donde estuvo
dió á su madre muerte ;

T viéndola atento,
mas duro que peña,
ni una leve seña
dió de sentimiento :

T con pecho impío,
y torpe inclemencia,
miró la indecencia
del cadáver frio :

T este aunque era tal,
vemos que mandaba
y que gobernaba
con cetro imperial,

Los pueblos que Apolo
con su luz descubre,
quando se le encubre
la mar á este polo ;

T los que amanece
con sus claros rayos,
quando con desmayos
por allí anochece ;

T los que en prisiones
de yelos pesados
tienen apremiados
los siete Tryones ;

T los que habitando
en la Zona ardiente,
el noto caliente
los está quemando :

Mas tanta grandeza
jamás del sañudo
Neron , en fin pudo
domar la fiereza.

¡ O grave dolor,
mirar que se añada

*al veneno espada,
potencia al rigor!*

PROSA VII. DEL LIBRO II.

Bien sabes tú, dixé entonces, que tuvo muy poco dominio en mi pecho esa ambicion de las cosas mortales, y si desé alguna, solo fué por tener en que exercitar la virtud para que ociosa no se desluciese: á esto, dixo ella: eso solo es lo que con mas facilidad puede divertir los ánimos, que aunque por su naturaleza sean sublimes, aun no llegaron á la última perfeccion de las virtudes, el deseo, digo, de adquirir nombre glorioso, y la codicia de hacerse célebres en la república por sus heroicos hechos; mas de lo que voy á decir colegirás de quán poca monta sea el blason de esta fama; toda la circunferencia de la tierra, como te lo dieron á entender las demostraciones matemáticas, conforme lo anchuroso de esos cielos, es constante que no tiene mas dilatado espacio que el de un breve punto; porque si se compara á la grandeza del celeste globo el átomo del terreno, apenas parece que ocupa distrito alguno; de esta region pues tan angosta, aun no llega á ser la quarta parte (como de Pto-

lomeo lo aprendiste) habitada de vivientes, de quien nosotros tengamos noticia; si á esta quarta porcion le quitas en tu idea lo que ocupan los mares y lagunas, y lo que por la sedicenta sequedad es inhabitable, apenas les queda á los hombres un estrecho sitio en que habiten: recogidos pues y encerrados en el brevísimo punto de este punto tan breve, os afanais por divulgar la fama, y extender el nombre que puede tener de plausible y magnífica gloria que está reducida á tan pequeños y angostos límites; y á esto se añade que este mismo espacio breve de habitacion tan estrecha, es vivienda de muchas naciones diversas totalmente en idioma, costumbres y estilo de portarse; adonde ya por la dificultad de los caminos, ya por la distincion de las lenguas, y ya porque no hay entre ellas correspondencia de comercio, no solamente no puede llegar la fama de una persona á otra, pero ni aun la noticia de las ciudades populosas; pues en el tiempo de Marco Tulio, como él lo refiere en sus escritos, aun no habia llegado al monte Caucaso el famoso nombre de la República Romana, con ser así que ya entonces por opulenta, crecida y poderosa era formidable á los belicosos Parthos, y á las

demas naciones de por allí. ¿ No conoces pues quán angosta y oprimida es la gloria que solicitais extender y divulgar? ¿ Llegará por ventura la fama de un hombre Romano, donde no pudo llegar la noticia del nombre de Roma? ¿ pues qué será quando son tan opuestas entre sí las costumbres y leyes de las provincias diversas, que lo que en unas se aplaude por digno de alabanza, en otras se condena por digno de castigo? de donde nace que á quien tiene vanidad de dilatar la gloria de su fama, de ninguna manera le está bien que á muchos de los pueblos llegue la noticia de su nombre; luego es preciso que se contente cada uno con divulgar su fama no mas que entre los suyos, y que la inmortalidad grandiosa de aquel nombre célebre quede estrechada dentro de los límites de una nacion sola; y quantos varones famosos en su tiempo cayeron en las manos de su olvido, porque no hubo historiadora pluma que los encomendase á la memoria? ¿ aunque de qué sirven tampoco las historias mismas? Pues á poco mas largo viage á ellas, y á sus autores las sepulta la confusion del tiempo; empero á vosotros os parece que os asegurais una inmortalidad quando prevenis fama para lo futuro; mas si cote-

jas esto con los infinitos espacios de la eternidad ¿ qué tienes que gloriarte de la duracion de tu nombre? porque si la brevedad de un momento se comparase con diez mil años, como entrambos tiempos son limitados, ya tiene, aunque poca, alguna proporcion; pero todo este número de años, aunque se multiplique millares de veces, ceteado con la duracion interminable, ni comparacion admite; porque entre las cosas que tienen fin, bien puede haber algun cotejo; pero de lo finito á lo infinito ninguno cabe; y así es fuerza que si se considera la fama de qualquiera tiempo prolixo á vista de lo inapeable de la eternidad, no solo parezca breve, sino ninguna; pero vosotros solamente á vista del pueblo y su engañoso rumor sabeis obrar con rectitud, y no haciendo caso de la excelencia de la virtud perfecta y conciencia segura, andais á buscar vuestros premios en las opiniones ajenas. Escucha quán agudamente se burló un juicioso del vano fundamento de semejantes arrogancias, para exâminar si era verdaderamente filósofo un hombre que afectaba parecerlo; mas para ensoberbecerse con la gloria de esta vanidad, que para entregarse á lo verdadero de la virtud; empezó á hacerle desprecios, y

á decirle injurias el entendido, esforzose el hipócrita al principio á tener paciencia; pero no pudiendo ya tolerar mas tanta desestimacion, ¿sabes, dixo, que yo soy filósofo? Respondió entonces el otro con agudeza mordaz: supiéralo si calláras; ¿pues qué les importa á los varones ilustres (que de estos vamos hablando), que con la virtud solicitan la gloria; qué les importa, digo, que despues que sus cuerpos queden aniquilados del último parasismo de la muerte, permanezca gloriosa su memoria en las parleras lenguas de la fama? Porque si al morir se los hombres fenecen totalmente (cosa que toca en dogma de la fe) ¿cómo pueden gozar gloria alguna, si el sugeto á quien se atribuye esta gloria no tiene ya ser? y si (como es cierto) la alma incorruptible desasida de las prisiones de su terrestre cárcel, asciende libre al trono celestial? no es fuerza que mire con desprecio todo lo de la tierra, quien gozando del cielo está gloriándose de haberse eximido de lo terreno?

METRO VII. DEL LIBRO II.

Quien guiado de su error
Y en su ambicion profana

tanta guerra,
que piensa, que el bien mayor
consiste en la gloria vana
de la tierra,

Quando este afecto le mueve,
consideren advertidos
sus desvelos,
de la tierra el sitio breve,
y los anchos y extendidos
de esos cielos;

T que su nombre aborrezca,
si lo imagina despacio,
es forzoso;
viendo que no es, aunque crezca,
á llenar tan corto espacio,
poderoso.

¿Pues de qué sirve estimaros,
y blasonar de esa suerte
que os inflama?
¿pensais que podrá libraros
de los triunfos de la muerte
vuestra fama?

Que aunque sus lenguas publiquen
en los pueblos mas distantes
gran nobleza,
y en su solar califiquen
los títulos arrogantes
su grandeza;

De la muerte el señorfo
desprecia lo sublimado

de esa gloria,
y le postran á su brio
lo abatido y estimado
igual victoria.

¿Dónde está la estimacion
de aquel Fabricio fiel?
¿qué es de Bruto?
¿qué se hizo el recto Caton?
todos del hado cruel
son tributo.

Póstuma la fama leve,
de algunos inscribe ahora
el vano nombre,
¿mas de qué aprovecha el breve
epitafio, si se ignora
ya aquel hombre?

Luego aunque os quede estulpido
en el túmulo el renombre
celebrado,
quedareis en el olvido,
pues solo se verá el nombre,
no el nombrado;

Y si pensais extender
mas la vida con gozar
de esa suerte,
quando la hayais de perder,
aun os resta que pasar
otra muerte.

PROSA VIII. DEL LIBRO I.

Mas porque no te parezca que soy
inexôrable en todo contra la fortuna,
quiero confesar que hay ocasiones en que
esta engañadora merece correspondencia
cortés de los hombres, es á saber, quan-
do corre el velo á su máscara, y mani-
fiesta á las claras sus costumbres: muy
posible es que aun no comprendas lo
que digo; pues es tan extraordinario lo
que intento decir, que apenas puedo ex-
plicarlo con palabras: digo pues que ten-
go por cierto que aprovecha á los hom-
bres mas la adversa, que la próspera for-
tuna; porque ésta siempre que con sem-
blante de felicidad se muestra apacible,
finge mentirosa: y aquella siempre que
con su constancia se declara variable, des-
engaña verdadera; una engaña, otra en-
seña; aquella con el sobrepuesto matiz de
sus mentidos bienes obscurece el enten-
dimiento de quien los posee; ésta, con
el conocimiento de tan frágiles felicida-
des, alumbra el discurso de quien las des-
precia; y así la verás siempre á aquella
soberbia, ufana é ignorante de sí pro-
pria; á esta comedida, templada, y con

el ejercicio de sus adversidades prudente : finalmente , la feliz desvia con sus lisonjas del camino del verdadero bien á los que conduce ; la adversa , las mas veces lleva como por fuerza hácia el verdadero bien á los que prende. ¿ Parécete que debes estimar en poco que esta áspera, esta horrible fortuna te haya descubierto los pechos de tus fieles amigos ? ésta distinguió los que lo eran de corazon con seguridad , y los que solamente lo parecían en el semblante con ficcion ; llevóse los suyos ausentándose , y dexóte los tuyos empobreciéndote : ¿ cuánto dieras por esto en aquel tiempo que , á tu parecer, eras tan afortunado ? Dexa pues ya de lamentar las riquezas perdidas , pues hallaste amigos que son el mas precioso género de riquezas.

METRO VIII. DEL LIBRO II.

Que en fieles movimientos
alterne el orbe los sucesos varios,
que estén los elementos
en pacífica union siendo contrarios,
y que por mas que opuestos se hagan guerra,
se conserven ayre , agua , fuego y tierra;
Que conduciendo el día
salga Febo en su carro cristalino,

y que la noche fria,
á quien llama el lucero vespertino,
su tachonado velo ostente ufana
con las trémulas luces de Diana;

Que el mar , que ayrado quiso
llegar hasta los cielos , nunca rompa
el límite preciso

de la arenosa orilla ni interrompa
la ley , de no formar pasando rayas,
en anchos campos dilatadas playas;

De todo esto el gobierno
es quien rige la mar , el cielo y tierra,
aquel amor interno;

que si él no moderára tanta guerra,
quanto ahora es recíproca concordia,
fuera al momento general discordia.

Y aunque ahora ajustados
los elementos , con union tan rara,
en rumbos concertados,
se corresponden , si el amor faltára,
intentáran con ímpetu iracundo,
desbaratar la máquina del mundo.

Tambien éste es quien traza
que en su correspondencia estén seguros
los pueblos ; éste enlaza
el matrimonio con amores puros,
y éste evitando disensiones tantas,
impone á la amistad sus leyes santas.

¡ O género dichoso
el de los hombres ! ó ventura rara !

*¡ó próspero reposo
si los ánimos vuestros gobernára
aquel amor, aquel divino zelo
con que se rige el encumbrado cielo!*

LIBRO TERCERO.

PROSA I.

Ya ella había puesto fin á su cancion, quando todavía estaba yo embebido y absorto en la dulce suavidad de sus versos; y así al cabo de algun rato, dixé: ¡ó cuánto me has esforzado, sumo consuelo de los afligidos, ya con la gravedad de sentenciosas razones, ya con el adorno de gustosos metros! Es de manera que juzgo que no ha de faltarme de aquí adelante constancia para resistir brioso los golpes de la fortuna; y así no solamente no me ponen horror los remedios, que poco ha llamabas ágrios; sino que antes bien, ausioso ya de oírlos, te ruego encarecidamente que me los digas. Ya yo lo echaba de ver (dixo ella entonces) quando mis razones te debian tanta atencion y silencio, y esperé de propósito, ó lo que es mas cierto, dispuse yo propria que estuviese tu ánimo en esta disposicion; porque son de tal calidad los remedios que

restan ahora, que probándolos amargan al principio; pero desentrañándolos bien, se halla que son dulces: mas ¡ó con cuánto mas ardiente anhelo solicitarás oír eso que tú dices que deseas escuchar, si supieras bien adonde te voy conduciendo! = ¡Adónde? = A la verdadera felicidad; á esa que sueñas en tu idea sin que puedas mirarla originalmente por tener embarazada la vista en sus mentidas copias. = Hazlo así, te ruego, y muéstrame sin mas dilacion cuál sea esa felicidad verdadera. = Yo lo haré con mucho gusto por amor de ti; pero primero procuraré definir y apurar con razones esa otra de quien tienes mas noticia; para que teniendo ya conocida ésta, con solo discurrir al contrario, puedas conocer la perfeccion de la bienaventuranza.

METRO I. DEL LIBRO III.

*Quien intenta sembrar un fértil prado,
su primero cuidado
es rozar la arboleda que le ocupa,
luego le desocupa
de las incultas zarzas y la yerba
con la hoz, de quien ninguna se reserva,
para que en nuevos frutos
crezcan de Ceres pingües los tributos.*

*¡ó próspero reposo
si los ánimos vuestros gobernára
aquel amor, aquel divino zelo
con que se rige el encumbrado cielo!*

LIBRO TERCERO.

PROSA I.

Ya ella había puesto fin á su cancion, quando todavía estaba yo embebido y absorto en la dulce suavidad de sus versos; y así al cabo de algun rato, dixé: ¡ó cuánto me has esforzado, sumo consuelo de los afligidos, ya con la gravedad de sentenciosas razones, ya con el adorno de gustosos metros! Es de manera que juzgo que no ha de faltarme de aquí adelante constancia para resistir brioso los golpes de la fortuna; y así no solamente no me ponen horror los remedios, que poco ha llamabas ágrios; sino que antes bien, ausioso ya de oírlos, te ruego encarecidamente que me los digas. Ya yo lo echaba de ver (dixo ella entonces) quando mis razones te debian tanta atencion y silencio, y esperé de propósito, ó lo que es mas cierto, dispuse yo propria que estuviese tu ánimo en esta disposicion; porque son de tal calidad los remedios que

restan ahora, que probándolos amargan al principio; pero desentrañándolos bien, se halla que son dulces: mas ¡ó con cuánto mas ardiente anhelo solicitarás oír eso que tú dices que deseas escuchar, si supieras bien adonde te voy conduciendo! = ¡Adónde? = A la verdadera felicidad; á esa que sueñas en tu idea sin que puedas mirarla originalmente por tener embarazada la vista en sus mentidas copias. = Hazlo así, te ruego, y muéstrame sin mas dilacion cuál sea esa felicidad verdadera. = Yo lo haré con mucho gusto por amor de ti; pero primero procuraré definir y apurar con razones esa otra de quien tienes mas noticia; para que teniendo ya conocida ésta, con solo discurrir al contrario, puedas conocer la perfeccion de la bienaventuranza.

METRO I. DEL LIBRO III.

*Quien intenta sembrar un fértil prado,
su primero cuidado
es rozar la arboleda que le ocupa,
luego le desocupa
de las incultas zarzas y la yerba
con la hoz, de quien ninguna se reserva,
para que en nuevos frutos
crezcan de Ceres pingües los tributos.*

De las abejas la labor suave
 mas dulcemente sabe
 á quien probó primero
 algun sabor grosero:
 mas hermosos los astros resplandecen,
 despues que el notho ayrado
 sus horrisonos soplos ha calmado:
 ¡ Quán bellas nos parecen
 las claras luces del rosado dia,
 quando el lucero alegre de la aurora
 las tinieblas desvia!
 tambien tú así mirando bien ahora
 los falsos bienes, sacudir intenta
 el yugo que te oprime y atormenta,
 y desterrando el falso bien primero,
 conocerás despues el verdadero.

PROSA II. DEL LIBRO III.

Baxando entonces un poco los ojos,
 y suspendiendo la vista como recogién-
 dose totalmente al profundo retiro de su
 idea, empezó á decir así: Las solicitudes
 que en tan diversos ejercicios reparten
 los mortales, si bien se diferencian en lle-
 var distinta senda cada una, se conforman
 todas en el deseo de llegar á un mismo fin
 de conseguir la bienaventuranza; pero és-
 te bien, para que pueda llamarse así, ha

de ser de tal calidad, que quien le lle-
 gue á alcanzar no pueda desear otra cosa;
 porque este es el sumo bien, y el que
 comprehende dentro de sí todos los demas
 bienes, al qual, si le faltara algo, no pu-
 diera ser bien sumo; porque aun queda-
 ria fuera del, en que pudiera cebarse el
 deseo: luego es evidente que la bienaven-
 turanza es un estado perfecto en el que
 se juntan todos los bienes: éste (como
 diximos) es al que por diferentes cami-
 nos pretenden llegar todos los mortales,
 porque naturalmente está impreso en las
 mentes de los hombres el deseo de la feli-
 cidad verdadera; pero su descaminado
 error los arrastra hácia los bienes falsos; y
 así unos creyendo que es el sumo bien no
 verse necesitados, trabajan por amontonar
 riquezas; y otros juzgando que el bien
 es aquel que es digno de veneracion, en-
 caramándose á los puestos de las dignida-
 des, solicitan ser venerados de sus ciuda-
 danos: hay tambien quien constituye el
 sumo bien en el poder sumo; estos ó quie-
 ren reynar, ó privar con los que reyn-
 nan: otros á quienes les parece que es
 el bien mayor la fama, intentan extender
 la gloria de su nombre, señalándose en las
 armas, ó esmerándose en las letras: hay
 tambien muchos que miden el fruto del

bien con el regocijo y la alegría, y estos tienen por la mayor de las felicidades abundar de deleytes; tambien hay algunos que truecan reciprocamente los fines de estas cosas, como los que desean riquezas para ser poderosos, y gozar deleytes, ó los que pretenden ser poderosos para adquirir riquezas ó por dilatar su nombre. A estas cosas pues, y otras así, se reduce el afan solícito de los humanos anhelos, como la nobleza y el aplauso vulgar, que parece que son origen de alguna gloria, y la muger y los hijos, que se desean por un género de deleyte: solo el preciosísimo linage de felicidad que consiste en tener amigos, no se cuenta entre los bienes de la fortuna, sino en el tesoro de la virtud; todo lo demas sirve para el poder, ó el recreo. Falta pues ahora que se vayan ajustando los bienes del cuerpo á los referidos; porque de la robustez y la grandeza parece que procede la valentía; de la hermosura y velocidad el aplauso; de la salud el deleyte; con todo lo qual es cierto que solamente se aspira á la suma felicidad; porque cada uno juzga que aquello que él desea, mas que todas las demás cosas, es el sumo bien. Y pues queda ya definido que el sumo bien es la bienaventuranza, es evidente que

cada uno juzga que el estado de la bienaventuranza es aquel que, en su estimacion, se antepone á todo lo demas. Ves ahí pues que te he propuesto ya casi todo el resumen de la felicidad humana, riquezas, puestos, poder, gloria y delicias, que considerándolas todas Epicuro asentó por máxima cierta que las delicias venian á ser el sumo bien; porque todos los demas parece que se dirigen solamente á dar gusto al apetito humano: pero volvamos á tratar de la intencion de los hombres, cuyo ánimo si bien con memoria confusa se endereza hácia el sumo bien, como embriagado con sus pasiones, no sabe por qual calle ha de volver á su casa. Porque dime: ¿parécete que van errados los que procuran no verse afligidos de la necesidad? Claro está que no; porque no hay cosa que pueda formar tan colmadamente una felicidad perfecta como un estado abundante de todos los bienes, y que sin andar mendigando lo ageno, tenga lo que le basta en lo propio. ¿Engañanse acaso los que juzgan que es dignísimo de reverencia y culto aquel bien que entre todos es mayor? de ninguna manera; porque claro está que no puede ser cosa vil, ni de poca estimacion la que sirve de

Blanco al deseo comun de todos los mortales. Por ventura, ¿no merece contarse entre todos los bienes el poder? ¿cómo puede ser menos? ¿hase de imaginar débil y sin fuerzas aquel bien de quien nos consta que es el mas poderoso? y el aplauso de la fama ¿no merece aprecio alguno? no puede negarse que se le debe muy grande, quando todo lo que se aventaja en lo heróyco, es fuerza que se ha de conocer por sus timbres; pues hasta lo que es que la bienaventuranza no ha de estar ultrajada ni oprimida con dolores ni molestias, ¿qué hay que decirlo, quando aun en las cosas mas tenues se desea solo aquello que no aflige poseido, y deleyta gozado? y estas cosas son las que los hombres pretenden alcanzar, y todas las riquezas, las dignidades, los reynos, la fama y las delicias, las solicitan, porque se persuaden que de éstas les han de proceder la abundancia, la autoridad, el poder, el aplauso y el gusto; luego lo que pretenden los hombres por tan diversos caminos es el bien; en que se conoce facilmente quán grande es la fuerza de la naturaleza; pues aunque son tan varias, y encontradas las opiniones en los medios que eligen; se

conforman con todo eso en el fin del bien á que aspiran.

METRO II. DEL LIBRO III.

*Con acorde instrumento
berido blandamente,
y con acentos dulces
que le acompañen leves,*

*Cantar intento, como
tan atenta gobierne
la gran naturaleza
cosas tan diferentes;*

*Con qué frenos las riija,
y con qué doctas leyes
la máquina del orbe
tan prouida conserve;*

*Como ate cada cosa
con un lazo tan fuerte,
que es imposible caso
soltarle ni romperle.*

*Aunque los africanos
leones se sujeten
á llevar oprimidas
sus coronadas frentes;*

*Y el domador soberbio
les dé seguramente
de comer con la mano,
que ellos humildes besen.*

Y aunque el usado azote
los ultrage de suerte,
que del atroz maestro
amedrentados tiemblen;

En medio de todo esto,
si sus bocas crueles
de algun humor sangriento
llegan á enrojecerse,

Sus ánimos altivos
á restaurar se vuelven,
y en generosas iras
segunda vez se encienden;

Taquél rugir sañudo
les hace que se acuerden
que entre todas las fieras
son absolutos reyes;

T rotas las cadenas
con que presos los tienen,
sus crespos fuertes cuellos
sacuden libremente;

T hecho sangrientos trozos,
quien los domó, ser suele
el primero en quien ceban
las uñas y los dientes:

La avecilla parlera,
que la alta rama verde
por facistol tenia
para trinar motetes;

En viéndose encerrada

en una jaula breve,
aunque todo el cuidado
de los hombres se esmere
En darla mil viandas,
y regalarla siempre,
con brevajes compuestos
para tenella alegre;

Si acertando á escaparse
de aquel estrecho albergue,
ve los sombríos bosques,
y las risueñas fuentes,

Dexando derramados
los regalos, que extiende
con los pies por la jaula
quando dexarla quiere,

Las selvas solo busca,
volando sueltamente,
y se queja en las selvas
de lo que estuvo ausente.

La palma, á quien obliga
la fuerza que la tuerce,
á inclinarse á la tierra
doblado su alta frente,

Al punto que la mano,
que la encorvó la suelte,
segunda vez al cielo
mira derechamente:

Cae precipitado
Febo, quando anochece,
en las profundas ondas

del mar del occidente;

*Mas por oculta senda
otra vez aparece,
gobernando su coche
en el sabido oriente.*

*En fin, todas las cosas
á su propio ser vuelven,
y cada una se alegra
quando cobrarle puede;*

*Y en ninguna de todas
otro orden permanece,
sino el de que obedezcan
el natural que tienen,*

*Y hagan de sus acciones
un círculo, en que encierren,
y unan á su principio
su fin naturalmente.*

PROSA III. DEL LIBRO III.

Tambien vosotros ¡ó mortales! si bien no con mucha distincion, conoceis vuestro principio imperfectamente; y aunque no con perspicaz vista, al menos con la que podeis, mirais aquel verdadero fin de la bienaventuranza; y por eso vuestro desco natural es encaminarós hácia el verdadero bien; pero os desvian de él vuestras opiniones erroneas; porque conside-

ra si por las cosas con que piensan los hombres que han de conseguir la felicidad que desean, podrán arribar al fin que pretenden; y si se hallare que el dinero, los cargos honrosos, y lo demas de este género trae consigo alguna prosperidad tan colmada que no le falte bien alguno, yo tambien confesaré que pueden llegar algunos á ser felices con alcanzar estas cosas; pero si no pueden cumplir lo que prometen, y carecen de muchos bienes, ¿no se conoce manifestamente, quán falsa especie de felicidad es la que procede de ellas? Y para prueba de esto tú mismo, que ha poco tiempo que tenias tan abundante copia de riquezas, dime, ¿nunca sentiste en medio de toda aquella abundancia alguna zozobra interior en el ánimo, procedida de uno ú otro accidente? = Si va á decir verdad, no me acuerdo de haber tenido jamas tan sosegado el pecho que no le inquietase siempre algun deseo. = Y eso ¿no era porque sentias la ausencia de lo que deseabas gozar, ó te molestaba la asistencia de lo que no quisieras ver? = Así es verdad. = Luego deseabas la presencia de aquel, y la ausencia de éste. = Yo lo confieso. = Y dime, ¿no tiene cada uno necesidad de aquello que desea?

= Sí tiene. = Pues quien necesita de algo no tiene en sí lo bastante para sí mismo. = Claro está que no. = Luego tú, quando mas lleno de riquezas, padecías esta necesidad, pues no hallabas en ti lo que para ti mismo fuese bastante. = Es verdad. = Luego no son poderosas las riquezas para hacer que no tenga uno necesidad de nada, y sea él bastante para sí propio, y esto parece que era lo que prometian: tambien me parece que es muy digno de consideracion que el dinero de su naturaleza no tiene en sí seguridad para que no se le puedan quitar por fuerza á los que lo poseen. = Yo lo confieso. = ¿Cómo puedes dexarlo de confesar, quando vemos cada dia que quien puede mas se le quita á su pesar á su dueño? porque ¿de dónde nacen tantos litigios como penden en los tribunales, sino de que intenta cada uno recobrar por justicia el dinero que le quitaron por violencia, ó por fraude? = Así es. = Luego tendrá cada uno necesidad del auxilio ageno para defender su dinero. = ¿Quien podrá negar eso? = Y no habria menester aquella defensa si no poseyera dinero que pudiese perder. = No puede dudarse. = Luego totalmente sucede al reves el caso, pues las riquezas

zas con que se juzgaba que seria uno bastante para sí, obligan á mendigar el patrocinio ageno: ¿mas cómo, pregunto, se puede redimir la necesidad con las riquezas? ¿acaso no pueden tener hambre los ricos? ¿no puede fatigarles la sed? por ventura los adinerados ¿no sienten el frio del invierno? Pero dirás que tienen los opulentos con que satisfacer el hambre, con que apagar la sed, y con que defenderse del frio; pero segun eso podrá la necesidad con las riquezas auxiliarse, no extinguirse; porque si anhelando y pidiendo algo siempre la socorren las riquezas, preciso es que siempre quede en su ser la misma necesidad á quien hayan de ir socorriendo: paso en silencio que la naturaleza se satisface con poco, la avaricia con nada; y pues las riquezas no pueden desterrar la necesidad, sino que antes bien la engendran, ¿qué razon obliga á creer que pueden dar ellas todo lo suficiente?

METRO III. DEL LIBRO III.

*Aunque el avaro pueda deleytarse
 con los tesoros que en sus arcas vea,
 en que por muchos que su afan posea
 no podrá hartarse;*

*Y aunque le adorne la encendida grana,
y las preciosas piedras que produce
rica la tierra, donde Febo luce
por la mañana;*

*Y aunque sin tasa en sus lagares crezcan
dulces las ubas, y con cien arados
labren sus bueyes fértiles sembrados,
que le enriquezcan,*

*Nunca por eso su mordaz cuidado
libre le dexa, en tanto que respira,
ni del tesoro rico quando espira
va acompañado.*

PROSA IV. DEL LIBRO III.

Pero diránme que las dignidades hacen á quien las posee merecedor de veneracion y obsequio; por ventura ¿tienen las dignidades tal actividad que dexen en el ánimo de quien las exercita impresas las virtudes, y borrados los vicios? porque no solamente no los destierran, sino que los descubren: de donde tambien se origina nuestra indignacion, al ver tantas veces ocupar los mas altos puestos á los mas iniquos hombres; cosa que dió motivo á Catulo para llamar á Nonio, quando le vió entronizado en la silla del tribunal supremo, peste de la Ciudad. ¿No conoces pues, cuánto des-

crédito les añaden á los malos los oficios grandes? porque no se manifestaria tanto su indignidad si no se dieran á conocer por los puestos que ocupan; y aun tú tambien llegaste á exponerte á tantos riesgos por no allanarte á dividir el magistrado, y partirlo á medias con Decorato, quando veias en él una grande abundancia de vana loquacidad, y mayor ambicion del puesto, solo por la ganancia de los gages: ni ¿qué razon hay para que juzguemos que por los oficios honrosos son dignos de reverencia aquellos de quienes sabemos que son indignos de los mismos oficios? pero dime: si vieras á alguno muy consumado en alguna ciencia, ¿pudieras juzgar que no era digno de estimacion, ni de aquella ciencia en que era tan consumado? De ninguna manera; porque la virtud tiene naturalmente en sí misma una veneracion, que luego la comunica al ánimo donde llega; y pues no pueden las honras vulgares hacer esto; bien se conoce que no es en ellas natural ni propio aquel resplandor que brilla; á cuyo propósito tambien se debe advertir, que si es cierto que viene uno á ser mas abatido, al paso que es despreciado de mas gente, y no puede el oficio honroso hacer plausible al iniquo que le goza,

pues pone mas á la vista sus maldades, fuerza es que la dignidad le ocasione mas abatimiento; aunque tampoco ella se puede quedar alabando, porque tambien los ímprobos se vengan del mismo modo de las dignidades, pues las inficionan con su contagio; y para que conozcas que no puede adquirirse aquella autoridad verdadera con las falsas sombras de estos honores fingidos, infierelo así: si uno que repetidas veces hubiese obtenido la grandeza de ser Cónsul, aportase por algun accidente á alguna nacion remota, ¿harian le por dicha los puestos que ocupó respetado de aquella gente extraña? no por cierto; pues si esta veneracion fuera efecto natural de las dignidades, nunca dexarian de causar lo mismo en qualquiera parte del mundo que llegase, así como en ninguna parte del orbe dexa de calentar el fuego; sino que como no es este natural efecto de ellas, sino del séquito que tienen en la engañada opinion de los hombres, en llegando á verse entre los que no saben que hay tales dignidades, al mismo instante pierden la vana pompa de su obstinacion, pero esto dirás que sucede en las naciones extrangeras: mas dime: en aquellas donde tuvieron su origen ¿permanecen siempre en

en lustre? tampoco; porque antiguamente la Prefectura era un poderoso cargo, y ya es solo un nombre vano, y una costosa carga. Teniase en un tiempo por gran cosa el cuidar de los bastimentos del pueblo; y ya ahora ¿qué puesto hay mas abatido? Porque, como poco antes diximos, lo que no tiene estimacion propia ya recibe, y ya pierde el esplendor al arbitrio de las opiniones de la gente: luego si á nadie pueden hacer autorizado las dignidades; si se manchan poseyéndolas los ímprobos; si con la mudanza de los tiempos pierden su lucimiento; y si por la opinion de las gentes se envilecen; ¿qué hermosura hay en ellas que se pueda apetecer, ni que puedan repartir á los demas?

METRO IV. DEL LIBRO III.

*Aunque soberbio gozaba
telas de Tiro exquisitas,
y de blancas margaritas,
y diamantes se adornaba,
ira en todos engendraba
Neron por su torpe gusto;
y atropellando lo justo,
distribuia los puestos:
¿quién tendrá pues por honestos
los cargos que da el injusto?*

PROSA V. DEL LIBRO III.

¿Son pues los reynos y la privanza con los Reyes bastantes para hacer á uno poderoso? ¿cómo puede, ó quando permanece estable su felicidad? Llena está la antigüedad de varios exemplos, y llena tambien nuestra edad presente de Reyes, cuyo dominio se trocó en calamidad. ¡O grandioso poder, que aun para asegurar su duracion no es poderoso! y si en dominar reynos consiste la bienaventuranza, ¿no es preciso que si en alguna parte cesa este señorío, disminuya la felicidad, y dé entrada á la miseria? pues por mas que se extiendan los humanos imperios, es forzoso que haya muchas mas provincias, que no pueda comprenderlas un cetro solo; y por la parte que falta á aquella potestad, que hace dichosos, entra este desvalimiento que hace desdichados; luego segun esta cuenta fuerza es que les quepa á los Reyes mayor parte de miseria que de felicidad. Teniendo el tirano Dionisio experimentados los riesgos de su estado, dió á entender las zozobras que le afligian, poniendo una espada desnuda pendiente de un hilo sobre su trono; ¿pues qué poder

es éste que no puede echar de sí la carcoma del rezelo, y la polilla de la congoja? Bien quisieran ellos vivir asegurados y quietos, mas no pueden; y tras esto blasonan de poderosos: ¿parecete á ti que lo es quien no puede conseguir lo que quiere? juzgas que es poderoso quien va cercado de guardas? quien á los mismos que pone terror con ellas los teme? quien para ostentarse poderoso vive sujeto al arbitrio de sus criados? ¿Pues qué tengo que decir de los privados de los Reyes, si he dado ya á entender la poca estabilidad de los reynos, y vemos tantas veces fenecer las privanzas, quedando en pie la magestad regia, y tantas espirar con la magestad á una? Obligó Neron á su privado y nuestro Séneca á elegir muerte. Antonio entregó á las espadas de los soldados á Papiuano, que fué valido suyo; y entrambos quisieron renunciar la prosperidad de su estado, y levantar la mano de las cosas del gobierno; y aun intentó Séneca entregar á Neron quanto tenia, y retirarse al ocio de una aldea; pero empezándose ya á desquiciar la máquina de su grandeza, arrebatados de las ruinas de tanto edificio, ninguno de los dos consiguió lo que intentaba. ¿Pues qué poder es este que los

que le tienen le tiemblan? que ni permite que viva seguro un hombre mientras lo goza, ni que lo pueda dexar quando le embaraza? ¿servirán por ventura de seguridad los amigos que grangeó, no la virtud, sino la fortuna? No, porque á quien le hizo amigo la felicidad, lo hará enemigo la desgracia; ¿pues qué peste mas perniciosa que un amigo enemigo?

METRO V. DEL LIBRO III.

*El que ser poderoso solicita,
las pasiones del animo sujete,
y huya del apetito que le incita
con los mentidos gustos que promete;
pues aunque reyne donde el Indio habita,
y en quanto alumbran los planetas siete,
quien desterrar no puede su fatiga,
poderoso no es justo que se diga.*

PROSA VI. DEL LIBRO III.

Pues ¡quán engañosos, y á veces quán torpes suelen ser los gloriosos blasones de la fama! á cuyo propósito no sin gran motivo exclamó el Griego trágico:

*O gloria, ó gloria,
¡á cuántos hombres llenas los oidos
con los aplausos de tu voz fingidos!*

Porque los mas de los que han sido celebrados debieron sus plausibles nombres á las engañadas opiniones del vulgo; ¿pues qué mayor miseria puede haber que ésta? porque á quien sin merecerlo ve volar su nombre en las lenguas de la fama, fuerza es que le saque las colores al rostro el empacho de tan injusto timbre; y si estos elogios son debidos al merecimiento del aplaudido, ¿qué podrán añadir al ánimo interior del sábio que los mereció, y que no funda su bien en el popular rumor, sino en la seguridad de su conciencia? demas, que si el dilatar este nombre, ilustra, siguese que el no estenderle le envilece; y pues, como poco antes disputé, es preciso que por mucho que se esparza la fama de un hombre, haya muchas mas naciones á donde no pueda llegar su noticia, fuerza es que quien á ti te parece famoso, en la mayor parte del orbe no sea conocido: pues el ser bien visto del pueblo no juzgo que es cosa digna, ni de memoria, porque sus aplausos ni tienen fundamento, ni estabilidad; ¿y quién no advierte quán vano, quán inutil es este nombre de la nobleza pues quando se hace alarde de ella para el propio lustre se manifiesta que es virtud agena? porque, al parecer,

la nobleza no es otra cosa que un heredado blason de los méritos de los progenitores, y si es la alabanza la que ilustra, aquellos vendrán á ser los ilustres que en la genealogía son los alabados; y así poco lucimiento te prestará la nobleza agena, si tú no la tienes propia; y si en ella hay algo de bueno, solamente me parece que es el empeño en que pone á los nobles de no degenerar de la virtud de sus pasados.

METRO VI. DEL LIBRO III.

Todo el género humano
procede de una misma descendencia,
que uno es el soberano
padre, cuya divina providencia,
por alto sabio modo
todo lo cria, y lo gobierna todo.

El dió rayos vistosos
á Febo, y él á la triforme diosa

le dió menos hermosos
visos, y el dió tambien con poderosa
mano hombres á este suelo,
y astros resplandecientes á ese cielo.

Este, las almas puras
del celestial alcazar desprendidas,
las puso entre las duras
cárceles de los cuerpos oprimidas;
y así son los mortales,

sol todos ilustres, y en nobleza iguales.

¿Para qué pues altivos
de abuelos blasonais, y bisabuelos
aplausos sucesivos,
y malograis inútiles desvelos
en tener de memoria
de la ascendencia vuestra la alta gloria?

Que si á vuestro primero
ser atendiereis, y á que Dios ha sido
vuestro autor verdadero,
ninguno tiene origen deslucido,
sino que degenera
de su nativo ser, con lo que bicieré.

PROSA VII. DEL LIBRO III.

¿Qué diré pues de los lascivos deleytes, que al pretenderlos se padece tanta solicitud y congoja, y al conseguirlos se siguen tal arrepentimiento y hastío? ¿quántas enfermedades asquerosas, quántos intolerables dolores suelen ocasionar á los miserables cuerpos que las gozan, como fruto debido á sus maldades? cuyos afectos no sé yo que tengan nada de gusto; pero qualquiera que tome residencia á sus liviandades, conocerá quán triste fin tuvieron sus delicias; y si el gozar de estos pudiera ser origen de la felicidad, no

podia negarse que eran felicísimos los brutos, cuya propension toda atiende solamente á saciar su apetito: solo el afecto amoroso de la consorte y los hijos fuera honestísimo, y justamente estimado; pero dicese, aunque el natural cariño parece que lo repugna, que fueron, no digo para quien, verdugos sus propios hijos; cuyas costumbres, qualesquiera que sean, quán mordaz pena ocasionen á sus padres, no tengo que advertirtelo, pues ya de otras veces tienes mucha experiencia de esto; y aun ahora te alcanza bastante cuidado; en que pruebo la sentencia de mi Euripides, que dixo que quien carecia de hijos era feliz en la misma infelicidad.

METRO VII. DEL LIBRO III.

*De qualquier deleyte suelen
nacer espinas que duelen;
y es como inquieta abejuela,
que á quien va á probar su miel,
clava el aguijon cruel
basta el corazon, y vuela.*

PROSA VIII. DEL LIBRO III.

Luego no hay duda ninguna en que todos estos son unos caminos descaminados para la bienaventuranza, y que á nadie pueden conducir al puesto que prometen, y haré breve demostracion de quán llenos están de terribles males, porque dime: ¿haste de emplear acaso en amontonar dinero? habrás pues de quitárselo á quien lo tiene: ¿querrás lucir con dignidades y puestos? habrás de pedirlos con humildes súplicas á quien pueda dartelos con altivos desprecios; y quando deseas aventajarte á los demas con la honra del mandar, habrás de rendirte á aquel con la baxeza del pedir; ¿pretenderás poderoso dominio? pues con él quedarás expuesto á las conjuraciones cautelosas de tus subditos: ¿anhelas á lo glorioso de la fama? ella te ocasionará muchas ásperas emulaciones, que conviertan en riesgos tus seguridades: ¿dispondráste á pasar la vida entre delicias? ¿quién no abominará esta sujecion de estar atendido á solo dar gusto á una cosa tan vil y fragil como el humano cuerpo? Pues los que hacen caso de las prendas

podia negarse que eran felicísimos los brutos, cuya propension toda atiende solamente á saciar su apetito: solo el afecto amoroso de la consorte y los hijos fuera honestísimo, y justamente estimado; pero dicese, aunque el natural cariño parece que lo repugna, que fueron, no digo para quien, verdugos sus propios hijos; cuyas costumbres, qualesquiera que sean, quán mordaz pena ocasionen á sus padres, no tengo que advertirtelo, pues ya de otras veces tienes mucha experiencia de esto; y aun ahora te alcanza bastante cuidado; en que pruebo la sentencia de mi Euripides, que dixo que quien carecia de hijos era feliz en la misma infelicidad.

METRO VII. DEL LIBRO III.

*De qualquier deleyte suelen
nacer espinas que duelen;
y es como inquieta abejuela,
que á quien va á probar su miel,
clava el aguijon cruel
basta el corazon, y vuela.*

PROSA VIII. DEL LIBRO III.

Luego no hay duda ninguna en que todos estos son unos caminos descaminados para la bienaventuranza, y que á nadie pueden conducir al puesto que prometen, y haré breve demostracion de quán llenos están de terribles males, porque dime: ¿haste de emplear acaso en amontonar dinero? habrás pues de quitárselo á quien lo tiene: ¿querrás lucir con dignidades y puestos? habrás de pedirlos con humildes súplicas á quien pueda dartelos con altivos desprecios; y quando deseas aventajarte á los demas con la honra del mandar, habrás de rendirte á aquel con la baxeza del pedir; ¿pretenderás poderoso dominio? pues con él quedarás expuesto á las conjuraciones cautelosas de tus subditos: ¿anhelas á lo glorioso de la fama? ella te ocasionará muchas ásperas emulaciones, que conviertan en riesgos tus seguridades: ¿dispondraste á pasar la vida entre delicias? ¿quién no abominará esta sujecion de estar atenido á solo dar gusto á una cosa tan vil y fragil como el humano cuerpo? Pues los que hacen caso de las prendas

personales ; en quán leve, y en quán caduca posesion se desvanecen ! porque ¿ podreis por ventura exceder en grandeza á los elefantes ? en fortaleza á los toros ? en velocidad á los tigres ? Considerad los espacios , la firmeza y la celeridad de esos cielos , y no siempre os tengan admirados las cosas viles ; y advertid que aquel orbe celestial no es mas admirable por estas propiedades que tiene , que por aquella inteligencia que lo rige : quán inconstante es pues el esplendor de la hermosura ! quán veloz , y quánto mas fácil de marchitarse que las mas delicadas flores ! Y si , como dixo Aristóteles , tuvieran los hombres los ojos de los linces para que su vista lo penetrara todo , ¿ nó era fuerza que aquella perfeccion superficial de Alcibiades , miradas hasta lo íntimo las entrañas , descubriese mucha fealdad interior ? Luego el parecer bien una beldad no lo debe á sus facciones , sino á la flaqueza de los ojos que la miran : pero estimad en buena hora con todo el extremo que se os antoje las prendas personales , como esteis advertidos que qualquiera de estas cosas que tanto os admiran puede aniquilarse con la destemplanza de un ardorcillo de una terciana ; de todo lo qual se viene á inferir en

suma que estas cosas que no pueden dar los bienes que prometen : (porque no estan colmadas con la conglobacion de todas las felicidades que se desean) ni encaminan á la bienaventuranza como sendas de ella , ni hacen por sí mismas bienaventurados á los que las tienen.

METRO VIII. DEL LIBRO III.

*¡ Ay miseros mortales desdichados,
y quán descaminados
vuestra ignorancia os lleva , os guia y pierde,
nunca busqueis el oro entre lo verde
de las hojas del árbol , ni las piedras
preciosas en las parras , ó en las yedras :*

*No echeis las redes en los montes rudos,
para que entre sus nudos
salgan peces que llenen vuestras mesas ;
ni si quereis cazar cabras montesas,
para verlas correr y fatigarlas,
vais á los anchos mares á buscarlas :*

*Porque ya todos tienen conocidos
los senos escondidos
de las ondas , y quales son mas francas
en criar ricas margaritas blancas,
en qual golfo hay mas purpura vistosa,
y en qual nace la pesca mas sabrosa.
Mas nadie á saber llega donde habita
el bien que solicita,*

*pues habiendo él pasado en agil vuelo
al campo azul del estrellado cielo,
están todos tan ciegos al buscarle,
que en la vil tierra juzgan que han de hallarle.*
¿Qué castigo mas digno á error tan necio
darles podrá el desprecio,
que ver que afanen honras y riquezas,
y quando con trabajos y asperezas
estén gozando el falso bien primero,
conozcan que aun les falta el verdadero ?

PROSA IX. DEL LIBRO III.

Basta ya lo que se ha tratado hasta aquí en razon de dar á entender los falsos visos de la mentida felicidad, en la qual, si has reparado bien, resta ahora, conforme buena orden, manifestar la verdadera. Ya acabo de conocer, dixé, que no pueden adquirirse con las riquezas la suficiencia, con los reynos el poder, con las dignidades la veneracion, con los aplausos la gloria, ni con las delicias el gusto. = Y dime: ¿llegas á comprehender tambien la causa de eso? = Ya me parece que la columbro como por una escasa rendija; pero quisieralo saber de ti con mas claridad. = Pues bien pronta se halla la razon, y es que una cosa que de su naturaleza es indivisible,

quiere dividirla en partes el humano error; y de verdadera y perfecta, la trueca en imperfecta y falsa. ¿Juzgas tú acaso que lo que de nada necesita tiene necesidad del poder? = De ninguna manera. = Dices muy bien; porque quien se hallára desamparado de esfuerzo para algo, preciso fuera que para aquello necesitára de ageno patrocinio. = Así es. = Luego la suficiencia y el poder tienen una misma naturaleza, y son una misma cosa. = Así me lo parece. = Y cosa en que concurren estas calidades, ¿parécete que se debe desestimar, ó al contrario, la juzgas digna de la veneracion de todos? = Eso, aun no dexa lugar á la duda. = Añadamos pues á la suficiencia y al poder la reverencia, de manera que estas tres cosas las juzguemos una: añadámosla en buena hora supuesto que tratamos de confesar verdades: pues que, ¿parécete acaso que ésta puede ser cosa vil, y mecanica, ó á la trocada célebre, y nobilissima? porque imagina que esto que de nada necesita, esto que tiene absoluto poder, esto que está concedido ya ser dignísimo de respeto y culto, se halle mendigo de nobleza, sin que pueda alcanzarla de sí mismo; y que por esta parte tenga en él algu-

na entrada el abatimiento. = No puedo yo considerar eso, sino antes bien es razon que confiese que cosa de tales calidades es preciso que sea plausible. = Luego inferese que hayamos de confesar que no se distingue en nada la nobleza de aquellas otras tres prerogativas. = Con siguiente es. = Pues aquello que no tiene necesidad de cosa agena, que con su fuerza sola lo puede todo, que es ilustrado y reverenciado; ¿no es evidente que ha de abundar tambien de alegría? = Aun no alcanzo á imaginar, el menor portillo por donde puede asaltarle la tristeza; por lo qual, asentadas las proposiciones primeras, no se puede negar la conclusion de que ha de estar colmado de contento. = Pues por las mismas razones tampoco podrá negarse, que la suficiencia, el poder, la nobleza, la veneracion y el gusto, en los nombres es cierto que se diferencian; pero en la substancia de ninguna manera se distinguen. = Fuerza es confesarlo. = Pues esto que de su naturaleza es unico, y simple, lo divide la iniquidad de los hombres; y como solicitan adquirir una parte sola de cosa que no se divide en partes, ni consiguen la porcion que buscan porque no la hay, ni alcanzan la felicidad entera, porque no la buscan. = ¿Pues

cómo la reparten? = Quien busca riquezas para huir de la pobreza, no pone cuidado en ser poderoso, y quiere mas ser vil y soez y privarse de muchas naturales delicias, que desasir el dinero que adquirió; y de este modo aun no tiene la suficiencia que le prometia su tesoro, pues el poder no le asiste, el afan le molesta, la vigilancia le abate, y su nacimiento le esconde; y quien solamente anhela á ser poderoso, derrama las riquezas, desprecia las delicias, desestima el honor si no se funda en mandar, y desprecia el aplauso; pero advierte quantas cosas le faltan á éste; porque muchas veces sucede que no alcanza lo que ha menester; que le remuerden aflicciones; y no siendo poderoso para librarse de éstas, ya viene á faltarle el poder que pretendia. De la misma manera se puede ir discurriendo por las preeminencias de puestos, por lo glorioso de la fama, y por lo gustoso de los deleytes; porque siendo cada cosa de estas la misma que las demas, quien pretende alguna de ellas sin las otras, no puede alcanzar ni aquella, que pretende. = ¿Pues qué será si uno las desearse todas juntas? = Ese desearia la esencia de la suma felicidad; pero ¿po-

dria hallarla en estas cosas, cuyas obras hemos mostrado que no pueden corresponder á las esperanzas que prometen? = De ninguna manera. = Luego no se ha de buscar la bienaventuranza en la dicha que cada cosa de estas apetecibles parece que trae consigo. = Yo lo confieso, y no puede haber cosa mas cierta. = Ya conoces pues ahora la fortuna de la falsa felicidad, y las causas de su engaño: vuelve pues ahora los ojos del discurso á la parte opuesta, que allí topará al instante con la verdadera dicha que te ofrecí. = Está tan manifiesta, y tan clara, que la pueden ver los ciegos, y tú la diste á entender poco ha, quando intentabas averiguar la causa de la fingida, porque, si yo no me engaño, la verdadera y perfecta felicidad es aquella en quien se hallan la suficiencia, el poder, la reverencia, la celebridad y la alegría; y para que conozcas que lo he percibido mas de raiz, digo con toda seguridad que aquella que puede dar enteramente alguna de estas cosas (pues todas son una misma) viene á ser la perfecta bienaventuranza. = Alumno mio, ya te juzgo feliz con ese conocimiento si añades á esto... = ¿Qué he de añadir? = ¿Parécete, que hay en estas

cosas mortales y caducas alguna que pueda conducir á semejante felicidad? = Nada imagino yo, y lo has dado á entender tú de manera que no se puede desear mas. = Luego segun esto estas cosas parece que dan á los mortales algunas imágenes del verdadero bien, ó algunos bienes imperfectos; pero el perfecto, y verdadero bien no pueden ellas darlo. = Confórmome con eso. = Supuesto que conociste qual sea la verdadera bienaventuranza, y quales son las que fingidamente la imitan, resta ahora sepas donde has de buscar la verdadera. = Rato ha que espero eso con crecidas ansias. = Pues si, como escribe nuestro Platon en su Timeo, aun en las cosas de poca monta se debe de implorar el divino auxilio; qué te parece que debemos hacer ahora para que merezcamos hallar la verdadera fuente de aquel sumo bien? = Invocar al padre universal de todo; porque no acudiendo á él, ningun principio tiene buen fundamento. = Dices muy bien y consecutivamente empezó á cantar así. (R)

METRO IX. DEL LIBRO III.

*¡O soberano autor de tierra y cielo,
que regis con perpetua providencia*

la portentosa máquina del suelo!

De cuya eterna interminable esencia
pende la edad, y estando siempre estable
vos en un ser, con rápida influencia

Haceis girar en movimiento instable
quanto es móvil, y con poder eterno
forjasteis esta fábrica admirable;

No porque os obligase afecto externo
á establecerla, sino solamente
vuestra bondad, y vuestro amor interno;

Vos lo gobernais todo sabiamente,
conforme al exemplar de vuestra idea,
teniendo fabricada en vuestra mente

La hermosura del mundo, en quien se vea
(pues que de vos son todas derivadas)
quanto mayor vuestra hermosura sea:

Vos haceis que de partes separadas
y perfectas un todo se componga
perfecto, en quien estén todas cifradas:

Vos mandais que recíproca se oponga
la frialdad del agua al ardimiento
del fuego, y que la tierra contraponga

Su sequedad á la humedad del viento,
y con precisa ley teneis atado
en límite cabal cada elemento;

Porque ni el fuego pueda por delgado,
puro y leve pasar su propia esfera,
y remontar sus llamas exhalado;

Ni la tierra por torpe y por grosera,
del peso de sus montes oprimida;

quede mas honda con su carga fiera:

Vos dividis tambien la tripartida
inteligencia (que si al ser humano
excede, del ser vuestro es excedida)

Para que con impulso soberano
atienda á los continuos paralelos
de los orbes que mueve su alta mano;

La qual, despues que en dos distintos cielos
imprima movimientos diferentes,
emplea sus doctísimos desvelos

En inquirir las glorias excelentes
de su ser, y del vuestro la profunda
esencia: vos en los humanos entes

Haceis que la alma superior se infunda,
dando á brutos y plantas desiguales
vidas, de que adornado el Orbe abunda;

T'esparciendo las almas racionales
ya en esas lucidísimas estrellas,
ya en este mundo patria de los males,

De ardiente caridad tantas centellas
exhala vuestro tierno amante pecho,
que abrasado en amor piadoso de ellas,

Las disponeis de suerte en el estrecho
sitio de la prision del cuerpo humano,
que al quedar éste en tierra vil deshecho,

Vuelvan ellas al reyno soberano,
donde vuestra inmortal sabiduría
el ser les dió con poderosa mano:

Dad ¡ó Padre! al discurso acierto y guía,
para que ascienda á aquel asiento augusto,

y á la fuente feliz de la alegría;

*Dad, que hallando esa luz, todo su gusto
sea fixar sus perspicaces ojos
en vos, que sois lo justo de lo justo:*

*Desterrad los inútiles antojos
de lo terreno, y la tiniebla obscura
que nos ciega con fragiles despojos,*

*T amaneced con vuestra lumbre pura,
porque vos sois la luz de rayos claros,
y de los justos la quietud segura;*

*Es el unico fin el contemplaros
á vos, cuyo poder porque se extienda,
aunque sois uno solo, hace aclamaros
principio, fin, caudillo, norte y senda.*

PROSA X. DEL LIBRO III.

Pues has comprendido ya cuál sea la forma del imperfecto, y qual del perfecto bien, ahora me parece que debemos examinar en dónde esté constituida esta felicidad verdadera; para cuyo efecto juzgo que primero es necesario inquirir si puede haber en la naturaleza algun bien de las calidades y perfecciones que poco ha difiniste, para que no nos cansemos de valde en discuir sobre el fundamento vano de una falsa imagen agena de substancia; mas no se puede negar que es cierto que le hay,

y que es la fuente de donde dimanar todos los bienes; porque el llamarse una cosa imperfecta nace de que le falta algo para tener cumplida perfeccion: en que se vé que en qualquiera género que haya alguna cosa imperfecta, es preciso que se halle tambien otra perfecta; porque si negáramos esta perfeccion, aun no llegaría á imaginar el discurso el origen de esta causa imperfecta; porque las primeras obras en que la naturaleza se estrena de ningun modo son imperfectas ni defectuosas, sino que empezando primero por las mejor acabadas, y mas cavales, vienen á degenerar despues en estas inferiores, y bastardas; y si como poco ha dimos por asentado, es cierto que hay alguna felicidad imperfecta y fragil, tampoco puede dudarse que hay otra sólida y perfecta. Es conclusion, dixé, indubitable, y verdaderísima. Pues supuesto, dixó, que queda asentado ya que hay algun bien perfecto totalmente, para averiguar donde habite, puedes discuir así. La opinion comun y general de todos los humanos dictámenes, sin que discrepe voto, confiesa que Dios es bueno, y principio de todo lo criado; porque no pudiendo alcanzar la imaginacion á considerar otra cosa mejor que Dios;

¿quién dudará la bondad de una cosa tan excelente, que no hay otra que sea mejor que ella? Y no solo dá á entender el discurso que es bueno Dios, sino tambien que es perfectamente bueno; porque á no ser así, no pudiera ser principio de todas las cosas, porque hubiera alguna que se le aventajara como primera y mas antigua, incluyendo en sí toda la perfeccion del sumo bien; pues es manifesto que todas las cosas menos cabales fueron criadas despues que las perfectas; y así para que no proceda la razon en infinito, habemos de confesar que es Dios el centro donde asiste perfecta y colmadisimamente el sumo bien, y tambien habemos quedado conformes en que el perfecto bien es la bienaventuranza; luego es preciso que la verdadera bienaventuranza esté colocada en la esencia de Dios = Es infalible eso, y no hay razon que pueda oponersele. = Pero advierte, te ruego, con quán relevantes circunstancias se prueba que se incluye en Dios el sumo bien; = ¿De qué modo? = De tal modo que no tiene lugar el discurso para imaginar que este Padre universal de todas las cosas goza el sumo bien de que está lleno por haberle recibido de mano agena, sino que lo

tiene de suyo tan natural y absolutamente, que el sumo bien poseido, y el sumo Dios que le posee, no son dos substancias distintas, sino una misma; porque si se juzga que le tiene recibido de agena mano, se podrá hacer mayor concepto de quien le dá que de quien le recibe; y este seria notable absurdo, quando tan justamente confesamos que esta Deidad es la mas excelente de todas las cosas; y si me dicen que aunque es verdad que le tiene naturalmente, no viene á ser con todo eso una misma cosa, sino que entre Dios y el sumo bien hay alguna diferencia, finja en su idea quien pudiere (supuesto que tratamos de Dios, que es el principio de todo) quién pudo ser el que unió estas dos cosas distintas; demas, que una cosa que se diferencia de otra, no puede ser la misma que aquella de quien se diferencia; de manera que lo que se distingue del sumo bien por naturaleza, no será el sumo bien, de quien se distingue; cosa indigna de imaginarse en Dios, pues es constante que ninguna es mayor que él; y pues hablando generalmente ninguna puede haber, cuya naturaleza sea mejor que su principio mismo, con evidētísima razon concluiré, que quien es

el principio de todas las cosas tambien es el sumo bien. = Es ciertísimo. = Pues tambien está concedido ya que el sumo bien es la bienaventuranza. = Así es verdad. = Luego forzoso es confesar que es Dios la bienaventuranza. = Ni puedo contradecir á las proposiciones antecedentes, ni negar que de ellas se sigue bien esta consecuencia. = Atiende pues si se prueba mas claramente esto mismo de esta manera. No puede haber dos sumos bienes diversos entre sí, porque los bienes que se diferencian; bien se vé que no es el uno lo mismo que el otro, con que ninguno podrá ser perfecto, porque á cada uno le faltará el otro; y es manifesto que el bien que no es perfecto tampoco es sumo bien; luego de ninguna manera pueden ser diversos los que son sumos bienes; y pues habemos averiguado que Dios y la bienaventuranza son bienes sumos, preciso es que sean una misma cosa la suma divinidad, y la bienaventuranza suma. = No puede haber cosa mas verdadera que esa sentencia, mas firme que ese argumento, ni conclusion mas digna de Dios que esa. = Demas de esto, te he de dar un nivel como el de los geometras con que suelen, asentando primero sus

proposiciones, inferir alguna consecuencia que ellos llaman demostracion; y es, que si alcanzando la bienaventuranza se hacen los hombres bienaventurados, pues la bienaventuranza es la misma divinidad, fuerza es que alcanzando la divinidad lleguen á ser bienaventurados; y así como quien posee el hábito de la justicia es justo, el de la sabiduría sabio, así tambien por la misma razon es preciso que los que alcanzan la divinidad, se hagan dioses: luego todo bienaventurado es Dios; y aunque por naturaleza haya uno solo, por participacion bien puede haber muchos. = Sutil y precioso discurso, ora quieras llamarle nivel, ora demostracion. = Pues no es menos estimable, lo que segun buen orden se sigue á esto. = ¿Qué? Que pues es cierto que la bienaventuranza incluye en sí muchas cosas, es preciso saber si vienen á juntarse todas estas en el todo de la bienaventuranza, como partes diferentes, ó si alguna entre ellas hay que llene la substancia de la bienaventuranza, á quien todas las demas se reduzcan y refieran. = Quisiera que me dieras á entender eso con la expresion de las mismas cosas. = Dime: ¿no juzgamos que la bienaventuranza es el bien? = Y aun el sumo. = Eso mismo puedes añadir á cada cosa;

porque tambien esta misma viene á ser la suma suficiencia, y el poder sumo; y la veneracion, el lustre y el gusto todo se juzga que es la bienaventuranza: pues pregunto ahora: todos estos bienes, la suficiencia, el poder y los demas, ¿diremos que son como unos miembros de que se compone la bienaventuranza, ó son como líneas que se encaminan todas al bien, como á centro y punto? = Ya entiendo la duda que propones; pero deseo oír cómo la decides. = Pues escucha su decision. Si todas estas cosas fueran miembros de la bienaventuranza, discreparian entre sí correlativamente; porque la naturaleza de las partes es de calidad, que muchas diferentes componen un cuerpo; y pues habemos visto que ya todas son una misma cosa, de ninguna manera son miembros de la bienaventuranza; ó se podria juzgar que ésta se compone de partes diferentes, cosa que no puede ser. = Esto no tiene duda; pero aguardo lo demas. = Luego manifesto es, que todas las demas cosas se refieran al bien; porque por eso se desea la suficiencia, porque se cree que es bien; por eso el poder, porque tambien se juzga que es bien; y lo mismo se puede colegir de la veneracion, del lustre, y de las delicias; lue-

go el blanco adonde miran, y el centro donde paran, y la causa por qué se desean estas cosas apetecibles es el bien; porque lo que no tuviera en sí ni substancia, ni apariencia de bien, de ninguna manera se pudiera desear; y al contrario, muchas cosas que de su naturaleza no son buenas, solo porque lo parecen, son pretendidas como verdaderos bienes; en que se conoce que el fundamento y el quicio en que estriba todo lo apetecible es la bondad; y el fin porque se desea una cosa parece que es el blanco adonde mira el deseo; como si uno quisiera pasearse á caballo, porque le importaba para su salud, este no deseaba tanto el movimiento del paseo que anda, como el efecto del provecho que le hace; y pues se desean todas las cosas por alcanzar el bien, signese que este bien mismo es mas codiciado que todas aquellas cosas. Y pues asentamos ya que el fin porque se pretenden las demas cosas es por conseguir la bienaventuranza, bien se conoce que con todas estas sola es la bienaventuranza la que se desea; en que claramente se descubre que es una misma esencia la de la bienaventuranza, y la del bien. = No hallo causa para que nadie pueda disen-

tir de todo eso. = Pues tambien declaramos que la verdadera bienaventuranza y Dios son una misma cosa. = Así es. = Luego seguramente podemos concluir que en ninguna otra parte está colocado el bien que en la substancia de Dios.

METRO X. DEL LIBRO III.

Venid acá todos quantos
teniendo el ánimo ciego,
con los inmundos antojos
de los deleytes terrenos,

Entregados á los vicios
os atan con torpes hierros
de sus pesadas cadenas
los fingidos gustos vuestros;

Que aquí hallareis el descanso
de los trabajos, el puerto
donde se ofrece seguro
tranquilo dulce sosiego.

Este es el unico asilo
donde se alcanza el consuelo,
y donde tienen refugio
los mas afligidos pechos;

Que todo quanto las ricas
ondas del Tajo y del Hermo,
de hermosas arenas de oro
tienen en sus rubios senos;

Ni quanto fecunda el Indo,

que por estar poco lejos
de la fiera ardiente Zona,
corren sus aguas birviendo

De verdes y blancas piedras
con que su precioso riego
muestra en diferentes visos
tornasolados reflexos;

Ni todo el tesoro junto
de las cosas de mas precio
pueden aclarar la vista
de un confuso entendimiento;

Porque antes bien le obscurecen
mas con los nublados densos
de la codicia, que infunden
en los humanos afectos:

Demas, que quanto se finge
apetecible al deseo,
lo crió la avara tierra
en lo profundo del centro;

Pero el esplendor, por quien
luce y se gobierna el cielo,
destierra luego de la alma
los oscuros desconciertos;

T así qualquiera que pueda
mirar esta luz atento,
dirá que no son lucidos
los claros rayos de Febo.

tir de todo eso. = Pues tambien declaramos que la verdadera bienaventuranza y Dios son una misma cosa. = Así es. = Luego seguramente podemos concluir que en ninguna otra parte está colocado el bien que en la substancia de Dios.

METRO X. DEL LIBRO III.

Venid acá todos quantos
teniendo el ánimo ciego,
con los inmundos antojos
de los deleytes terrenos,

Entregados á los vicios
os atan con torpes hierros
de sus pesadas cadenas
los fingidos gustos vuestros;

Que aquí hallareis el descanso
de los trabajos, el puerto
donde se ofrece seguro
tranquilo dulce sosiego.

Este es el unico asilo
donde se alcanza el consuelo,
y donde tienen refugio
los mas afligidos pechos;

Que todo quanto las ricas
ondas del Tajo y del Hermo,
de hermosas arenas de oro
tienen en sus rubios senos;

Ni quanto fecunda el Indo,

que por estar poco lejos
de la fiera ardiente Zona,
corren sus aguas birviendo

De verdes y blancas piedras
con que su precioso riego
muestra en diferentes visos
tornasolados reflexos;

Ni todo el tesoro junto
de las cosas de mas precio
pueden aclarar la vista
de un confuso entendimiento;

Porque antes bien le obscurecen
mas con los nublados densos
de la codicia, que infunden
en los humanos afectos:

Demas, que quanto se finge
apetecible al deseo,
lo crió la avara tierra
en lo profundo del centro;

Pero el esplendor, por quien
luce y se gobierna el cielo,
destierra luego de la alma
los oscuros desconciertos;

T así qualquiera que pueda
mirar esta luz atento,
dirá que no son lucidos
los claros rayos de Febo.

PROSA XI. DEL LIBRO III.

Conformome, dixé, con todo lo propuesto, porque todas son conclusiones pertrechadas con tan firmes antecedentes, que al ánimo mas dudoso se manifiestan indubitables. Entonces ella ¿en quanto dixo estimarias tener el perfecto conocimiento de qual sea el mismo bien? Fuera en mí afecto, dixé, esa noticia de inestimable aprecio, y de estimacion infinita, porque juntamente con eso lograría yo la dicha de conocer á Dios, que es el mismo bien. = Pues eso se declarará bien presto con razon bien evidente, con tal que queden en suposicion de ciertas las doctrinas que atras están ya probadas. = Si quedarán sin que padezcan contradiccion alguna. = ¿No dimos á entender, que aquellas cosas que son de los mas de los mortales apetecidas, no pueden llenar la substancia de verdaderos y perfectos bienes, porque se diferencian y distinguen entre sí; y que faltándole á la una lo que posee la otra, en ninguna de ellas es posible hallarse el absoluto y colmado bien, y que entonces llegarán á perfeccionar el bien ver-

dadero, quando de tal manera se junten y congreguen en una forma misma, y en una primera causa, que la suficiencia venga á ser lo mismo que el poder, el poder que la veneracion, la veneracion que el lustre, y el lustre que el gusto; pero que mientras no sean una misma cosa todas, no tienen nada que las pueda hacer apreciables? = Decidido está de modo que no le hay para dardarlo. = Pues estas cosas que no son bienes en tanto que se distinguen, y lo llegan á ser luego que se unen, ¿no necesitan, para ser bienes, de la union que juntándolas hace que lo sean? = Así me parece. = Y todo lo que es bueno ¿no concedes que lo es por la participacion del bien? = Sí. = Pues por la misma razon es preciso que confieses que la union y el bien son una cosa misma; porque una propia es la substancia de las cosas, cuyos efectos no son naturalmente diversos. = No puedo negarlo. = ¿No sabes tambien, que todo lo que tiene ser permanece y goza de substancia todo el tiempo que se conserva en su union, y que al mismo instante que la pierde se deshace y disuelve juntamente con ella? = ¿De qué manera? = Como sucede en los animales, que mientras están jun-

tos en uno el cuerpo y la alma, se llaman animales; pero al instante que se disuelve esta union separándose la alma del cuerpo, fenecen y dexan ya de serlo, y el mismo cuerpo tambien en tanto que permanece unido con la composura de todos sus miembros, representa forma humana; pero si dividiéndose y descoyuntándose las partes de este cuerpo, descomponen su union, pierde el ser que antes tenia; y quien vaya discurrendo así por todo lo demas, conocerá claramente que qualquiera cosa tiene substancia en tanto que es una, y que luego que le falta la union feneces. = Aunque estoy haciendo esa consideracion en varias cosas, en ninguna hallo lo contrario. = ¿Hay pues alguna cosa, que en quanto le dicta su naturaleza, procurando huir de su conservacion y substancia, apetezca su propio fin y corrupcion? = Si he de considerar en los animales, que son los que tienen algun instinto para querer y no querer, ninguno hallo que, sin exteriores violencias que le obliguen, aborrezca la vida, y se apresure á la muerte; porque todo animal solicita defender su indemnidad, y evitar su daño; pero de las yerbas y árboles, y de todas las demas cosas inanimadas no sé qué me

diga. Pues si lo adviertes bien; dixo, tampoco tienes que dudar en eso, quando miras que los árboles y yerbas nacen en puestos proporcionados á sus calidades, donde, en quanto permite lo fragil de su naturaleza, no se marchite con brevedad su verdor; porque verás que unas se crian en los amenos campos, que á otras las producen los empinados montes, que otras se engendran en las húmedas lagunas, que otras se arraygan en la dureza de los peñascos, y que las esteriles arenas son fecundas para otras; y si alguien intenta trasplantarlas á diferentes sitios, todas se secan; pero da la naturaleza á cada una lo que importa para su conservacion, y cuida de que no fenezean mientras es posible que duren: ¿qué diré pues de la disposicion con que como si tuvieran metidas en la tierra las bocas van chupando el humor de que se alimentan por sus raíces, y distribuyendo el vigor que el sustento les añade parte al corazón, y parte á la corteza? ¿Qué diré de la traza con que se oculta y defiende siempre en el interior del tronco lo mas precioso del árbol, que es como un blando tuetano, á quien guarda puesta encima la firmeza de la madera, y luego en el puesto superior para resistir las inclemencias de

I

los temporales, se opone como por escudo la aspera robustez de la corteza? Pues ¡quán grande es el cuidado que la naturaleza tiene de que todas las cosas se propaguen con la abundancia de simientes que produce! en que se muestra que no solo miró al tiempo que pudieran permanecer, sino que engendrándolas de nuevo cada día, las quiso perpetuar. Pues en las demas cosas, que están en crédito de inanimadas, ¿no vemos tambien que cada una de ellas apetece lo que le es mas propio? porque ¿por cuál otra causa se exhalan hácia lo alto las llamas aligeradas de su delgadeza, y se precipitan hácia lo profundo las piedras oprimidas de su peso, sino porque á cada una le convienen semejantes movimientos y sitios? Demas, que á qualquiera cosa la conserva en su vigor aquello que confronta con su ser, y la deshace lo que repugna á su natural; y las que son duras, como las piedras, reconcentran fuertísimamente unas con otras sus partes, y hacen tenaz resistencia para que no las dividan con facilidad; y al contrario, las que son líquidas como el ayre y la agua, fácilmente se dexan vencer de la mano que las divide, pero con la misma presteza vuelven á deslizarse hasta quedar unidas co-

mo se estaban; pero el fuego se exíme de todo género de division; y no tratamos ahora de las acciones voluntarias que pendien de la eleccion y arbitrio de las almas, sino de los efectos naturales, como son, que sin advertirlo, digerimos las viandas de que nos alimentamos, y sin procurarlo, respiramos mientras dormimos; porque ni aun en los animales procede el deseo de su conservacion de la voluntad del alma, sino del origen de la naturaleza; y esto se vé en que muchas veces las causas exteriores que sobrevienen hacen que la muerte, que á la naturaleza es formidable, sea á la voluntad apacible; y al contrario, tambien limita la voluntad aquella propension de engendrar que siempre infunde la naturaleza, y en que unicamente se asegura la duracion de lo corruptible; y así este su amor propio no se origina de la voluntad del alma, sino de la inclinacion de la naturaleza; porque dió la Providencia á todo lo criado este natural deseo de conservarse todo el tiempo que su posibilidad alcanzare; con que no hay motivo para que dudes que todo quanto tiene existencia apetece naturalmente la constancia en el durar, y rehusa la facilidad en el fenecer. = Confieso que veo ahora indu-

bitable lo que antes me parecia incierto. = Pues aquello que apetece su conservacion y substancia tambien desea la union, porque faltándole ésta, tampoco le quedára el ser. = Verdad es. = Luego todas las cosas desean la union. = Ya lo tengo confesado. = Pues tambien habemos mostrado que la union es lo mismo que el bien. = Así es verdad. = Luego todas las cosas aspiran al bien, y así lo podrás definir de este modo, que *el bien es aquel que todos desean.* = No se puede pensar cosa mas cierta; porque ó todas las del mundo se han de reducir á nada, y destituidas de su principio unico andarán vagando sin gobierno, ó si hay alguno á quien se dirijan, aquel será el sumo bien de todos los bienes. = ¡O cuánto me alegro, hijo mio, de oírte, porque de medio á medio acertó en el blanco de la verdad el tiro de tu discurso; demas que en esto se te ha declarado lo que antes decías que ignorabas! = ¿Qué? = Qual fuese el fin de todas las cosas; porque verdaderamente lo es *aquel que es deseado de todos.* Y pues habemos definido el bien de esta manera, preciso es que confesemos que *el fin de todas las cosas es el bien.*

METRO XI. DEL LIBRO III.

*Quien con sabio discurso investiga
lo mas verdadero en qualquiera opinion,
y no quiere engañarse con tantas
como ha introducido en el mundo el error,*

*Exâmine despacio su pecho
pidiéndole cuenta de quanto pensó,
y con vista sutil reconozca
de toda su mente lo mas interior;*

*Reduciendo el veloz pensamiento,
si rumbos altivos extraños tomó,
á que en círculo breve revuelva
á hacer de sí mismo cabal reflexion:*

*T si el ánimo busca altanero
en cosas ajenas saciar su ambicion,
industriadlo á quedar satisfecho
con las que posee su rico interior;*

*Que con esto, lo que antes cubrian
las lóbregas nubes del pérfido error,
lucirá con mas bellos cambiantes,
mas tersos, mas puros, mas claros que el sol;*

*Porque el cuerpo, aunque oprime las almas,
no de todo punto su luz apagó,
que no puede el olvido que infunde,
dexar extinguida tan noble razon:*

*T así queda humeando allá dentro
alguna centella de aquel esplendor,
que se aviva, se excita y enciende*

con lo que la diestra enseñanza sopló;

Que si aquella raiz no habitára
oculta en el pecho, ¿por qual ocasion
dierais fiel voluntaria respuesta
á quantas preguntas la duda formó?

Que si es cierta la filosofia
que enseña la pluma del docto Platon,
nadie aprende las ciencias de nuevo,
sino que se acuerda de las que olvidó.

PROSA XI. DEL LIBRO III.

Ajustome de muy buena gana, dixey entonces, con el sentir de Platon, porque ahora caygo en la cuenta de que has renovado segunda vez las especies de la memoria que primero se me confundieron con la opresion que padeció la alma al quedar encarcelada en la union del cuerpo, y despues me volvieron á faltar con el peso de la melancolía. Si atiendes bien, añadió ella, á lo que antecedentemente queda concedido, tampoco tardarás mucho en acordarte de aquello que dixiste que ignorabas. = ¿Qué? = Qual sea el tenor con que se gobierna esta nave del mundo. = Ya me acuerdo, que confesé mi ignorancia; y aunque ya columbro lo que intentas decidir, con todo eso quiero saberlo de ti

con mas extension. = Poco ha que no ponias duda en que la máquina del orbe se regia por la disposicion soberana de Dios. = Ni ahora la pongo, ni la pondré eternamente; y declararé con brevedad las razones que á esto me mueven. De ningun modo fuera posible, que constando este mundo de tan diversas y encontradas calidades se uniesen todas en tan amigable paz, que se conformasen en componer una forma de su fábrica, si no hubiera uno que juntase cosas tan diferentes, y, aun despues de juntas, era fuerza que se desaviniesen y apartasen por la contrariedad de sus naturalezas tan opuestas, si no hubiera uno que conservara lo que enlazó; ni procediera con tanta certidumbre el orden de la naturaleza, influyendo sus movimientos tan proporcionados á las regiones, á los tiempos, á la fertilidad, á las distancias, y á las calidades de cada pais, si no hubiera uno que constante siempre gobernára la próvida inconstancia de estas variedades. A éste pues, sea el que fuere, por quien se conserva y mueve todo lo criado, valiéndome de esta general voz que todos usan, le llamo Dios. = Pues si estás ya persuadido á esta verdad, muy poco

juzgo que tendré que hacer para conducirte adonde, participe de la felicidad, libre ya de los pasados riesgos, vuelvas á ver la dichosa patria; pero exâminemos otra vez lo que propusimos. ¿No dexamos asentado que se debe contar la suficiencia entre las felicidades de la bienaventuranza? ¿Y no queda ya concedido, que es Dios la bienaventuranza misma? = Es verdad. = Luego no tendrá necesidad de patrocinio extrínseco para regir el mundo; porque si para su gobierno hubiera de mendigar el ageno auxilio, ya le venia á faltar la suficiencia propia. = Esa es ilacion precisa. = Luego lo dispone todo por sí solo. = No puede negarse. = Pues tambien está probado que es Dios el mismo bien; luego por bien lo dispone todo, supuesto que lo gobierna todo por sí; quien, queda concedido, que es el mismo bien; y este viene á ser como el polo y el fundamento por quien se defiende incorruptible y estable la máquina del orbe. = Totalmente me dexa satisfecho ese discurso, y aunque (por débiles sospechas) ya yo habia abizorado que era este el fin á donde se encaminaba tu plática. = Yo lo creo, porque ya, segun advierto, tienes mas perspicaces los ojos

para percibir la luz de la verdad; pero no es menos manifesto á la vista lo que añadiré. = ¿Qué? = Si se puede dudar, supuesto que justamente se cree que Dios lo gobierna todo con el timon de la bondad; y que todo, como ya declaré, por su natural propension se dirige al bien, ¿si se puede dudar, digo, que se dexan regir voluntariamente todas las cosas, y que obedecen sin resistencia la voluntad de su gobernador, como templadas y conformes á su arbitrio? = Forzoso es que sea así, porque de otra suerte no parece que seria feliz semejante gobierno; pues vendria á ser yugo de los que le repugnaban, y no amparo de los que le obedecian. = Luego no puede haber cosa que observando los fueros de su naturaleza, intente contravenir á los preceptos de Dios. = No por cierto. = Y qué si lo intentára, ¿pudiera acaso lograrse su pretension contra la voluntad de quien por la bienaventuranza de que goza, tan justamente habemos supuesto que es poderosísimo? = Antes bien era preciso frustrarse qualquier intento que se le opusiese. = Luego no hay nada que quiera ni pueda resistirse á este sumo bien. = Juzgo que no. = Luego el sumo bien es el que lo gobierna to-

do con fortaleza, y lo dispone con suavidad. = No solo me deleytan las sentencias infalibles que de tus razones se infieren, sino que añaden mucha mas sazón al gusto esas palabras de que usas; y ha hecho en mí tanta mella lo fundado de las verdades, y lo galante del estilo, que se avergüenza ya mi ignorancia de haber puesto dolo en lo que de la Soberana Providencia pende. Ya viste entre las fábulas aquella de los gigantes, cuya soberana locura quiso hacer al cielo guerra; pero castigólos, como era justo, la benigna fortaleza, á la que intentaron ofender: pero ¿quieres que vayamos careando unas con otras las razones ya dichas? podrá ser que de esta confrontacion salte alguna centella hermosa de la luz de la verdad. = Como tú gustares. = Que es omnipotente Dios, nadie lo duda. = De los que tuvieron entendimiento, ninguno. = ¿Puede haber pues algo á que no llegue el poder de quien es omnipotente? = Nada. = Y puede Dios hacer mal? = De ningun modo. = Luego el mal no viene á ser nada, pues no lo puede hacer aquel que lo puede hacer todo. = Estás burlándote de mí, forjando de tus razones un intrincado la-

berinto, en que, ya puedas entrar por donde saliste, y ya vuelvas á salir por donde entraste, constituyes un admirable círculo de la simplicidad divina; porque poco ha empezando por la bienaventuranza, decias que el sumo bien era aquel que estaba puesto en el sumo Dios, y asentabas que el mismo Dios era el bien sumo, y la cumplida bienaventuranza; de donde inferias, como por demostracion precisa, que ninguno podia ser bienaventurado sino que fuese tambien Dios juntamente; luego añadias, que la misma forma del bien era la substancia de Dios, y de la bienaventuranza; despues enseñabas que el bien era aquel que era uno, y era pretendido de todos: argüias tambien que con el gobierno de su bondad lo regia todo Dios, y que le obedecia todo voluntariamente; y que la naturaleza del mal era ninguna, y todo esto lo probabas, no valiéndote de autoridades ajenas, sino de razones domésticas y palpables, que con evidencia se iban infringiendo unas de otras. = De ninguna manera es esto burlarme, sino que con el favor de Dios, á quien antes invocamos, habemos conseguido ya la mayor de todas las cosas; porque es de tal calidad la forma de la

divina substancia, que ni mezcla su esencia con cosa extrínseca, ni admite cosa extrínseca en su esencia; sino que como dice de ella Parmenides, voltea la movíl rueda de todo lo criado, conservándose ella inmóvil siempre; y no tienes que extrañarte de que me valga de razones de acarreo, y que solamente use de las que se hallan dentro del círculo de la materia de que tratamos; pues aprendiste de la doctrina de Platón que el estilo de las palabras ha de ser pariente cercano de las materias que se disputaren.

METRO XII. DEL LIBRO III.

¡Feliz quien pudo ver distintamente
del pretendido bien solicitado
la clara, hermosa cristalina fuente!
¡feliz quien pudo verse desatado
del yugo torpe, que tan duramente
oprime la cerviz con el cansado
peso de las pasiones de la tierra,
que hacen á la quietud tan dura guerra!
Después que el diestro músico de Tracia
lloró en dulces, sí trágicos acentos,
de su amada consorte la desgracia,
enterneciendo con su voz los vientos;
y después que expresó con tanta gracia
sus amantes tristísimos lamentos,

que hizo, á pesar de sus nativos brios,
correr las selvas, y parar los rios;

Y después que la cierva porfiada
se puso al lado del leon horrible,
y quedaba la liebre asegurada
del galgo con la música apacible;
como él llevaba en sí tan arraygada
la ardiente llama de su amor terrible,
aunque su lira á todos suspendia,
no pudo al fuego que en su pecho ardia:

Y llevado de su impetu furioso,
acusando á los dioses de crueles,
baxó al profundo reyno tenebroso,
sitio donde padecen los infieles,
y allí ajustando al metro numeroso
las consonancias de sus cuerdas fieles,
porque conformen instrumento y canto
en pena, amor, tristeza, luto y llanto,

Quanto materna musa le inspiraba,
cantó con tierno misero lamento;
quanto su sentimiento le dictaba,
quanto el amor, que dobla el sentimiento;
tan fino se quejó, que lastimaba
la habitacion horrible del tormento,
suplicando á los Reyes del profundo
que restituyan su consorte al mundo:

Las tremendas gargantas del Cerbero
á sus ecos callaron suspendidas;
las tres duras hermanas, terror fiero,
y castigo cruel de las perdidas

almas , perdiendo su rigor severo,
las publicó su llanto enternecidas;
cesó la veloz rueda el movimiento,
y á Ixíón le dió treguas su tormento.

Ta el miserable Tantalo , affigido
de tan ardiente sed , la agua no sigue;
ya cebándose el buitre en el sonido,
las entrañas de Ticio no persigue;
ya confiesa Pluton quedar vencido
de sus doctos acentos . y prosigue
diciendo: yo te doy tu esposa amada,
á costa de tus versos restaurada:

Mas con tal condicion se te concede,
que en tanto que no salgas del infierno,
licencia de mirarla no te quede :
¿ quién pondrá leyes á un amante tierno,
si es el amor la ley que en él mas puede?
¡ ay , que antes de dexar el lago averno,
volvió á mirar Orfeo á su Euridice,
perdiéndola , matándola , infelice!

Esta fábula sirva de advertencia
á los que tienen puesto el pensamiento
en la suprema soberana esencia;
porque quien sin hacer á lo violento
de sus pasiones firme resistencia,
vuelve los ojos á otro indigno asiento,
pierde el gozar de lo que mas desea,
mientras en lo inferior la vista emplea.

LIBRO QUARTO.

PROSA PRIMERA.

Apenas se escucharon los ultimos
ecos de estas razones, que con toda la de-
cencia de su gravedad , y sin saltar á
un punto de la entereza de su semblan-
te cantó la Filosofía , quando yo , aun no
olvidado totalmente de mi entrañado sen-
timiento, sin reparar en que aun parece
que se prevenia para decir mas , inter-
rumpí el hilo de su plática , diciendo : ¡ ó
precursora de la verdadera luz ! bien se
ha conocido que todo lo que hasta aquí
ha pronunciado tu enseñanza, por su con-
templacion es divino , y por tus argumen-
tos indubitable; y aunque lo extrañé co-
mo nuevo, tú me dixiste que nada de
esto ignoraba yo antes , si bien por el do-
lor de mis pasiones lo tenia olvidado to-
do; pero esa misma es la causa mayor
de mi congoja , que siendo sumamente
bueno el supremo gobernador de todas
las cosas, pueda haber en el mundo mal-
dades, y se pasen sin ser castigadas. Con-
sidera quán digna es de admiracion por sí
sola cosa tan extraña ; pues á esta se le
añade otro mayor pasmo; porque rey-

almas , perdiendo su rigor severo,
las publicó su llanto enternecidas;
cesó la veloz rueda el movimiento,
y á Ixíón le dió treguas su tormento.

Ta el miserable Tantalo , afligido
de tan ardiente sed , la agua no sigue;
ya cebándose el buitre en el sonido,
las entrañas de Ticio no persigue;
ya confiesa Pluton quedar vencido
de sus doctos acentos . y prosigue
diciendo: yo te doy tu esposa amada,
á costa de tus versos restaurada:

Mas con tal condicion se te concede,
que en tanto que no salgas del infierno,
licencia de mirarla no te quede :
¿ quién pondrá leyes á un amante tierno,
si es el amor la ley que en él mas puede?
¡ ay , que antes de dexar el lago averno,
volvió á mirar Orfeo á su Euridice,
perdiéndola , matándola , infelice!

Esta fábula sirva de advertencia
á los que tienen puesto el pensamiento
en la suprema soberana esencia;
porque quien sin hacer á lo violento
de sus pasiones firme resistencia,
vuelve los ojos á otro indigno asiento,
pierde el gozar de lo que mas desea,
mientras en lo inferior la vista emplea.

LIBRO QUARTO.

PROSA PRIMERA.

Apenas se escucharon los ultimos
ecos de estas razones, que con toda la de-
cencia de su gravedad , y sin saltar á
un punto de la entereza de su semblan-
te cantó la Filosofía , quando yo , aun no
olvidado totalmente de mi entrañado sen-
timiento, sin reparar en que aun parece
que se prevenia para decir mas , inter-
rumpí el hilo de su plática , diciendo : ¡ ó
precursora de la verdadera luz ! bien se
ha conocido que todo lo que hasta aquí
ha pronunciado tu enseñanza, por su con-
templacion es divino , y por tus argumen-
tos indubitable; y aunque lo extrañé co-
mo nuevo, tú me dixiste que nada de
esto ignoraba yo antes , si bien por el do-
lor de mis pasiones lo tenia olvidado to-
do; pero esa misma es la causa mayor
de mi congoja , que siendo sumamente
bueno el supremo gobernador de todas
las cosas, pueda haber en el mundo mal-
dades, y se pasen sin ser castigadas. Con-
sidera quán digna es de admiracion por sí
sola cosa tan extraña ; pues á esta se le
añade otro mayor pasmo; porque rey-

nando y floreciendo la maldad, no solamente no alcanza premios la virtud, sino que se vé postrada á las plantas de los iníquos, y en remuneracion de sus heroicas hazañas padece castigos afrentosos; y ninguna admiracion parece bastante al ver que esto sucede en la jurisdiccion de quien todo lo sabe, de quien todo lo puede y de quien solamente quiere lo justo. Entonces ella, claro está, dixo, que seria el mas extraño asombro, y el monstruo mas horrible de quantos abortó la naturaleza, que en la puntualísima casa de tan prudente padre de familias estuvieran, como tú imaginas en tanto aprecio las alhajas viles, y en tanta desestimacion las preciosas: mas no sucede así; porque si no olvidas lo que en los diversos antecedentes asentamos por cierto, sirviéndote de maestro el mismo de cuyo gobierno hablamos, conocerás que siempre los buenos son poderosos, y abatidos y sin fuerzas los malos; que nunca las culpas quedan sin pena, ni las virtudes sin galardón, pues siempre logran los buenos sucesos prósperos, y padecen los malos tragedias desastradas; y entenderás finalmente otras muchas cosas de este genero, que, dando entera satisfaccion á tus queja, dexen fortalecido tu ánimo con eficaces defensivos. Y pues te

dí á entender poco ha qual sea la forma del verdadero bien, y en dónde esté colocado, declarando brevemente todo lo que juzgo que es necesario declarar; primero te mostraré el camino que derechamente pueda conducirte á tu domicilio, y vestir tu entendimiento de ágiles plumas, con cuyo vuelo pueda remontarse á lo mas sublime; para que extinguida tu tribulacion, exento de todo riesgo, vuelvas á tu dulce patria con mi guia, por mi senda, y en mis bagages.

METRO I. DEL LIBRO IV.

*Porque mis veloces alas,
si á ponérselas acierta
el entendimiento, juzga
frívolo quanto mira en la tierra,
Remóntase mas arriba
de la anchurosa alta esfera
del ayre leve, y las nubes
pálidas á la espalda se dexa,
Encarámase, y trasciende
del fuego la region seca,
ardiente por los veloces
agiles movimientos que lleva,
Hasta que subiendo altivo
á tocar los astros llega,
y de Febo con las luces*
K

etéandidas su camino empareja.
 Sube hasta igualar sus rumbos
 con el mas alto planeta,
 buscando siempre aquel astro
 único en ser luz por esencia;

Pasa mas, y reconoce
 la capacidad inmensa
 tachonada de la noche
 fúnebre con lucidas estrellas,

Y despues que el vuelo agote
 las alturas mas supremas,
 y el veloz discurso al polo
 último de esos cielos ascienda,

Y pisando al firmamento,
 con mas relevante ciencia
 de las soberanas luces
 ínclitas el valor comprehenda,

Verá allí al Rey de los Reyes
 que el universo gobierna,
 y causa los movimientos
 rápidos, sin que él nunca se mueva.

Si á este puesto felizmente
 arribares, por la senda
 que ahora olvidado buscas,
 término que pretendes y anelas,

Esta dirás, esta es
 mi querida patria; en esta
 tuve origen; ya me acuerdo,
 quedome á habitar pues en ella.

Y si desde allí gustares

de ver la noche funesta
 que dexaste en la mendiga,
 misera, despreciada vil tierra,
 Verás que están desterrados
 los tiranos á quien tiemblan
 los rendidos tristes pueblos,
 tímidos al mirar su fiereza.

PROSA II. DEL LIBRO IV.

De verdad, dixé yo, admirado entonces, que son grandes cosas las que prometes; mas de ti no dudo que las cumplas: solo te ruego que no me dilates esa dicha; pues me preveniste ya para escucharte. = Pues lo que primero he de darte á conocer es, que siempre á los buenos les asiste absoluto poder, y que los malos viven desamparados de todo género de fuerzas; proposiciones ambas que vienen á ser cada una prueba de la otra; porque siendo contrarios el mal y el bien, en constando que el bien es poderoso, quedará manifiesto lo poco que el mal puede; y al contrario, en probándose la flaqueza del mal, quedará conocida la valentia del bien: mas porque la certidumbre de nuestras sentencias logré mas apoyado credito, duplicaré las pruebas por

ambas partes, confirmando lo propuesto ya por una, ya por otra. Todas las acciones humanas se componen de dos cosas; de voluntad y poder; de las quales, si falta alguna, nada puede llegar á efectuarse; porque no moviéndole la voluntad, ninguno hay que emprenda lo que no quiere: y en quien no se halla el poder, ociosa queda la voluntad; de donde nace que en viendo á qualquiera que desea conseguir lo que de ninguna manera consigue, luego conocemos que á éste le faltó el poder para alcanzar lo que quiso. = Claro está, y no hay por donde pueda negarse. = Mas de quien vieres que hizo lo que intentó; ¿dudarás que pudo lo que quería? = De ninguna manera = Tambien es cierto que en aquello que puede cada uno se debe juzgar poderoso, y sin fuerzas en lo que no puede: ya te acuerdas pues que de las razones antecedentes inferimos que toda la intencion de la voluntad humana, que por tan diversos rumbos fluctua, se dirige á la bienaventuranza. = Bien me acuerdo que tambien eso quedó probado. = ¿Y no te acuerdas que la bienaventuranza es el mismo bien, y que segun esto viene á desearse el bien quando se aspira á la bienaventuranza? = No necesito de esos re-

cuerdos; porque me quedó eso muy estampado en la memoria. = Luego todos los hombres, así buenos como malos, sin diferencia de intenciones solicitan alcanzar el bien. = Consequencia es legitima. = Pues tambien es cierto que los que llegan á conseguir el bien, se hacen buenos; luego consiguen los buenos lo que desean. = Parece que sí. = Pero los malos, si alcanzáran el bien que pretenden, no pudieran ser malos. = Así es. = Luego si unos y otros buscan el bien, y aquellos le hallan, y estos no le encuentran, no es dudable que los buenos son los poderosos y débiles, y sin poder los malos. = Quien esto dudare no podrá discurrir en la naturaleza de las cosas, ni sabrá entender la ilacion de las razones. = Para segunda prueba; si hubiese dos hombres que intentasen hacer una misma cosa conforme los fueros de su naturaleza, y uno de ellos la hiciese y perfeccionase con fuerzas naturales, y el otro, no pudiendo valerse de su natural vigor, con alguna industria llegase, no á lograr totalmente su intento, sino á imitar algo á quien le logra; ¿quál de estos juzgarías que era mas poderoso? = Aunque conjeturo lo que propones, quiero oírtelo explicar con mas claridad. = No negarás que

el movimiento del andar es natural á los hombres, ni dudas que es oficio natural de los pies : si uno pues anduviese valiéndose de los pies, y otro á quien le falta el natural exercicio de ellos, procurase andar estribando en las manos, ¿quién de estos podrá tenerse con razon por mas esforzado? = Prosigue lo demas ; porque nadie duda que tendrá mayor esfuerzo el que puede andar naturalmente, que el que se mueve con trabajo. = Pues el sumo bien es el fin á que igualmente aspiran los malos y los buenos ; mas con esta diferencia, que los buenos lo pretenden con el natural exercicio de las virtudes, y los malos con otras ambiciones diversas, en que no se halla el oficio natural de conseguir el bien : ¿ por ventura juzgarás tú otra cosa? = De ningún modo, y tambien queda manifesta la consecuencia que se sigue ; porque de las proposiciones que tengo ya concedidas, necesariamente se infiere que son poderosos los buenos, y sin poder los malos. = Muy bien adelantas el discurso, que es indicio, como suelen observar los medicos, de que va cobrando vigor la naturaleza. Y porque te veo ya pronto en entenderme, quiero ir menudeando mas las razones para enseñarte. Advierte

pues quán manifesta se vé la débil flaqueza de los hombres iniquos que aun no pueden arribar al fin á que los conduce, y aun casi los compele la natural propension : ¿ qué será pues de ellos si los desampara este poderoso y casi invencible auxilio de la naturaleza que los acaudilla? y en esto puedes considerar quán infelice es el desvalimiento de los hombres depravados ; porque no son empresas débiles y de poca monta las que no pueden conseguir, sino que quedan frustrados sus intentos en la cumbre mas empinada de la suma felicidad ; y no alcanzan los miseros la dicha de que corresponda el efecto á lo que de dia y de noche fabrica su ambicion ; en que se conoce quanto sobresale, y se aventaja el poder de los virtuosos ; porque así como juzgarias que era agilísimo en el andar aquel que con sola la ligereza de sus pies llegase hasta el último limite donde el non plus ultra publicara que no habia á donde pasar mas adelante ; así tambien es preciso que juzgues que es poderosísimo en el conseguir aquel que llegó á alcanzar el fin de todo lo apetecible, donde halla término el deseo : de donde se infiere quán desamparados estan los malos de todo género de

fuerzas; porque, pregunto, ¿por qué causa dexando la virtud siguen los vicios? ¿es acaso porque les falta el conocimiento del bien? pues ¿qué cosa mas desventurada que la ceguedad de la ignorancia? ¿conocen por ventura el rumbo que habian de seguir, y con todo eso los arrastra su inclinacion por otro diverso? pues segun esto, muy débiles son sus bríos; pues no pueden resistir á la violencia de sus antojos; ¿acaso teniendo conocimiento y eleccion, desamparan voluntariamente la virtud, y tuercen hácia los vicios? pues de este modo, no solo digo que dexan de ser poderosos, sino que absolutamente dexan de ser; porque quien desiste del comun fin de todo lo que tiene ser, pierde juntamente el ser que tenía: causará novedad á alguno el oír que los mas, en cuyo nombre se incluyen los mas de los nacidos, no tienen ser, pero ello es cierto; porque los que son malos no niego que son malos; pero que pura y simplemente se pueda decir que son, eso niego; porque así como de un cadaver decimos que es hombre muerto, pero no podemos decir absolutamente que es hombre, así tambien de los viciosos concederé que son malos, pero no podré conceder que absolutamente son;

porque aquello se puede decir que es, que conserva su órden, y guarda su naturaleza; mas aquello que en esto falta, pierde tambien aquel ser que es propio de su naturaleza: pero dirás que tenemos sobradas experiencias de que los malos pueden hacer mucho; y no lo niego; pero este poder suyo no se origina de su esfuerzo sino de su flaqueza; porque ellos pueden hacer males que de ningun modo pudieran hacerlos, si pudieran imitar á los buenos en el poder; y esta posibilidad que tienen, es la que mas claramente da á entender que no pueden nada; porque si, como poco antes inferimos, el mal no es nada, pues los protervos no tienen poder para otra cosa que para lo malo, manifesto queda que para nada tienen poder; evidente es; y para que entiendas qué tal es el poder de esta gente, poco ha que decidimos que no habia cosa mas poderosa que el sumo bien. = Así es; mas él no puede hacer mal de ningun modo. = ¿Y habrá alguien que crea que los hombres lo pueden todo? = Si no pierde el juicio, nadie. = Pues ellos ¿pueden hacer mal? = ¡Oxala nunca pudieran! = Luego si quien solamente tiene poder para lo bueno, lo puede todo, y no lo pueden todo los que

tambien para lo malo tienen poder, manifiesto es que son menos poderosos los que tienen posibilidad para lo malo: á esto se añade que el poder se debe contar entre las cosas apetecibles, y ya habemos asentado que sodas las cosas dignas de estimacion se dirigen al bien sumo como á centro de su naturaleza; mas la posibilidad de delinquir no puede tener correlacion al bien; luego no merece ser apetecida; luego claramente se conoce que la posibilidad de los facinerosos no es poder; en todo lo qual indubitavelmente se descubre el poder de los virtuosos, y el desvalimiento de los protervos, y se prueba quán verdadera es aquella sentencia de Platon, que el poder cumplir lo que desean solo es dado á los sabios; mas que los improbos podrán exercitarse en lo que se les antoje, pero no llenar lo que desean; porque ellos hacen lo que les dicta el gusto persuadidos á que siguiendo la senda de sus deleytes pueden arribar al bien que desean; pero frústraseles el pensamiento, porque es imposible que las maldades puedan conducir á la bienaventuranza.

METRO II. DEL LIBRO IV.

*Si á estos reyes soberbios, cuya vida
se entroniza en la cumbre mas grandiosa,
y adornada de púrpura costosa,
anda de horribles armas defendida,*

*Les quitarás la máscara fingida
de aquella vana pompa mentirosa,
miraras luego la prision penosa
en que aquella grandeza está metida;*

*Porque ya su ambicion los atormenta,
ya les fatigan sus melancollas,
ya la ira vierte en ellos su veneno;*

*Luego si es fuerza que un tirano sienta
en sus pasiones tantas tiranías,
sujeto vive á vil dominio ageno.*

PROSA III. DEL LIBRO IV.

No adviertes pues en quán asqueroso cieno estan arrojados los vicios, y en quán hermosa luz resplandecen las virtudes? en que se manifiesta bien que nunca los buenos se quedan sin remuneracion, ni los malos se eximen del castigo; porque justamente podemos decir que el premio de qualquiera accion es aquello por cuyo amor se hizo: asimismo en la pa-

lestra mira el ágil corredor prevenida por premio la corona porque corre; y habemos mostrado ya que la bienaventuranza es el mismo bien por quien se hacen todas las cosas; luego está destinado este bien mismo como por premio comun de todas las acciones humanas; mas éste no puede separarse de los buenos, porque no podria llamarse bueno quien careciese del bien; con que de ninguna manera es posible que les falten sus debidos premios á las costumbres loables, y, por mas que se arme el rencor de la malicia, nunca en la frente del sábio padecerá vayvenes la segura corona, ni ultrages su florido verdor; porque á los animos justos no puede desposeerlos de su proprio lustre la injusticia agena; mas si se glorian del exterior brillante del aplauso popular, pudiera deslucirlos facilmente otro qualquiera rumor, ó aquel mismo vulgo á quien debieron su gloria; pero como la que cada uno alcanza, procede de su propia virtud, solamente entonces dexa de verse premiado, quando dexa de ser virtuoso: demas que si los premios se pretenden, porque se estiman por buenos, ¿cómo podrá juzgarse que no tiene parte en el premio quien participa del bien? ¿y qué premio es el que goza?

el mayor y mas precioso. Acuérdate de aquella demostracion que antes te dixes, y discurre de este modo: siendo la bienaventuranza el sumo bien, manifesto es que los buenos, por el mismo caso que son buenos, llegan á ser bienaventurados; y habemos convenido ya en que los bienaventurados son dioses; luego no habrá tiempo cuya lima gaste, ni hombre cuyo poder disminuya, ni persona cuya maldad deslustre el premio de los buenos, que es hacerse deidades; y sucediendo esto así, tampoco podrá dudar el entendido de la pena inseparable de los iniquos; porque siendo contrarios el mal y el bien, la pena y el premio, preciso es que quanto vemos que sucede en el galardón del bueno, corresponda al reves en el castigo del malo: así pues, como el premio de los buenos es su misma virtud, viene á ser castigo de los malos su propia maldad: demas, que quien padece algun castigo, no duda que le tocó parte de algun mal; pues si meten bien la mano en su pecho los protervos, ¿pueden dexar de conocer cuánta parte de castigo les cabe? pues no solamente les toca parte de los vicios, sino que totalmente los inficiona la quinta esencia de todas las maldades. Atiende á la pena que al contrario de los

buenos, llevan consigo los malos: poco ha que me oíste explicar que todo lo que tiene ser es uno, y que esta union es el bien; de que se sigue que todo lo que tiene ser, parece que es bueno; luego segun esto todo lo que dexa de ser bueno, dexará de tener ser; de donde nace que los malos dexan de ser lo que fueron, y lo restante de la forma humana que les quedó, dá á entender que fueron hombres, porque habiéndose entregado á la malicia, perdieron tambien la humana naturaleza; y pues sola la virtud es la que puede dar alas para subir mas allá del humano ser, fuerza es que los que, por el peso de su iniquidad, cayeron de su estado, queden en mas abatida esfera que la de ser hombres; y así no puede llamarse hombre el que padece la transformación de sus vicios; porque si la avaricia que arde en su pecho le obliga á hacer violentos robos en las riquezas ajenas, asimilase al lobo; si inquieto y mordaz de lengua se ceba en litigios, enamorado de sus inquietudes, comparese al perro; si amigo de su negocio tiene por oficio usurpar lo ajeno con ocultas fraudes, igualese á las raposas; si destemplado en las iras se enfurece colérico, tengánle por leon furioso; si medroso y pusilá-

nime, tiene horror á lo que no se debe temer, juzguese semejante á los ciervos; si perezoso y tardío se entorpece, vistase la piel de un asno; si inconstante y vario muda de intencion levemente, cuentesese entre las aves; y si se dexa arrastrar de inmundas, y torpes lascivias, numere-se entre los animales cerdosos: así sucede, que quien olvida la virtud, dexa de ser hombre, pues como no puede ascender á deidad, se convierte en bruto.

METRO III. DEL LIBRO IV.

*Echó del Euro la saña
con alborotados soplos
los descompuestos vaxeles
de aquel Griego cauteloso,
A la isla donde habitando
la hija hermosa el bello asombro
de perfeccion, el efecto
digno de la luz de Apolo,
A sus huéspedes mezclaba
en el manjar mas sabroso
tosigos envenenados
con versos supersticiosos:
Con sus yerbas y conjuros
se iban transformando todos;
uno en la fiera que fué
disfraz de Marte zeloso;*

Otro, vuelto ya Africano
 leon, se amedrenta el propio
 de sus encorbadas uñas
 y colmillos espantosos:

Este, que se vé trocado
 en voraz horrible lobo,
 quando lamentarse intenta,
 aullidos da por sollozos:

Aquel, aunque es á la vista
 tigre de Hircania furioso,
 con natural mansedumbre
 vá dando á las casas tornos.

Mas aunque el Dios de la Arcadia
 lastimado del notorio
 peligro en que estaba Ulises,
 le libró de sus abogos;

Ta sus soldados que habian
 bebido los contagiosos
 vasos, que inficionó Circe,
 de su encanto eran despojos;

Ta el fruto que cria Ceres
 en mieses de color de oro,
 le trocaban por el duro
 fruto de la encina toscó.

Nada en su ser permanece
 de la voz, ni el cuerpo, solo
 el entendimiento llora
 verse encerrado en un monstruo.

¡O inutil mano! ¡ó conjuro
 débil! pues paedes tan poco

que no transforman las almas
 aunque transforman los rostros;

Porque habita defendido
 el humano ser heroyco
 del pecho en lo mas oculto,
 del ánimo en lo mas hondo:

Aquellos sí que son siempre
 venenos mas poderosos
 para enagenar crueles
 á los hombres de sí propios,

Que van penetrando lentos
 al interior, de tal modo
 que librando el cuerpo emplean
 en la alma lo riguroso.

PROSA IV. DEL LIBRO IV.

Confieso, la dixé yo entonces, y cono-
 co quán cierta verdad es que los que si-
 guen el rumbo de los vicios, aunque
 guardan en lo exterior la humana forma,
 en lo interior del ánimo están conver-
 tidos en fieras; pero no quisiera yo que
 estos, cuya inclinacion cruel se encarni-
 za en daño de los virtuosos, tuvieran
 fuerzas ni facultad para tanto. = Ni las
 tienen, como se verá en el lugar conve-
 niente; y si se les quita á los malos este
 poder, que contra la virtud parece que

tienen, se les releva gran parte de su pena; porque (aunque podrá ser que á alguno le parezca increíble) es preciso que sean mas infelices los malos quando corresponde el suceso á su gusto, y quando no pueden satisfacer su deseo; porque si es gran miseria querer lo injusto, es mayor poderlo hacer; porque sin esto quedaria frustrada aquella voluntad siniestra; y pues en cada una de estas acciones hay su desdicha, preciso es que padezcan tres desgracias juntas, los que vemos que quieren, pueden y executan las maldades. = Convengo en eso; mas, ¿ó quanto me holgára que se los acabase apriesa esta desdicha, faltandoles la posibilidad de cometer semejantes delitos! = Bien se les acabará, y quizá con mayor brevedad que tú deseas y ellos imaginan; porque no puede haber dentro de los breves términos de la vida cosa tan durable que la tenga por dilatada un inmortal ánimo; y así sucede que todas las grandes esperanzas, y toda la máquina de sus soberbias acciones queda desbaratada á manos de un imprevisto, y no esperado fin, cuyo golpe refrena, y pone límite á sus precipitadas costumbres; y si la maldad hace infelices, fuerza es que sea mas infeliz el

que vive mas tiempo en sus maldades; y los tuviera por infelicísimos totalmente, si no fenecieran sus vicios con el preciso ultraje de la muerte; porque si la conclusión, que de lo dañoso de la iniquidad habemos asentado, es cierta, claramente se sigue que es infinita la infelicidad que llega á ser eterna. = Admirable es cierto, y difícil de conceder esa ilacion; mas ya veo que se infiere con evidencia de lo que está concedido antes. = No sin causa extrañas lo que digo; pero quien dice que se le hace dura de conceder una consecuencia, tiene obligacion de mostrar que ha precedido alguna proposicion falsa, ó que de lo que antes queda supuesto no se sigue bien la conclusion que se saca; porque de otra suerte, concedidos una vez los antecedentes, no hay razon para dudar de la consecuencia. Y no parecerá menos admirable esto que voy á decir; y es que tambien se sigue necesariamente de lo que dexamos ya por asentado, que los iníquos que son castigados, son mas felices que los que quedan exentos de las penas que la justicia impone á los delitos; y no me fundo ahora en lo que á qualquiera se le ofreciera decir que con la pena se corrigen las costumbres siniestras, y por el terror del

castigo se reducen á mudar de vida los facinorosos, y que tambien sirven á los demas de escarmiento, para que amenazados con aquel exemplar eviten las acciones culpables, sino que tomándolo en otro sentido diferente, juzgo que son mas felices los delinquentes que llegan á ser castigados, aunque dexemos aparte la consideracion de que, huyendo del castigo, se acogen á la enmienda, y aunque no hagamos caso de que sirven á los demas de exemplo. = ¿Pues qué razon habrá fuera de esa? = ¿No queda ya concedido que son felices los buenos, y miseros los malos? = Si = Pues si á la desdicha de uno se le pegase alguna parte de bien, ¿no fuera mas feliz éste, que otro cuya desventura no tuviese mezcla de bien alguno? = Así me lo parece. = ¿Pues qué sería si á este miserable, que carece de todos los bienes, sin tener parte en alguno de ellos, sobre los males que le hacen desdichado, se le añadiese otro mas? = No era preciso que le juzgasemos por mucho mas infeliz que al otro cuya infelicidad tiene el auxilio siquiera de participar de algun bien? = ¿Qué duda hay? = Luego tienen los iniquos, *quando son castigados, algo de bueno, que es la misma pena que por razon de que es justa, es*

bueno; y quando no los alcanza el castigo, se les junta otra nueva especie de mal, que es aquella relevacion del castigo, que viene á ser mala, porque en sus maldades es injusta. = No lo puedo negar. = Luego mucho mas infelices son los malos que gozan de la injusta exención del castigo, que los castigados con pena justa; ¿y no es evidente que es justo que los iniquos sean castigados, é injusto que se vayan sin castigo? = ¿Quién podrá negarlo? = Pues tampoco podrá haber quien niegue que todo lo que es justo es bueno; y que al contrario es malo todo lo injusto. = Es consiguiente á lo que antes concluimos; pero pregunto, ¿no reservas algun castigo que padezcan las almas despues de desunidas de los cuerpos? = Y grandísimos; porque unos hay prevenidos con la atrocidad de incendios eternos, y otros estan señalados con la clemencia de penas temporales; pero no es mi intencion tratar ahora de estos; mas lo que hasta aquí habemos hecho ha sido hacer que conozcas que el poder, que tan indignamente te parecia que gozaban los malos, es nada, y que nunca quedan libres del castigo de su maldad los que tú lamentabas que no eran castigados; que la posibilidad de delin-

quir, que deseabas que con brevedad se les acabase, no puede durar mucho, y que seria mas infeliz si les durara mas; y que si fuera eterna, seria infelicisima; y finalmente, que son mas desdichados los malos que injustamente se eximen de la pena, que los que con justicia padecen el castigo: de que se infiere, que entonces son castigados mas gravemente quando nos parece que se libran de ser castigados. = Quando considero tus razones, echo de ver que no hay cosa mas cierta; mas si vuelvo los ojos al comun sentir de los hombres, ¿quién será aquel que no, digo, las crea, pero ni aun las escuche? = Asi es verdad, porque no pueden los ojos, acostumbrados á las tinieblas sufrir el esplendor de la verdad; y son semejantes á las aves, cuya vista se aclara con la noche, y se ciega con el dia; y como no atienden al orden de las cosas, sino al desorden de sus afectos, juzgan que la exención del castigo es felicidad. Pero advierte lo que establece la eterna ley: si inclinaste tu animo á lo bueno, no necesitas de otro que te galardone; porque tú propio te diste el mas excelente premio; ni si forciste la inclinacion á lo malo, rezeles el castigo que te puede imponer

otro; porque tú mismo te entregaste á la pena mas acerba; así como si miras á veces, ya la humildad de la tierra, ya lo sublime del cielo, sin que tenga en esto parte la opinion agena; solo por la diferencia de tu mirar, verás ya lo excelente del cielo, y ya lo vil de la tierra: dirás que el vulgo no atiende á esto, ¿pues qué importa? ¿habemos de adherir á los que tenemos ya probado que son como brutos? Si habiendo quedado uno totalmente sin vista, hubiera perdido tambien la memoria de que la tuvo; de manera que estuviese persuadido á que no le faltaba nada para tener el ser humano perfectamente; ¿habiamos de juzgar por eso que eran ciegos los que ven, y que él, aunque no vé, no es ciego? Tampoco quedarán satisfechos sus animos con lo que voy á decir, aunque tambien se funda en eficacisimas razones, y es que son mas infelices los que hacen la injuria que los que la padecen. = Quisiera oír los argumentos con que eso se prueba. = ¿Negarásme que los malos son dignos de castigo? = De ningun modo. = Pues hasta lo que es que son infelices los malos varias veces está ya probado; luego no dudas que los que son dignos de casti-

go son infelices. = Es evidente. = Si tú fueras juez de esta causa ¿á quién condenarás al suplicio, al que hizo, ó al que padeció la injuria? = No hallo género de duda en que daría satisfaccion al que la padeció con la pena del que la hizo. = Luego mas infeliz vendrá á ser el agresor de la injuria que el agraviado. = Bien se infiere. = Por esta razon pues, y por otras que se fundan en que la maldad naturalmente hace infelices, se prueba que la injuria no es miseria de quien la tolera, sino de quien la comete: mas ahora hacen al contrario los abogados; porque afinan su eloquiencia para mover la compasion de los juezes en favor de los que pasaron alguna grave injuria, debiéndose mucho mayor lástima á los que la hicieron, á quienes habian de llevar á juicio, no sus contrarios, sino sus mayores amigos, como quien pone delante del médico á un doliente para que con los cauterios de la pena se restañe lo sangriento de la culpa: y así vendria á descuidar la solicitud de los que se desvelan por defender los reos, ó si quisieran serle de algun provecho, se pasarían á ser fiscales suyos; y aun los mismos delinquentes, si tuvieran dicha de llegar á ver por alguna rendija la hermosu-

ra de la virtud que despreciaron, y entendieran que con los dolores de las penas que padeciesen habian de desnudarse de la fealdad de los vicios en que estaban metidos, ni los tendrian por dolores á trueque de conseguir la virtud, ni agradecerian el afan que á sus valedores les costaba el defenderlos, sino que antes bien, desistiendo de todo el amparo que en ellos hallasen, se entregarían voluntariamente á la severidad de los jueces; y á la persecucion de sus acusadores; de donde nace, que en el pecho del sabio no halla lugar ningun género de odio, porque á los buenos, ¿quién sino el mas necio del mundo podrá quererlos mal? Pues el aborrecer á los malos tampoco está puesto en razon, pues así como hay enfermedades en los cuerpos, padecen tambien sus achaques los ánimos; y pues los que andan enfermos del cuerpo no nos ocasionan ira, sino lástima; tampoco nos debemos irritar, sino compadecer de los que tienen atormentada la alma con la maldad, que es la dolencia mas atroz de todas.

METRO IV. DEL LIBRO IV.

De qué sirve excitar los belicosos
rigores con furor tan impaciente?
si la muerte buscáis, ya lentamente
aguija sus caballos presurosos:

Si os persiguan contrarios tan dañosos,
el tigre, el león, el oso y la serpiente,
¿por qué vosotros, temeraria gente,
os perseguís con armas mas furiosos?
¿Muevense acaso guerras tan injustas,
porque son encontradas en sus modos,
la nacion Iberina y la del Galo?

No son á tanta furia causas justas:
si quieres pues portarte bien con todos,
ama al bueno, y lastímate del malo.

PROSA V. DEL LIBRO IV.

Ya llego yo á conocer aquí, dixe, qué felicidad y qué miseria llevan consigo las virtudes de los buenos, y los delitos de los malos; pero tambien juzgo que hay en esta popular fortuna algo de mal y de bien, porque ninguno habrá de los entendidos que quiera mas vivir desterrado, pobre y abatido, que señalarse en su patria con la opulencia de las riquezas, y

con la estimacion de los cargos; porque en semejantes puestos se exâminan mejor los fondos de la capacidad, y exercitándose mas á la vista los aciertos, crece en algun modo la felicidad del gobernador, pues llegan los aplausos de su fama á tener lugar aun mas allá de los pueblos que le obedecen; mayormente quando es cierto que la cárcel, las leyes penales, y los demas castigos jurídicos se destinaron no mas de para los facinorosos; y así me admiro mucho de que se confundan y truequen estas cosas, oprimiendo á los buenos los suplicios de los malos, y levantándose los malos con el galardón de los buenos; y quisiera saber de ti cuál sea la causa de confusion tan injusta; porque no me hiciera tanta novedad, si pensara yo que se regia todo por los acasos de la fortuna, pero acrecienta mi pasmo el saber que es Dios quien lo gobierna todo; y pues su providencia reparte muchas veces felicidades á los buenos, y desgracias á los malos; y al contrario otras veces felicidades á los malos, y desgracias á los buenos, si no se descifra el misterio que en esto se encierra, ¿en qué se podrá distinguir del hado fortuito la sabia providencia? = No es maravilla que no teniendo comprehendido el orden de las

cosas parezcan muchas de ellas inconsideradas y confusas: pero aunque ignoras tú la causa de tan ocultas disposiciones, supuesto que el gobernador que rige el orbe es bueno, no dudes que está bien dispuesto todo.

METRO V. DEL LIBRO IV.

Quien no sabe que los frios
brillantes siete triones
tienen su rumbo preciso
cerca del Norte,

Se admirará de la extraña
disposición de los orbes,
al ver que quando en su polo
cierra la noche,

Siendo en salir tan veloz,
en caminar es Bootes,
tan tardío, que sus luces
nunca se ponen;

Ver que eclipsada la luna,
quando más lleno descoge
su esplendor, tan macilenta
se nos esconde;

Y mirar que la obscurece
la tierra que se interpone,
haciendo que luzcan otros
astros menores,

Causa admiracion tan grande

á aquellos que desconocen
la causa de esto, y se guían
por sus errores,

Que juzgando que es la fuerza
de algun encanto, quien pone
á Diana entre las sombras
de estos horrores,

Porque no escuche el conjuro,
quieren confundir sus voces
con panderos y campanas,
y otros mil sonos.

Nadie se espanta de ver
que quando furiosos soplen
los vientos, la mar inquieta
brame y se enoje;

Ni de que la condensada
nube en agua se transforme,
quando Febo la derrite
con sus ardores;

Porque en semejantes cosas
facilmente se conocen
las causas de tan usadas
transformaciones;

Pero como allí se ocultan,
y el vulgo las desconoce,
se turba, porque imagina
que van sin orden.

Cese pues de la ignorancia
el confuso error, y entonces
cesarán tan mal fundadas
admiraciones.

PROSA VI. DEL LIBRO IV.

Así es verdad, dixes; pero pues es propia acción tuya descubrir las mas ocultas causas de las cosas, y descifrar las razones mas escondidas, ruégote que me saques de este pasmo que tanto me maravilla, disolviendo la duda que padezco. Ella entonces, sonriéndose un poco, metesme, dixos, en la materia mas ardua de quantas se disputan, cuya profundidad es casi inapeable; porque es de tal calidad que como otra hidra, de donde cortaremos una dificultad, brotarán muchas; ni habrá modo de extinguirlas, si no ataja su nacimiento el sutilísimo fuego del discurso; porque en esta materia se suele disputar de la simplicidad de la Providencia, del destino de los hados, de los casos repentinos, del conocimiento de Dios, de la predestinación divina, y de la libertad del humano albedrío, quèstiones de tanto peso como puedes considerar: mas porque tambien es parte de tu remedio que entendas esto, aunque tenemos tan limitado el tiempo, procuraré declararte algo: y si te deleytan las cadencias de la poesía; y la

música, conviene que te prives por algun espacio del gusto de esta diversion, en tanto que yo vaya proponiendo por su orden las razones que se encadenan unas de otras. = Como tú gustares. = Entonces como empezando por otro diferente principio, dixos así: el origen primero de todas las cosas, todas las extensiones de la variedad de la naturaleza, y todo quanto por alguna manera es movable, debe sus causas, su orden y sus formas á la estabilidad de la mente divina; ésta, colocada en el alcazar de su simplicidad; distribuye el modo y la disposición á quantas cosas han de obrarse; la qual disposición, quando se considera en la pureza de la inteligencia divina, se llama providencia; pero quando se imagina en las mismas cosas, que dispone y gobierna, segun acostumbraron los antiguos, se llama hado; cosas que facilmente se verá son diversas, si alguno exâmina bien la esencia de cada una; porque la providencia es aquella divina disposición que, colocada en el supremo príncipe de todas las cosas, lo gobierna todo; y el hado es aquella disposición unida á las mismas cosas, por quien la providencia distribuye á cada una su destino; porque la providencia comprehende de una vez to-

das las cosas, por diversas y por infinitas que sean; pero el hado las divide repartiéndolas en el movimiento, en los lugares, en las formas, y en los tiempos; de manera que esta disposicion de las cosas temporales, unida á la esencia de la mente divina, es providencia; y esta misma unida, arrimada y repartida en tiempos diferentes se llama hado; cosas, que aunque son distintas, pende la una de la otra; porque el destino fatal procede de la simplicidad de la providencia; y así como un artifice concibe primero en su idea la forma de lo que quiere forjar, y despues lo va poniendo por obra, y va fabricando poco á poco, y parte por parte lo que en su imaginacion maquina de una vez, y todo junto, del mismo modo dispone Dios con la providencia indivisible y establemente todo lo que ha de suceder; pero con el hado divide en muchas maneras y tiempos esto mismo que dispone. Ahora pues se execute la fuerza de los hados por algunos espíritus divinos, ministros obedientes de la providencia, ó por la alma que está sujeta á ellos, ó porque toda la naturaleza se les rinde, ó por la influencia de las estrellas, ó por la mano de algún ángel, ó por la sagacidad de los infernales espíritus, ó

por alguna cosa de estas, ó por todas juntas; lo cierto es que la divina providencia es aquella inmoble y absoluta forma de quantas cosas han de obrarse, y que el hado es una disposicion temporal y movable de todo aquello que la divina providencia dispuso; de donde nace que todo lo que está sujeto al hado, esté sujeto á la providencia, á quien está sujeto tambien el hado mismo; y que muchas cosas, en que predomina la providencia, sobrepujan la ley de los hados, como son las que, cercanas á la divinidad suprema, fixas en un ser, exceden la inestabilidad del fatal destino; porque así como entre muchos círculos que tengan por centro un mismo punto, el que está en lo intimo de todos ellos se acerca mas á lo estable de su medio, y, respecto de los demas que le cercan, viene á ser como exe en quien estriban; y al contrario, el superior de todos, ocupando mas extendido espacio, tiene que girar tanto mayor ambito quanto está mas apartado de la estabilidad de su centro; y así como si á este centro se juntase y uniese alguna cosa, vendría á quedar inmoble, de la misma manera está expuesto á mayores vavnes y vueltas del hado, lo que se aleja mas de la primera causa; y estará tan-

to mas exênta del hado qualquiera cosa, quanto estuviere mas vecina á aquel punto y centro de todas; y si llegare á unirse totalmente á la firmeza de la mente divina, se remontará, libre de todo movimiento, mas allá del destino de los hados. Es finalmente la varia inestabilidad del hado, respecto de la firme constancia de la providencia, lo que el discurso respecto del entendimiento, lo que el tiempo respecto de la eternidad, y lo que el círculo respecto del punto: este fatal orden impele el cielo y los astros; apacigua entre sí los elementos, y alternativamente los transforma de unos en otros; renueva todo lo que nace y muere así de plantas vegetativas, como de animales sensitivos, á estos, con la propagacion de sus partos, y á aquellas, con la fecundidad de sus simientes; ata tambien con indisoluble lazo las acciones y fortunas de los hombres; y pendiendo todas estas cosas de los inmóviles principios de la providencia, es forzoso que ellas tambien sean inmutables, porque el mas acertado gobierno de las cosas consiste en que, colocada en la divina mente su absoluta simplicidad, produzca la varia disposicion de tantas causas diferentes, y que el orden de la providencia refrene con su propia inmu-

tabilidad las cosas mudables, que, si las dexára correr libremente, vendrian á trocarse en temerarios sucesos; de donde nace que si bien á vosotros, que de ninguna manera llegais á comprehender lo concertado de esta opinion, os parece que anda todo confuso y revuelto, tienen sin embargo todas las cosas su ordenado modo que las dirige siempre hácia lo mejor; porque no hay cosa en el mundo que ni aun los mas iniquos hagan por solicitar el mal; sino que á estos, como habemos mostrado dilatadamente, los descamina su desdichado error quando van buscando el bien, sin que de ningun modo aquel orden superior, que descende del centro del sumo bien, haga desamparar á nadie su principio; pero ¿qué mas revuelta confusion, dirás, puede haber, que sucederles á los buenos ya lo adverso, ya lo próspero, y á los malos del mismo modo ya lo próspero, ya lo adverso? Pues qué, pregunto, ¿son por ventura tan infalibles los juicios de los hombres que es preciso que los que ellos imaginan que son buenos lo hayan de ser, y que sean malos los que á su placer lo son? Demas, que en esto vemos que se oponen los dictámenes de los hombres, pues juzgan unos por merecedores de premio á los que otros tie-

nen por dignos de castigo; pero demos caso que haya alguno que pueda discernir con certidumbre los buenos y los malos, ¿podrá por dicha éste reconocer aquella complexion extrinseca del animo? que de esta voy yo hablando como suele tratarse de la del cuerpo: no es semejante á esta la admiracion que ocasiona á quien ignora las causas, ver que en sana salud á unos les asienta lo dulce, á otros lo agrio; y que estando enfermos sanan algunos con medicamentos faciles, y á otros les aprovechan los fuertes; pero de ninguna manera admira esto al médico que conoce el temperamento y las calidades de su salud, y su enfermedad. ¿Cuál otra es pues la salud de los animos que las virtudes? ¿y cuál la dolencia sino los vicios? ¿y quién otro el que conserva los bienes y auyenta los males que el gobernador y médico de la mente humana Dios? quien desde lo sublime de su sabiduría y providencia conoce lo que se ajusta con la complexion de cada uno, y le aplica lo que vé que le conviene. Y de aquí procede aquella pasmosa admiracion que infunden los fatales destinos, que obrándolos quien los entiende, maravillan á quien los ignora. Y para concluir brevemente lo poco que el discurso hu-

mano puede sondar de la profundidad divina, ten por cierto que este que á tu parecer es tan justo, y tan perfecto á los ojos de la divina providencia, que lo registran todo, es muy diferente; y como dixo nuestro Lucano, describiendo la guerra de Pompeyo y Julio César, agradó mas á los Dioses la causa del vencedor, y á Caton la del vencido. Quanto vieres pues que sucede al contrario de lo que se esperaba, sábete que en los sucesos mismos es disposicion acertada, aunque en tu opinion sea confusion injusta. Pero supongamos que hay alguno de virtud tan cabal que se conformen en confesarlo así juntos el divino y los humanos juicios: quizá son tan débiles las fuerzas del animo de éste, que si le oprimiera alguna adversidad, titubearia en la virtud, juzgando que ella habia sido la causa de perder él su próspera fortuna: muéstrase pues favorable la providencia divina con aquel á quien pudiera malear la tribulacion, y no permite que trabaje quien no es á propósito para los trabajos. Hay otro tan lleno de virtudes, tan perfecto en santidad, y tan amigo de Dios, que tiene la providencia por injusto que le inquiete adversidad alguna, en tanto grado, que aun no da licencia para que lle-

guen á él ni las dolencias corpóreas; porque, como dice un aventajado filósofo, *las virtudes formaron el cuerpo del varón sagrado*; sucede tambien muchas veces que los gobiernos y cargos se encomiendan á los virtuosos, para que repriman las licenciosas maldades de los iniquos; á otros, siendo buenos, les reparte mezclado lo feliz con lo adverso, conforme la calidad de sus animos: refrena á algunos con la infelicidad, porque no corran á rienda suelta por los deleites de la próspera fortuna; permite que á otros acosen las desdichas, para que teniendo en que ejercitarse la paciencia, queden mas confirmadas las virtudes del animo: unos hay que temen mas que debieran lo que con facilidad pueden resistir; y otros que desprecian con altivez lo que no pueden tolar: á todos estos pues les exâminan las fuerzas las adversidades, para que con la experiencia cada uno reconozca hasta donde llegan sus brios. Muchos compraron á costa de una muerte nombre glorioso celebrado de su posteridad, y muchos, inexpugnables al rigor de los tormentos, fueron exemplar al mundo de que á la mas cruel batería de dolores es invencible la virtud, de cuyos lances no es dudable con qué buen orden y dispo-

sición se gobiernan, encaminándose siempre á la utilidad de los sugetos á quien suceden. Por las mismas causas tambien tienen los malos ya desdichados, ya felices sucesos; pero de los desdichados nadie se admira, porque todos juzgan que merecen justamente aquella desdicha, y que son castigos que Dios envia, para que aquellos á quienes alcanza el golpe se enmienden, y los otros á quienes avisa el exemplo se atemorizen. Mas de los prósperos sacan la cuenta los virtuosos de la poca estimacion que se debe hacer de aquella felicidad que tantas veces se franquea á los iniquos; lo qual, aunque no parece conforme á equidad, creo que se dispensa así, porque debe de ser tan importuno y precipitado el natural de muchos, que podría obstinarlo mas en sus maldades la sofrenada de la pobreza. Acude pues la providencia al alivio de la enfermedad de estos, concediendoles opulentas haciendas: á uno considerando lo dañado de su conciencia, y lo próspero de su fortuna, le sobresaltará el rezelo de que todas sus posesiones alegres pueden caer en el vagio de una pérdida triste, y mudará de vida con este medio, desviándose él de sus vicios, porque su fortuna no se desvie de él; despeñará á otros,

en merecidas ruinas, de la felicidad que sin méritos acrecentaron: permíteseles á otros la jurisdicción criminal para que sean causa de exercitar la paciencia de los buenos, y castigar la malicia de los malos; porque así como no se conforman los justos y los injustos unos con otros, tampoco pueden avenirse los injustos entre sí mismos, ¿qué mucho si se oponen cada uno de ellos á todos los demas en tan diversos vicios, y si tantas veces hacen cosas que en acabándolas de hacer conocen que no habian de haberlas hecho? De que se valió muchas veces aquella soberana providencia para el estupendo milagro de que los malos hagan á los malos buenos; porque conociendo alguno las vexaciones que otros hombres perversos les hacen con el odio que de sus injurias conciben, se acogen solícitos al sagrado de la virtud, por no asimilar-se en nada á los que tanto aborrecen; que solamente la divina disposición sabe hacer que resulte bien del mal; porque usando de los males como se debe, saca siempre el efecto de algun bien; que el orden universal lo comprehende todo de suerte, que qualquiera cosa que sale de su señalado destino viene á caer en el dominio de otro, porque no tenga poder

alguno lo casual en el reyno de la providencia; pero háceseme muy dificultoso explicar con razones el modo con que lo gobierna todo Dios, porque no es concedido al hombre describir con palabras, ni comprehender con discursos todas las portentosas máquinas de las divinas obras. Contentémonos pues con haber entendido que aquel soberano autor de la naturaleza dispone todas las cosas encaminándolas al bien; y que como gusta de conservar en su propia semejanza todo lo que crió, destierra de los términos de su república todo lo malo con el destino inviolable de su fatal orden; de modo que aunque el sentimiento comun se queja de que hay tantos males en el mundo, si se atiende á la providencia superior, se conocerá que no hay mal alguno. Pero ya veo que fatigado con el peso de la materia, y la prolixidad de la plática deseas la diversion de alguna poesía. Oyela pues, para que descansando un poco, prosigas con mas aliento en lo que resta.

METRO VI. DEL LIBRO IV.

*Si quieres ver con claridad el modo
con que lo rige toda, y lo gobierna
la providencia eterna, mira atento*

en ese firmamento las estrellas,
 que allí en sus luces bellas la paz dura,
 y en concordia segura siempre vive:
 nunca Apolo prohíbe, aunque abrasado,
 aquel influxo helado de Diana;
 ni por tarde ó mañana la Osa fría,
 que nunca se desvia del helado
 norte, tiene cuidado, ni deseo
 de dar mayor rodeo por bañarse
 donde mira ocultarse otras estrellas:
 con siempre iguales huellas pronostica
 las sombras que publica el cristalino
 lucero vespertino; y restituye
 el del alba quando huye ya la noche,
 del relumbrante coche del sol claro:
 así aquel amor raro, que en la esencia
 de la alta providencia siempre habita,
 esta union exercita eternamente,
 y obliga que se ausente del distrito
 superior infinito la discordia:
 esta santa concordia los violentos
 opuestos elementos en paz pone,
 y prouida dispone que aplacadas
 sus furias encontradas, el mas frio
 ceda tal vez su brio al mas ardiente:
 y tal el mas caliente al mas helado;
 que el incendio exhalado quando crece
 la llama, se enderece á lo sublime,
 y que el peso que oprime con su ultrage
 á la tierra, la baxe á lo profundo;

por esta causa al mundo nos conduce,
 las flores que produce la amorosa
 primavera olorosa, y el estío
 con el ardiente brio de sus meses
 las amarillas mieses nos sazona;
 despues fertil Pomona remanece,
 y las frutas ofrece que fecunda;
 luego en lluvias se inunda el torpe in-
 vierno;
 á este vario gobierno sin segundo
 quanto vive en el mundo su ser debe,
 y este mismo es quien mueve quanto vive,
 al fin que le apercibe con la muerte,
 con cuyo golpe fuerte lo sepulta,
 y del hado lo oculta lo violento:
 desde su inmenso asiento mira en tanto
 el gobernador santo quanto pasa;
 él da licencia, y tasa la licencia
 con alta providencia á los sucesos,
 que tacitos y expresos de él se rigen,
 como Rey, dueño, origen, señor, fuente,
 ley, y árbitro prudente de lo justo,
 y con freno robusto pasar suele
 quantas cosas impele el movimiento,
 y hace tener asiento á lo mudable;
 porque si su admirable y siempre rara
 ciencia no renovára los progresos,
 dieran fin los sucesos de todo ente,
 que ahora firmemente persevera;
 por este amor espera conservarse

todo, y encaminarse al fin perfecto, que no puede en efecto lo criado gozar durable estado, si aquel fino, supremo amor divino, cuyo afecto dió á todos ser perfecto, no volviera, y de sus causas reflexión hiciera.

PROSA VII. DEL LIBRO IV.

No comprendes pues ya lo que se viene á inferir de todo lo dicho? = ¿Qué? = Que qualquiera suerte es feliz. = ¿Cómo puede ser eso? = Como qualquiera fortuna, favorable ó contraria, sirve, ya para galardón ó exercicio de los buenos, ya para castigo ó enmienda de los malos, y no puede dexar de ser buena, supuesto que es justificada ó provechosa. = Eficaz y verdaderísima razón y sentencia fundada en tan firmes cimientos que prometen seguridad en qualquiera materia que discurramos, sea del hado, ó sea de la providencia; y así contémosla, si te parece, entre las que poco ha decidiste por indubitables. = ¿A qué fin? = Porque es comun muy usado estilo entre los hombres decir que les corre á algunos mala fortuna. = ¿Quieres pues que nos acerquemos un poco al estilo vulgar, por-

que no parezca que nos remontamos mas allá de los humanos límites? = Como gustares. = Dime pues, ¿pones tú duda en que lo que aprovecha es bueno? = No lo dudo. = Y la fortuna que exercita ó corrige, ¿no aprovecha? = Yo lo confieso. = ¿Luego es buena? = Es evidente. = Pues esta es la fortuna de aquellos que empeñados en la virtud ofrecen campo de batalla á las adversidades; ó la de aquellos, que huyendo del camino de los vicios, siguen el de la virtud. = No puedo negarlo. = Pues qué, ¿juzga acaso el vulgo que la fortuna, que se ofrece favorable por premiar á los buenos, es mala? = De ningun modo, sino que antes bien la tiene, como es justo, en concepto de la mejor. = Y la otra, que mostrándose rigurosa apremia con justos castigos á los malos, ¿júzgalas por buena la voz popular? = No, sino por la peor de quantas pueden suceder. = Pues guarda no sea que siguiendo las opiniones del vulgo, vengamos á inferir alguna consecuencia contraria á su opinion. = ¿Cómo? = Como de lo que está concedido se colige que qualquiera fortuna de los que estan en la perfeccion, en el aumento, ó en los principios de la virtud, es feliz; y que

para los que viven entregados á sus vicios qualquiera suerte es desdichada. = Así es verdad , aunque nadie se atreva á confesarlo. = Y así como no seria bien que un soldado valeroso maldixese la guerra al escuchar el payoroso estruendo del embestir , tampoco es justo que un varon sabio pierda el sufrimiento quando contraria la fortuna le toque á la arma ; porque la misma apretura del lance les sirve á entrambos de materia , á aquel para extender su gloria , y á éste para confirmar su sabiduría ; que esté que sabe atropellar las dificultades del vencer es el verdadero esfuerzo , y se llama así porque valiéndose de sus fuerzas no mas , nunca se rinde á las que se le oponen ; porque mientras andáis peregrinando en el camino de la virtud , no habeis de entregar el animo á las lisonjas del deleyte , ni á las caricias de los gustos , sino mantener sangrienta y rigurosísima contienda contra toda la enemistad de la fortuna. Ocupad pues constantemente una discreta medianía entre la favorable y la contraria ; para que ni ésta os amilane, ni aquella os ensoberbezca ; que en vuestra mano está el formaros la fortuna que gustáreis, porque la que parece mas

adversa , si se tolera con magnanimidad , perfecciona la virtud , exercitando el sufrimiento , ó sirve de correccion avisando algun descuido ; mas si se recibe con impaciencia , viene á ser azote que castiga la obstinacion.

METRO VII. DEL LIBRO IV.

*Por vengarse de una afrenta,
dexando á Troya abrasada,
el constante hijo de Atreo
dos lustrós vibró las armas:*

*Agamenon , deponiendo
el paterno amor , derrama
la roxa caliente sangre
de la cándida garganta*

*De su hija , y la sacrifica
por aplacar á Diana,
que á tanta costa dió viento
propicio á la Griega armada:*

*Lloró tiernamente Ulises
la grande sensible falta
de los soldados , que el fiero
Polifemo sepultaba*

*En su inmenso voraz vientre;
pero con industria sabia
tracó despues los lamentos
en gustos , con la venganza*

De haberle eclipsado astuto

la espantosa luminaria:

Hércules á sus trabajos

les debe toda su fama:

El fué quien á los Centauros

les castigó la arrogancia:

despojó al leon Neméo

de la piel que le adornaba:

De sus flechas las Harplas

fueron blanco, y luego aljaba:

robó las manzanas de oro

al dragon su fiera guarda.

Amedrentó al Cancerbero,

y le sacó aprisionadas,

con tres robustas cadenas

las tres voraces gargantas:

A los crueles caballos,

criados con carne humana,

les echó su impío dueño

para que lo devoráran:

Pereció la hidra, abrasado

su veneno: entre sus aguas

se ocultó Acheloo, viendo

vencidas todas sus trazas:

Sobre la arena de Libia

á Anteo postró: aplacada

dexó con su muerte Caco

del Rey Evandro la saña.

Con su espuma el javalf

manchó los hombros, que estaban

aguardando á ser columnas

de esa máquina estrellada:

Fué la postrera experiencia

de su valor, la constancia

con que su cuello inflexible

á Atlante alivió la carga:

Segunda vez mereció

el cielo por esta bazaña,

que antes se le dió por peso,

y despues por justa paga.

Seguid pues, ó valerosos

hombres, las nobles pisadas

de los varones ilustres,

que con su exemplar os llaman.

¿Por qué en ese ocio cobardes

temeis tanto las batallas:

si vencida la vil tierra,

el alto cielo se alcanza?

LIBRO QUINTO.

PROSA PRIMERA.

Acabó de decir esto, y ya encaminaba el hilo de su oracion á tratar de otras cosas diferentes; mas yo interrumpiéndola entonces; recta, dixes, y muy digna exhortacion de tanta autoridad como la tuya: pero ya toco con las manos, y conozco por la experiencia lo que poco ha dixiste, que la question, acerca de la providencia, venia eslabonada

la espantosa luminaria:

Hércules á sus trabajos

les debe toda su fama:

El fué quien á los Centauros

les castigó la arrogancia:

despojó al leon Neméo

de la piel que le adornaba:

De sus flechas las Harplas

fueron blanco, y luego aljaba:

robó las manzanas de oro

al dragon su fiera guarda.

Amedrentó al Cancerbero,

y le sacó aprisionadas,

con tres robustas cadenas

las tres voraces gargantas:

A los crueles caballos,

criados con carne humana,

les echó su impío dueño

para que lo devoráran:

Pereció la hidra, abrasado

su veneno: entre sus aguas

se ocultó Acheloo, viendo

vencidas todas sus trazas:

Sobre la arena de Libia

á Anteo postró: aplacada

dexó con su muerte Caco

del Rey Evandro la saña.

Con su espuma el javalf

manchó los hombros, que estaban

aguardando á ser columnas

de esa máquina estrellada:

Fué la postrera experiencia

de su valor, la constancia

con que su cuello inflexible

á Atlante alivió la carga:

Segunda vez mereció

el cielo por esta bazaña,

que antes se le dió por peso,

y despues por justa paga.

Seguid pues, ó valerosos

hombres, las nobles pisadas

de los varones ilustres,

que con su exemplar os llaman.

¿Por qué en ese ocio cobardes

temeis tanto las batallas:

si vencida la vil tierra,

el alto cielo se alcanza?

LIBRO QUINTO.

PROSA PRIMERA.

Acabó de decir esto, y ya encaminaba el hilo de su oracion á tratar de otras cosas diferentes; mas yo interrumpiéndola entonces; recta, dixé, y muy digna exhortacion de tanta autoridad como la tuya: pero ya toco con las manos, y conozco por la experiencia lo que poco ha dixiste, que la questão, acerca de la providencia, venia eslabonada

con otras muchas; porque pregunto ahora, ¿es cierto que hay en la naturaleza esto que llaman casualidad? y si la hay ¿qué cosa es segun tu sentir? Voyme dando priesa, respondió á esto ella, por acabar de satisfacerte la deuda de mi promesa, y abrirte camino por donde vuelvas á tu dulce patria; y estas disputas, aunque provechosas, son distintas de nuestro propósito, y se puede temer que si te fatigas tanto en los rodeos, te falte aliento despues para acabar el camino derecho. = No rezeles eso, porque antes bien me servirá de descanso el entender estas dudas en que tanto me deleyto; fuera de que pues hasta aquí han sido tus decisiones indubitables en todo, no es justo que las restantes sean dudosas en nada. = Quiero darte gusto: aunque hay quien difina el acaso, diciendo que es un suceso, ocasionado de un temerario movimiento sin conexiõn alguna de causas, yo afirmo que de ninguna manera hay caso; y digo, que solamente es una voz vana, sin que signifique cosa alguna; porque gobernándolo Dios todo, ¿qué lugar puede dexar vacío su providencia donde halle cavida la temeridad? Pues que nada procede de nada, es sentencia tan verdadera que ninguno de los antiguos la contradixo jamás,

(aunque esta proposiciõn no la entendian ellos de aquel primer principio, sino del natural sugeto); pero si hubiera alguna cosa, que se originase de ninguna causa, bien se vé que ésta habria procedido de nada; y si esto no es posible, tampoco lo es que el acaso sea como le definimos poco ha. = Pues qué ¿no hay nada que pueda llamarse con propiedad acaso, ó fortuito; ó hay en la verdad algo (aunque lo ignore el vulgo) á que le vengan ajustados estos nombres? = Mi Aristóteles declaró esto en su fisica con sucinta, y verosimil razon. = ¿De qué modo? = Todas las veces que al irse á hacer alguna cosa determinada, sucede por algunas causas otra diversa de la que se intentó, se llama acaso; como si uno por cultivar su heredad, acertase á descubrir una cantidad de oro que estuviese allí oculta que esto se creeria que era fortuito; pero bien mirado, no carece de origen, porque tiene sus especiales causas, de cuyo inopinado concurso se formó el acaso: porque si el agricultor no cavára la tierra, y si no hubiera sepultado allí mismo su tesoro el avariento, no se hubiera encontrado el oro: estas son pues, las causas de lo fortuito, que se compone de la impensada union de

las causas, no de la prevenida intencion del que las obra, porque ni el que escondió el oro, ni el que labró el campo, intentaron que se hallase aquel dinero; sino que, como digo, sucedió que donde le puso aquel, cavase éste; y así acertaron á concurrir dos causas: puédesse pues definir el acaso diciendo, es un inopinado suceso en lo que se hace con diferente intencion, procedido de causas que se juntan en él; pero quien dispone que concurren, y se juntan, es aquel orden fatal de inevitable destino, que originándose de la fuente de la providencia, distribuye cada cosa á su lugar, y á su tiempo.

METRO I. DEL LIBRO V.

*En los montes de Armenia
donde el Sármeta fiero,
volviéndole la espalda,
clava al contrario el pecho,*

*El Tigris y el Eufrates
tienen un nacimiento,
y dividen sus aguas
despues á poco trecho:*

*Si vuelven á juntarse
otra vez, confundiendo
sus ondas fugitivas,
estrechadas á un seno,*

*Uniránse confusos,
mezclaránse revueltos,
todos quantos despojos
trae cada uno de ellos:*

Toparánse los barcos,

*y los troncos groseros,
que al furor de las aguas
sus raices perdieron;*

*Y las ondas mezcladas,
su curso entretexiendo,
harán que entre ellos haya
fortuitos encuentros;*

*Pero los que á la vista
son casuales sucesos,*

*y andan sobre las ondas
vagando sin concierto,*

*Se gobiernan precisos,
porque les van sirviendo
las quiebras de la tierra
de arcaduces secretos,*

*Por donde se encaminan
sin que pueda ser menos,*

*sus rápidas corrientes,
porque han de ir descendiendo;*

*Así quanto parece
que camina sin freno,
por alta ley precisa
al freno está sujeto.*

PROSA II. DEL LIBRO. V.

Ya ahora lo advierto, dixe, y conozco que es puntualmente así como tú lo explicas; pero pregunto; ¿puede haber en medio de este inviolable destino de las causas la libertad de nuestro albedrío, ó está tan apretada la cadena del orden fatal que aprisiona y cautiva las acciones humanas? No hay duda que cabe, respondió; porque no pudiera haber naturaleza racional si el albedrío no gozara la inmunidad de ser libre; porque aquello que naturalmente pueda valerse de la razón, es lo que tiene conocimiento para discernir por sí mismo en cada cosa cuál sea aborrecible, y cuál amable; y cada uno solicita lo que juzga que es amable, y abomina lo que le parece aborrecible; de modo que los que alcanzan razón para conocer, tienen también libertad para querer ó no querer; pero esta libertad no es una misma en todos; porque en las superiores divinas sustancias se junta conocimiento infalible, voluntad pura y eficaz, posibilidad para poner en execucion sus deseos con prontitud; pero las almas humanas necesariamente han de gozar de

libertad mas absoluta quando se conservan en la idea de la mente divina, y de algo mas limitada, quando desprendidas de allí se infunden en los cuerpos, y de mucho mas escasa quando se dedican á cuidados terrestres; pero quando, arrojadas de los vicios, caen de aquella excelencia de la propia razon, quedan ya en la mas abatida y ultima servidumbre; porque al instante que apartan los ojos del esplendor de la suma verdad, y los ponen en lo inferior y tenebroso, se confunden con la nube de la ignorancia, y se turban con dañosos efectos; en cuyo engaño, cebadas y divertidas cooperan á doblar las prisiones, y la esclavitud en que ellas mismas se metieron, y son en cierto modo cautivas de su propia libertad; todo lo qual descubren y registran aquellos perspicaces ojos de la providencia que desde ab eterno lo mira todo, y distribuye á cada uno lo que le está apercibido, según sus obras, por quien todo lo vé, y lo oye todo.

METRO II. DEL LIBRO V.

*Cantó Homero de Febo el esplendor,
siendo así que no pueden penetrar
hasta el centro sus luces, ni sondar
lo profundo del golpe su calor:*

*¡Qué al contrario del orbe el Hacedor!
porque sin que le pueda deslumbrar
la tierra con su torpe embarazar,
la noche con su lóbrego terror,
Quanto fué, quanto es hoy, quanto ha
de ser,*

*de una vez sola llega á discurrir,
y de una vez lo sabe conocer;*

*T' pues solo él lo puede distinguir
todo, y todo lo puede él solo ver,
que es verdadero sol podrás decir.*

PROSA III. DEL LIBRO V.

Ves aquí, dixé yo entonces, que me hallo confuso segunda vez en otra duda mayor: ¿y cuál es? dixó ella, porque ya conjeturo las que te pueden ocurrir. = Parece pues que totalmente implica y repugna que Dios lo antevea todo, y que el albedrío quede con libertad; porque si todo lo mira Dios, y no es posible que

pueda engañarse, forzoso es que suceda todo aquello que la providencia conoció que habia de suceder; de modo que si desde ab eterno tiene vistas ya, no solo las acciones, sino las voluntades y los pensamientos de los hombres, no puede el albedrío gozar de libertad alguna, porque nunca podrá haber otra accion, otra voluntad, ni otro pensamiento que los previstos de la infalible providencia; porque si fuera posible que se mudaran á diferentes intentos de los que vió aquella ciencia anticipada, ya no vendria á ser ciencia, sino una incierta opinion, cosa indigna de imaginarse en Dios; ni me satisface tampoco aquella razon con que piensan algunos que disuelven la dificultad de esta duda, diciendo, que no porque la providencia supo que habia de suceder una cosa es fuerza que haya de suceder; sino antes bien al contrario, porque lo que ha de suceder no se le puede ocultar á la providencia; y de esta manera fuerza será que se infiera esto al reves, porque no es preciso que suceda lo que ve la providencia, sino que es forzoso que la providencia vea lo que ha de suceder; como si tratáramos ahora de averiguar qual se origina de qual, quieró decir, si la providencia es causa de lo

preciso de los sucesos futuros, ó si lo preciso de los sucesos futuros es causa de la providencia, y no fuera nuestra intencion ir á probar que ahora nazca esto de aquello, ahora proceda aquello de esto, siempre habrá de suceder necesariamente todo lo que está previsto, aunque no parezca que impone la providencia necesidad á los sucesos futuros; porque si está sentado un hombre, fuerza es que la opinion que juzga que está sentado sea verdadera; y tambien á la trocada, si la opinion que juzga de uno que está sentado es verdadera, preciso es que aquel esté sentado; luego en entrambos hay necesidad precisa, en aquel hombre de estar sentado, y en la opinion de ser verdadera; más no por esto está uno sentado, porque la opinion que lo juzga así es verdadera, sino que antes bien es verdadera esta opinion porque precedió el estar aquel sentado, de modo que procediendo la verdad de una de las dos partes, en ambas á dos viene á resultar necesidad comun; y esto mismo se puede discurrir acerca de la providencia, y de las cosas futuras, porque aunque sea verdad que están previstas porque han de suceder, y que no han de suceder porque no están previs-

tas, con todo eso es forzoso, ó que prevenga Dios lo que ha de ser, ó que sea lo que previno Dios; y esto solo basta para impedir su libertad al albedrío, fuera de qué, ¿quán indigna cosa es decir que los sucesos de las cosas temporales son causa de la eterna providencia? Porque ¿qué mas tiene juzgar que previene Dios las cosas futuras, porque han de suceder, que creer que las que sucedieron mucho ha son causa de su providencia divina? Demas, que así como quando sé con certidumbre que una cosa es preciso que sea, del mismo modo quando conozco que ha de ser algo, es forzoso que haya de ser, de manera que los sucesos previstos son inevitables; y ultimamente, si alguno piensa alguna cosa al contrario de lo que es, ésta no solo no es ciencia, sino una opinion falible y erronea, muy distante de lo verdadero de la ciencia, de modo que si hay alguna cosa que esté tan en duda si ha de suceder ó no, que no sea cierto y necesario su efecto, ¿cómo se podrá saber de esta que ha de suceder? Porque así como la ciencia misma es pura, y sin mezcla de falsedad; así tambien lo que se concibe en ella no puede dexar de ser así como se concibe; que la causa de ser la ciencia

libre de mentira y engaño, es porque es fuerza que cada cosa sea así como la comprehendió la ciencia; ¿pues cómo sabe Dios estas cosas inciertas y futuras? Porque si juzga que inevitablemente han de suceder (siendo así que es posible que no sucedan) padece engaño, cosa que no solo el sentirla, pero el pronunciarla es blasfemia. Mas si entiende que han de suceder así como son en sí, conociendo que igualmente pueden ser, y dexan de ser; ¿qué profetica ciencia es esta que nada sabe de cierto, y nada comprehende con seguridad? ¿ó en qué se distingue esto de aquel ridículo vácimo de tiresias, quando digo será ó no será? ¿y en qué vendrá á aventajarse la divina providencia á la opinion humana, si del mismo modo que los hombres juzga con incertidumbre las cosas cuyos efectos son inciertos? Y si no puede haber cosa de incertidumbre en aquella fuente segurísima de todas las cosas, fuerza es que sean ciertos los sucesos de las cosas que él firmemente supo que habian de suceder; con que no vendrá á quedarles libertad alguna á las acciones, ni á los pensamientos humanos, pues la mente divina, que lo vé todo, sin engañarse en nada, los apremia, y los reduce á un señalado efecto; y asen-

tada esta opinion luego saltan á los ojos los inconvenientes que de ella resultan, y los absurdos que se siguen; porque ociosamente se previenen premios y castigos á buenos y á malos si no hay accion libre y voluntaria que los merezca; y parece que será la cosa mas iniqua del mundo esta que ahora se tiene por tan justificada, el castigar á los ímprobos, y remunerar á los virtuosos; pues no los encamina á la virtud ni al vicio su voluntad propia, sino que los arrastra el preciso destino de lo que ha de ser, y así no serán otra cosa los vicios y las virtudes que una mezclada y revuelta confusion de los méritos de todos, que es la cosa mas indigna que se puede pensar, pues procediendo el órden de todas las cosas de la divina providencia, y no pudiendo hacerse nada por arbitrio humano, se infiere que todos nuestros vicios se han de atribuir al supremo hacedor de todos los bienes. Ni tampoco hay segun esto que esperar ni pedir nada; porque ¿de qué ha de valer el pedir ni el esperar, si todo quanto puede desearse está puesto en lo inexorable é inflexible del destino? Vendráse pues á extinguir aquel unico comercio que hay de los hombres á Dios de súplicas y esperanzas; porque

con lo que solemos alcanzar el inestimable galardón de la divina gracia es aprecio de una reconocida humildad, que es solamente el estilo con que parece que pueden tratar los hombres con Dios, y unirse á aquella inaccesible luz, aun antes de concedérseles lo que intenta su ruego; y si dando por asentada la precisa necesidad de lo futuro, creemos que no tienen fuerza alguna las plegarias, ¿con qué escala podremos subir á juntarnos y unirnos con aquel Soberano principio? Con que será preciso que todo el género humano descompuesto y desbaratado, como poco ha contaste, quede imposibilitado de ascender á la fuente de su origen.

METRO III. DEL LIBRO V.

¿Cuál oculta causa,
con tanta discordia
desune y disuelve

la union de las cosas?

¿Qué Dios introduxo
que tanto se opongan
dos verdades, que ambas
en serlo conforman?

Pues siendo cada una
segura, y que consta
de por sí, al juntarse

luego desconforman:

¿O es que entre ellas nunca
desunion se topa,
y entre sí se ajustan
siempre unas con otras?

Mas la mente humana
ciega con las sombras
de los torpes miembros
en donde se emboza,

Discernir no puede
con su vista corta
los sutiles lazos
con que se aprisionan:

Mas ¿por qué procura
descubrir ansiosa,
de lo verdadero
las causas mas hondas?

¿Sabe ya por dicha
qué es lo que curiosa
saber solicita?

¿pues quién se congoja
Nunca por saber

las cosas notorias?

¿y qué busca á ciegas
si es que las ignora?

Porque ¿quién jamás
desea una cosa,
sin que sepa si es
util, ó dañosa?

¿O quien podrá hallar

cosas tan remotas,
que aun á la noticia
son dificultosas?

¿O qual ignorante
habrá que conozca
aquel sitio donde
lo que él busca mora?

T caso que encuentre
donde se coloca,
¿cómo ha de poder
conocer su forma?

O es que quando estuvo
nuestra mente heroyca
junto á aquella idea
alta y misteriosa,

Universalmente
entendió las cosas,
y supo distinta
cada una de todas;

T ahora metida
en la embarazosa
estancia del cuerpo
que el discurso embota,

No lo olvida todo,
pues tiene memoria
por mayor, y pierde
la individual sola:

T así el que investiga
las verdades, toca
un medio, en el qual

ni sabe, ni ignora;
T aquellas especies
confusas le informan,
de suerte que añade,
con ansia estudiosa,

A la universal
memoria que aun goza,
la parte olvidada,
que de ella se borra;

PROSA IV. DEL LIBRO V.

No es de ahora, dixo ella entonces,
formar semejantes quejas, y publicar ta-
les sentimientos de la providencia. Ques-
tion fué bien yivamente ventilada de
Marco Tulio en el tratado donde expre-
só las diferencias y especies de la divi-
nacion; y materia, en cuya investigacion
has empleado tú mucho tiempo, y no
menos solicitud; pero tras todo esto, de
ninguno de vosotros ha sido hasta ahora
bastantemente averiguada; y la causa de
esta confusion es, que no puede la com-
prehension del humano discurso remon-
tarse tanto que llegue á la simplicidad y
pureza de la providencia divina; porque
si esta pudiera comprehenderse de algu-
na manera, quedaran declaradas todas

las dudas, en cuya explicacion me empeñaré despues que haya descubierto ya los motivos de tu confusion; porque pregunto, ¿qué razon hallas para que te parezca poco eficaz la de la solucion de este argumento, quando responde que pues la providencia no impone necesidad á las cosas futuras, no se impide la libertad del albedrío por la providencia? Porque dime, ¿hallas tú acaso otra razon de que inferir la necesidad de lo futuro, sino de que no puede dexar de suceder aquello que está previsto? Pues si este conocimiento anticipado de lo que ha de ser no impone necesidad alguna á lo futuro, cómo poco ha lo confesabas tú mismo, ¿de dónde coliges que los sucesos voluntarios de las cosas se han de estrechar á lances precisos? Y para declarar lo mas, pongamos caso que no hubiese en Dios esta ciencia de saber las cosas antes que sucedan; pregunto, ¿quedarían atadas á la necesidad, conforme á tu argumento, las que penden del albedrío? De ningun modo. Supongamos ahora que se halla esta ciencia en Dios, pero que no oprime las cosas, ni las obliga á necesidad alguna; en su misma exención quedará á mi parecer, y tan absoluta como antes la libertad del libre albedrío;

pero dirás que si bien está ciencia profética no impone necesidad á los casos futuros, con todo eso, es un evidente indicio, y una señal infalible de que necesariamente han de suceder así; pues según esto aunque no hubiera este conocimiento anticipado vendrian á ser necesarios los sucesos de lo futuro; porque á lo mas que se extiende la fuerza de qualquier indicio es á señalar lo que ha de ser; pero no á obrar lo que señala; y así para que se conozca que la providencia es signo de esta necesidad de lo por venir, se ha de probar primero que no hay suceso que se exima de la necesidad; porque de otra suerte si ésta no tiene dominio en todo, tampoco aquella podrá ser indicio de cosa que no tiene ser; fuera de que es asentado que para ser verdadera una prueba y, fundarse en razones sólidas, no ha de deducirse de indicios ni argumentos superficiales ó extrínsecos, sino de las causas propias y necesarias. Pero ¿cómo puede ser, dirán, que no suceda aquello que la providencia antevió que habia de suceder? como si nosotros tratásemos de decir que puede no efectuarse lo que la providencia conoció, y no fuese nuestra intencion dar por asentado, que aunque suceda todo como lo comprendió ella, con to-

do eso no le obligó necesidad alguna á suceder así; como lo podrás entender mejor de este simil. Vemos que se está obrando delante de nuestros ojos alguna cosa, como digamos ahora aquella velocidad y presteza con que en el Romano circo vau dando con sus ágiles carrozas los diestros cocheros breves tornos á la columna que sirve de punto á los círculos que giran, y de centro á la circunferencia que rodean, y otras acciones de este género; pregunto; está obligada alguna de estas á suceder así necesariamente? De ningún modo; porque inútil sería el primor del arte si se gobernase todo compelido de la necesidad. Las cosas pues que al obrarse estan exêntas de esta necesidad y ley precisa; tambien antes que se obrasen habian de suceder sin ley precisa ni necesidad alguna. De manera que han de suceder muchas cosas cuyos sucesos son absolutos y libres de toda violencia; porque no me parece que habrá nadie que diga que las que ahora suceden, antes que sucediesen no habian de suceder: luego estas, aunque previstas, tienen libres los efectos; porque así como el mirar el presente no impone necesidad á lo que se hace, tampoco el antever lo futuro quita la libertad á lo que se ha de hacer; pero esto mismo dirás

es lo que se duda, si puede haber providencia alguna de cosas que no son precisas, porque parece que implica, y que si se llegan á prevenir, ya vienen á quedar sujetas á la necesidad; y que si falta esta necesidad, no es posible que se puedan prevenir, porque no puede haber cierta ciencia sino de solo lo cierto; y que si mira la providencia como ciertas las cosas que estan expuestas á inciertos lances, no será ciencia infalible, sino opinion dudosa; porque juzgar una cosa al contrario de lo que es, está muy léjos de la perfeccion de ciencia: y la causa de este engaño es que cada uno juzga que las cosas que conoce y vé, las vé y conoce, no segun su propia virtud de él, sino conforme su esencia de ellas, lo qual es totalmente al reves; y para que esto se manifieste con un exemplar breve, se debe advertir que la redondez de un mismo globo la reconoce la vista de una manera, y el tacto de otra: aquella desde léjos exâmina de una vez todo su vulto con los rayos que dilata: éste desde cerca registra poco á poco su cuerpo esférico con las partes que toca; y aun al hombre mismo le comprehenden de diversos modos el sentido el instinto, el discurso y la inteligencia; porque el sentido discierne en la sujeta

materia la forma; el instinto conoce la forma sin la materia; el discurso pasa mas adelante, y comprehende con universal especulacion aquella particular naturaleza que se distribuye en partes, y la inteligencia tiene mas perspicaz vista; porque remontándose mas allá del universal distrito, mira aquella misma forma simple con los ojos de su idea purísima en que se debe reparar que la virtud superior de comprender abraza y contiene dentro de sí á la inferior; pero ésta de ningun modo puede hombrear con aquella; porque ni el sentido estiende su jurisdiccion fuera de la materia, ni el instinto registra las universales especies, ni el discurso comprehende la forma simple; mas la inteligencia, como quien ocupa el mas supremo grado, concibiendo en su idea la forma, distingue todo lo que baxo de ella se incluye, y lo comprehende del propio modo que la forma misma, que de ninguna otra virtud es comprehensible; porque conoce lo universal del discurso, lo formal del instinto, y lo material del sentido, sin valerse de sentidos, de instinto, ni de discurso, sino registrándolo formalmente de una vez todo y para decirlo así, con una ojeada no mas de su mente. Tambien el discurso, quan-

do mira alguna cosa universal, comprehende lo imaginable y lo sensible sin valerse de la imaginacion, ni los sentidos; porque la definicion de lo universal de su concepto es esta: *el hombre es animal racional, de dos pies*, el qual aunque es universal conocimiento, y aunque se considere con racional concepto, y no con la imaginacion ni los sentidos, con todo eso nadie ignora que lo que aquí se define es sensible é imaginable. La imaginacion tambien, si bien debió su origen á los sentidos del ver y figurar las formas, con todo eso de ellos separada comprehende qualquiera cosa de las sensibles; sin que las eche menos, con sola su imaginativa. No adviertes pues, cómo para conocerlo todo le sirve mas á cada uno su naturaleza propia que la de las cosas que se conocen? y esto no sin mucha razon; porque siendo qualquiera juicio acto del que juzga, es preciso que cada uno perfeccione su obra, no por la agena, sino por su propia virtud.

METRO IV. DEL LIBRO V.

*De la estoica secta antiguamente
habia unos Filósofos confusos,
que defendian que la humana mente*

materia la forma; el instinto conoce la forma sin la materia; el discurso pasa mas adelante, y comprehende con universal especulacion aquella particular naturaleza que se distribuye en partes, y la inteligencia tiene mas perspicaz vista; porque remontándose mas allá del universal distrito, mira aquella misma forma simple con los ojos de su idea purísima en que se debe reparar que la virtud superior de comprehender abraza y contiene dentro de sí á la inferior; pero ésta de ningun modo puede hombrear con aquella; porque ni el sentido estiende su jurisdiccion fuera de la materia, ni el instinto registra las universales especies, ni el discurso comprehende la forma simple; mas la inteligencia, como quien ocupa el mas supremo grado, concibiendo en su idea la forma, distingue todo lo que baxo de ella se incluye, y lo comprehende del propio modo que la forma misma, que de ninguna otra virtud es comprehensible; porque conoce lo universal del discurso, lo formal del instinto, y lo material del sentido, sin valerse de sentidos, de instinto, ni de discurso, sino registrándolo formalmente de una vez todo y para decirlo así, con una ojeada no mas de su mente. Tambien el discurso, quan-

do mira alguna cosa universal, comprehende lo imaginable y lo sensible sin valerse de la imaginacion, ni los sentidos; porque la definicion de lo universal de su concepto es esta: *el hombre es animal racional, de dos pies*, el qual aunque es universal conocimiento, y aunque se considere con racional concepto, y no con la imaginacion ni los sentidos, con todo eso nadie ignora que lo que aquí se define es sensible é imaginable. La imaginacion tambien, si bien debió su origen á los sentidos del ver y figurar las formas, con todo eso de ellos separada comprehende qualquiera cosa de las sensibles; sin que las eche menos, con sola su imaginativa. No adviertes pues, cómo para conocerlo todo le sirve mas á cada uno su naturaleza propia que la de las cosas que se conocen? y esto no sin mucha razon; porque siendo qualquiera juicio acto del que juzga, es preciso que cada uno perfeccione su obra, no por la agena, sino por su propia virtud.

METRO IV. DEL LIBRO V.

*De la estoica secta antiguamente
habia unos Filósofos confusos,
que defendian que la humana mente*

los sentidos é imágenes recibe
 de lo exterior del cuerpo donde vive,
 así como en la tersa
 campaña del papel la veloz pluma
 formar las letras suele:
 mas si la mente humana por sí no hace
 jamás acción alguna, y siempre yace
 sujeta á las imágenes del cuerpo,
 y solamente, como fiel espejo,
 retrata en su reflexo
 las formas que proceden del sentido,
 al ánimo; de dónde le ha nacido
 este tan general conocimiento
 con que lo alcanza todo?
 ¿quál superior esfuerzo tan atento
 advierte en cada cosa, y ya advertidas
 las distingue? y despues de distinguidas
 ¿quién las reduce á un lazo, y las recoge?
 ¿quién las sendas escoge
 alternativamente,
 ya subiendo á lo sumo, á lo eminente;
 ya baxando á lo humilde, á lo abatido?
 ¿y cómo, finalmente,
 haciendo parangon de sí, á sí propia
 el alma allá en lo oculto y escondido
 de su idea convence con la cierta
 de la verdad de la opinion lo incierto?
 Esta superior, alta, sabia mente
 es la causa eficiente,
 y mucho mas sublime,

que la que, á modo de materia, sufre
 el carácter ó forma que la imprime
 otra superior mano:
 verdad es que precede de antemano
 algun afecto corporal, que excita,
 despierta, aviva, mueve, avisa, incita
 los afectos del animo,
 como quando la luz yere los ojos,
 ó resuena la voz en el oido;
 y entonces conmovido
 el vigor de la mente,
 llamando las especies semejantes
 á las que el cuerpo siente,
 las proporciona á aquella exterior forma,
 que el sentido le informa,
 y mezcla estas imágenes
 á las que retiradas
 en lo mas interior viven guardadas.

PROSA V. DEL LIBRO V.

Y si para conocer los objetos, aunque
 es verdad que las formas que se ofrecen
 excitan los sentidos exteriores, y que al
 vigor del ánimo precede algun corporal
 afecto, que va sirviendo de norte por
 donde gobierne sus operaciones el enten-
 dimiento, y despierta las formas que ya-
 cen sosegadas en lo intrínseco de la idea;
 si para conocer los objetos, digo, no se

transforma la mente humana en las especies que á los sentidos del cuerpo se les proponen, sino que las percibe y discierne por su propia virtud; y conforme su naturaleza propia; cuánto mas cierto es que aquello que está libre y exento de todo género de pasión corporal, se valdrá de la pureza de su mente, sin que tenga necesidad de seguir las pisadas de los objetos exteriores para conocerlos? Y así por esta razón reparó la naturaleza varias especies de conocimientos á diferentes géneros de animales; porque á los inmovibles, como son las conchas del mar, y todas las demas sabandijas que nacen arraigadas á los peñascos, les enpo solamente el sentido, sin que se mezclase con él otro conocimiento alguno. Mas á los brutos movibles, en quien parece que reyna algun afecto de huir y de apetecer, se les infundió el instinto; pero el discurso es prerogativa de que solamente goza el humano género; así como la inteligencia se halla no mas que en el divino; de donde procede que aquella noticia, que no solo comprehende su propio objeto, sino que abraza tambien los objetos de las demas, sea mas excelente que todas. ¿Qué seria pues, si el sentido y el instinto quisiesen oponerse al discurso, diciendo que

lo universal que él juzga que conoce no tiene realidad, y que es no mas que un ente de razón; porque lo que es sensible ó imaginable no puede ser universal; y que segun esto, ó no podía haber cosa que fuese sensible si la opinion del discurso era cierta, ó pues sabia él que en el sentido y el instinto se comprehendian tantos objetos, era vano el juicio que hacia, considerando como universal lo singular y sensible? Y si el discurso repliease contra esto, que él conocia en razón de universal quanto es imaginable y sensible; pero que ellos no podian remontarse hasta el conocimiento de lo universal, porque su noticia no puede pasar de las corporales formas; ¿y qué mas crédito se debe dar al mas firme, perfecto, y superior conocimiento? Nosotros pues, en quienes se incluyen todas las calidades, así de discurrir como de imaginar y sentir, ¿no era preciso que en semejante controversia nos hiciesemos á la vanda del discurso? Pues lo mismo viene á ser, que el discurso humano juzgue que no puede la inteligencia divina percibir lo futuro sino como él lo percibe; porque el argumento que haces es éste: si hay alguna cosa que dexé de estar sujeta á necesarios y precisos sucesos, no podrá saberse de ella

que ha de suceder precisamente ; luego no hay ciencia que conozca anticipadamente semejantes cosas ; y si creemos que la hay en estas tambien , no habrá suceso que no sea preciso. Si como somos pues capaces de discurso , pudieramos alcanzar tambien la profundidad de la mente divina , así como nos ha parecido que el sentido y la imaginacion deben ceder al discurso , del mismo modo juzgaramos que el discurso humano debe sujetarse á la mente divina. Arribemos pues si es posible á la encumbrada cima de aquella superior inteligencia , que allí verá el discurso lo que no alcanza á ver en sí propio ; verá allí, digo, como aun lo que está expuesto á inciertos y varios lances lo mira la providencia con seguridad y certidumbre , sin que esta sea opinion falible , sino pureza de aquella ciencia suma que excede el distrito de todo límite.

METRO V. DEL LIBRO V.

*De quán distintas formas
diversos animales
con tantas diferencias
son de la tierra varios habitantes!*

*De prolongados cuerpos
hay algunos que barren.*

*el polvo con el pecho,
y van arando surcos desiguales;*

*Otros con leves plumas
cortando el viento fácil*

*ó alados peces nadan
el anchuroso golfo de los ayres;*

*Hay otros cuyas huellas
imprimen las señales*

*de las plantas , y habitan
ó en campos verdes , ó en sombríos valles.*

*Mas aunque en las figuras
tan diferentes nacen,*

*en llevar se parecen
á la tierra inclinados los semblantes.*

*Solo el hombre entre todos
levantado le trae,*

*y con derecha forma
parece que desdeña el suelo grave.*

*Tu forma pues te avisa,
ó mortal! que pues sabes*

*á mirar con frente altiva,
y sublimado rostro el cielo amable,*

*Tambien del mismo modo
el ánimo levantes,*

*porque , pues sube el cuerpo,
na quede el alma en mas humilde parte.*

PROSA VI. DEL LIBRO V.

Y pues, como se declaró poco ha, todo lo que se llega á entender se conoce no por su naturaleza propia, sino por la de aquel que lo comprehende, exáminemos ahora quanto fuere posible qual sea la esencia de la divina substancia, para que así podamos alcanzar tambien qué ciencia sea la soya. Comun sentir es en los dictámenes de todos que Dios es eterno; consideremos pues qué cosa sea la eternidad: porque esta nos dará á entender de una vez la naturaleza, y ciencia divina: es pues la eternidad *una posesion perfecta, y toda junta, de una vida interminable*; lo qual se declara mejor cotejándolo con lo temporal, porque todo lo que viene en el tiempo, llegó de lo pasado á lo presente, y baxa de lo presente á lo por venir y no hay en el tiempo cosa que pueda abrazar de una vez todo el espacio de su vida junto; porque el dia de ayer le perdió ya, y el de mañana no le tiene aun, ni el mismo dia presente de hoy se vive mas dilatado término que aquel: transitorio y deleznable momento, y todo aquello que sigue la inconstancia del tiem-

po, aunque como del mundo lo juzgó Aristóteles, nunca hubiese empezado, ni hubiese de acabar nunca, y corriese parejas su vida con la eternidad, abin no vendría á ser de tal calidad que propiamente pudiera llamarse eterno; porque si bien es sin límite su vida, no la abarca ni posee toda junta, ni á un mismo tiempo; porque lo futuro aun no lo goza, y lo pasado ya no lo tiene. Aquel pues se llamará con propiedad eterno, que comprehende, y abraza juntos, y de qua vez los colmos de una vida interminable, sin que nido por venir esté ausente para él nido preterito haya huído de su presencia, y este precisamente, conociéndose á sí mismo, habrá de asistirse presente siempre, y tener presente tambien la infinidad del tiempo movable; en que se vé quán más fundados van algunos que oyendo decir que juzgó Platon que este mundo ni tuvo principio de tiempo, ni habia de tener fin, se persuaden á que segun esto viene á ser eterna esta fábrica del mismo modo que lo es su hacedor; porque una cosa es durar, y permanecer todo el infinito espacio de una vida interminable, que es lo que prohibió Platon al mundo, y otra cosa es tenerla presente, abrazada de una vez, y toda junta, que es propiedad de

la divina mente. Ni se ha de juzgar que Dios es mas antiguo que las cosas criadas por la cantidad del tiempo, sino por la calidad de su pura y simple naturaleza; porque aquel movimiento infinito de las cosas temporales imita el comprehensivo y siempre presente estado de aquella vida inmovible; y como no puede llegar á igualarse, ni á copiarlo bien, se contenta con tener sucesivamente lo que no puede alcanzar junto. Y de aquella pureza y simplicidad absoluta de mirarlo presente todo, mengua y se reduce á gozar de un infinito espacio de tiempo, que se compone de pasado y venidero; y como no puede poseer juntos ni de una vez todos los dilatados espacios de su vida, parece que en aquel no dexar de ser jamás, y en aquel no acabarse nunca, compete en alguna manera con aquella eternidad, á que de ningun modo puede igualarse, adhiriéndose siempre á la presencia de cada uno de estos veloces y transitorios momentos, que porque tiene alguna semejanza con aquella presencia inviolable, hace que todos los instantes á que se aplica parezcan subsistentes: mas, como no puede estar parada, emprendió una carrera de tiempo infinito; y así sucede que pasando de un ser á otro, goza continua-

damente de una vida cuyos espacios no los pudo comprehender permaneciendo; de modo que si queremos hablar con propiedad siguiendo á Platon, diremos que Dios es eterno; pero el mundo perpetuo. Y como qualquiera idea hace juicio de los objetos segun su naturaleza propia de ella, y es el estado de Dios eterno, y siempre presente; tambien su ciencia absoluta excediendo el movimiento y variedad de los tiempos, lo mira presente todo, y abarca los infinitos espacios de lo pretérito y futuro, lo vé todo en la pureza y simplicidad de su alto conocimiento, como si estuviera sucediendo ya. De modo, que si deseas dar legitima ponderacion de esta ciencia que desde ab eterno lo reconoce todo, no has de imaginar que es noticia anticipada, ó presciencia de lo porvenir, sino ciencia infalible de sucesos siempre presentes; y por esta razon no se llama providencia, sino providencia, como quien colocada lejos de lo humilde de la tierra desde la excelsa cumbre de su solio provee, y mira presentes todas las cosas. ¿Cómo intentas pues probar tú que las que ven aquellos divinos ojos han de quedar forzosamente atadas á los lazos de la necesidad, si ni aun los hombres hacen que sean precisas las que miran? por-

que pregunto ¿impones tu vista necesidad alguna á las cosas que vé presentes? Por ningun caso: pues si en quanto á lo presente, puede darse digno similitud entre lo divino y lo humano, así como mirais vosotros algunas cosas presentes con vuestra vista temporal, las reconoce Dios todas con la suya eterna; de modo que este soberano conocimiento no altera la propiedad y la naturaleza de las cosas, porque las mira en sí presentes del mismo modo que despues con el curso del tiempo han de ir sucediendo, y sin confundir el juicio de cada una: con sola una vista suya sabe con distincion así las que han de suceder necesariamente, como las que no están sujetas al yugo de la necesidad; así como quando veis vosotros andar en la tierra un hombre, y nacer en el cielo al sol, aunque lo veis todo á un tiempo, sabeis distinguir que aquello es voluntario, y esto forzoso. Del mismo modo pues, penetrándolo todo la divina vista, de ninguna manera turba la qualidad de las cosas para sus ojos presentes, mas para el tiempo futuras; con que ya esta no viene á ser opinion falible, sino conocimiento asegurado en la verdad; pues quando conoce que ha de suceder alguna cosa, tampoco ignora que no precisamente está obliga-

da á suceder: si me arguyeres contra esto, diciendo que lo que Dios sabe que ha de suceder es imposible que no suceda, y que lo que no puede dexar de ser, ya viene á estar sujeto á las leyes de la necesidad, y me obligares á concedértela en alguna manera, confesaré esa tan maldita verdad, pero que apenas ha llegado á desentrañarla sino alguno que se esmeró en especular la naturaleza divina, por que responderé que aquello vendrá á ser necesario quando se refiere al conocimiento divino; pero que quando se considera en su naturaleza propia, es libre y absoluto, porque hay dos géneros de necesidades; una simple, así como es necesario que todos los hombres sean mortales; otra condicional, así como quando sabes que uno anda, es preciso que ande, porque lo que sabes tú es imposible que dexé de ser así como lo sabes; pero esta necesidad condicional no trae consigo aquella otra pura, ni á esta condicional la forma su naturaleza propia, sino la condicion que se le añade; porque no hay necesidad que obligue á andar al que voluntariamente se pasea, aunque es verdad que quando se pasea es necesario que ande. Del mismo modo pues, si la providencia mira á alguna cosa presente, ne-

cesariamente ha de ser así, aunque de su naturaleza no la apremie necesidad alguna; y Dios mira presentes los futuros casos que penden de la libertad del albedrío; luego referidos estos á la mente divina son necesarios por la condicional del conocimiento divino; pero considerados en sí mismos nunca pierden el privilegio de su libertad propia. Suceden pues infaliblemente todos los lances que vé Dios que han de suceder; pero algunos de ellos proceden del libre albedrío; y aunque en efecto sucedan, no pierden con todo eso su naturaleza propia; porque antes que sucediesen, pudieran no suceder. Mas ¿qué importa, me prodrán replicar, que no sean necesarios de su naturaleza, si por la condicional del conocimiento divino en todo y por todo suceden como necesarios? Responderé aquello que poco ha propuse del sol que amanece, y el hombre que camina; que entrambas cosas, quando se estan haciendo, no pueden dexar de hacerse; pero la una de ellas antes que sucediese era forzoso que hubiese de suceder; mas la otra no estaba sujeta á esta fuerza. Así tambien infaliblemente se efectua quanto vé presente Dios; pero de esta parte proviene de la necesidad de las cosas precisas; y parte de la eleccion de

los que las obran: luego bien diximos que estas si se refieren á la comprehension divina, son necesarias; y si se consideran en sí propias son exéntas de toda necesidad. Así como todo lo que se manifiesta á los sentidos viene á ser universal si se refiere al discurso, y es especial si se imagina en su ser. Pues si está en mi mano, dirás, mudar de propósito, burlaré la providencia; si acaso se me antoja variar lo que ella conoce. Respondo, que es verdad que tú puedes mudar de intencion; pero que como la infalible y siempre presente verdad de la providencia sabe que puedes mudarte, y está mirando tambien si te mudas, y hácia donde te inclinas, de ningun modo podrás ocultartele, ni frustrarla. Así como no es posible que huyas la vista de quien te está mirando; por mas que segun tu voluntad hagas diferentes acciones. ¿Pues qué? replicarás; ha de ir la ciencia divina haciendo mudanzas al son de mi antojo, de manera que quando yo quiera hacer ya lo uno, y ya lo otro, haya de andar tambien ella alternando varios conocimientos? De ningun modo, porque aquellos perspicaces ojos divinos se pasean de una vez por todo lo futuro, y lo atraen, y reducen á la presencia de su conocimiento soberano; ni varia como tú

piensas los modos de conocer ya esto, y ya aquello; sino que siempre inflexible comprehende de una vez todas las variedades tuyas; y esta ciencia de mirarlo, y comprenderlo todo no la adquiere Dios de los lances ni sucesos futuros, sino de su absoluta pureza y propia simplicidad, con que tambien se disuelve aquel argumento que antes propusiste diciendo que seria absurdo que la ciencia divina pendiese de nuestras futuras disposiciones, porque la virtud de esta ciencia, abrazándolo todo, con asistente especulacion establece todas las cosas sin que reciba nada de las posteriores; y pues todo es así, absoluta y entera les queda siempre á los hombres la libertad de su albedrío, y justísimamente apercibe la suprema ley premios y penas; pues todas las voluntades se gobiernan libremente por sola su voluntad. Está asentado tambien en su encumbrado trono mirándolo todo Dios; y la eternidad siempre presente de su vision concurre con la futura qualidad de nuestras acciones, distribuyendo galardones y castigos, á los buenos y á los malos, y no son superfluas ni valdías las esperanzas y súplicas que se encaminan á Dios, que siendo bien ordenadas siempre serán eficaces. Abominad pues los vicios, seguid las

virtudes, levantad el ánimo á santas esperanzas, dirigid humildes ruegos á lo excelso, que si lo quereis entender, en grande obligacion os hallais de ser virtuosos; pues no haceis cosa que no sea delante de los ojos de un juez, á quien nada se le esconde.

FIN.

NUEV
LIOTE